

COLECCIÓN MÍNIMA /

materialismo dialéctico y psicoanálisis

2a EDICIÓN

WILHELM REICH



**COLECCIÓN
MÍNIMA**

40

MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

por

WILHELM REICH

traducción de


RENATE VON HANFSSTENGEL DE SEVILLA

y

CARLOS GERHARD

SIGLO XXI EDITORES, S. A.


siglo veintiuno editores, sa

 GABRIEL MANCERA, 65
MÉXICO 12, D. F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

 EMILIO RUBÍN, 7
MADRID - 16, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

 TACUARÍ 1271
BUENOS AIRES, ARGENTINA

primera edición en español, 1970
segunda edición en español, 1972
© siglo xxi editores, s. a.

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

INDICE

MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS	1
I. Nota preliminar	3
II. Los descubrimientos materialistas del psicoanálisis y algunas interpretaciones idealistas	12
a. La teoría psicoanalítica de los instintos, 17; b. La teoría del subconsciente y la represión, 27	
III. La dialéctica en los procesos psíquicos	36
IV. La posición social del psicoanálisis	69
SOBRE LA APLICACIÓN DEL PSICOANÁLISIS EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA	85
¿QUÉ ES CONCIENCIA DE CLASE?	111
Prólogo	113
I. Dos tipos de conciencia de clase	115
Fundamentación, 115; Dos tipos de "conciencia de clase", 122	

II. Algunos elementos concretos de la conciencia de clase y algunas inhibiciones del individuo de la masa 141

En el adolescente (durante la pubertad y pospubertad), 141; En las mujeres, 151; En los trabajadores adultos, 162; En el niño, 169

III. Política burguesa y política revolucionaria 178

La "política" del fetiche, 179; ¿Por qué no habló Litwinow a la masa?, 184; Esquema de la política revolucionaria, 189; Política burguesa del Partido Comunista alemán, 191; Política revolucionaria intrapartidista, 193

IV. Desarrollar conciencia de clase a partir de la vida de la masa 195

Dirección, partido y masa, 195; La posición de la Sex-Pol frente al "nuevo partido", 199; El canto y el baile populares como puntos de partida del sentir revolucionario, 208; Labor científica revolucionaria, 210; El miedo de la revolución, 217; La policía de seguridad (SCHUPO) como Estado y como individuo particular, 219; Desarrollo de la política revolucionaria del Estado a partir de las necesidades de la población, 223; Toma de posesión de la propiedad propia, 231; Conclusiones, 236

Apéndice: Principios para la discusión de la reorganización del movimiento obrero 237

Del juicio del acontecer político, 237; Del método de trabajo, 239; Nosotros mismos — El partido, 241

MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

NOTA PRELIMINAR

El objeto de este trabajo es investigar si entre el psicoanálisis de Freud y el materialismo dialéctico de Marx y Engels existe alguna relación, y, de ser así, determinar qué tipo de relación es ésta. De la respuesta que podamos darle a esta interrogante dependerá si hay alguna base para discutir la relación entre el psicoanálisis, la revolución proletaria y la lucha de clases.

En las pocas contribuciones que hasta este momento se encuentran en la literatura acerca del tema "psicoanálisis y socialismo" se nota una ausencia de orientación adecuada ya sea en el psicoanálisis o en el marxismo. Por el lado del marxismo, la crítica a la aplicación de los descubrimientos psicoanalíticos a la sociología es correcta en parte. Las contadas aportaciones que los psicoanalistas han hecho a dicho tema carecen de una orientación adecuada respecto a los problemas fundamentales del materialismo dialéctico, y además ignoran totalmente el problema central de la sociología marxista: la lucha de clases. Debido a esto, tales trabajos carecen de utilidad para la sociología marxista, de la misma manera que resultaría inútil para el psicoanalista un trabajo acerca de los problemas psicológicos donde no se tomaran en consideración los factores del desarrollo sexual infantil, de la repre-

sión sexual, de la vida psíquica inconsciente y de la resistencia sexual.

El ejemplo más lamentable de este tipo de trabajos es *Psicoanálisis y sociología*¹ de Kolnai, autor que, sin haber sido jamás realmente un psicoanalista, acabó por asociarse con Scheler una vez que renunció oficialmente al psicoanálisis, aunque, desgraciadamente, después de escribir dicho panfleto. Según Kolnai, su renuncia al psicoanálisis fue debida a que éste ya no concordaba con sus puntos de vista... Su trabajo es un compendio de interpretaciones falsas, idealistas y metafísicas de los descubrimientos del psicoanálisis, pero no tiene caso ponerlo a discusión aquí. Sin embargo, Jurinetz presentó erróneamente a este autor como "uno de los más entusiastas discípulos de Freud" y utilizó su trabajo como el punto de partida para una crítica del psicoanálisis.²

No podemos ocuparnos aquí en detalle del trabajo de Jurinetz, pero debemos anticipar, para esclarecer una cuestión de principio, que la crítica negativa del psicoanálisis realizada por los teóricos marxistas es correcta en dos puntos:

1] Tan pronto como se abandona el dominio propio del psicoanálisis para aplicarlo a los problemas sociales, se le convierte en una *Weltanschauung* (visión del mundo); *Weltanschauung* psicológica (contrapuesta a la marxista) que proclama el imperio de la razón y

¹ Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1923.

² "Psychoanalyse und Marxismus", *Unter dem Banner des Marxismus*, año 1, cuaderno 1, p. 93.

pretende poder establecer una mejor vida social a través de una regulación racional de las relaciones humanas por medio de la educación, para dominar conscientemente los instintos. Este racionalismo utópico, además de que delata una concepción individualista del acaecer social, no es original ni revolucionario, y obviamente rebasa el ámbito propio del psicoanálisis. El psicoanálisis, según la definición de su propio creador, no es sino un método psicológico que trata de describir y explicar la vida psíquica, considerándola como un dominio específico de la naturaleza, con los medios que son propios a las ciencias naturales. Como el psicoanálisis no es ni puede desarrollar una *Weltanschauung*, tampoco puede sustituir ni complementar a la concepción materialista de la historia. Como ciencia natural que es, el psicoanálisis es diferente a la concepción marxista de la historia.⁸

⁸ Esto no significa, en modo alguno, que de los conocimientos analíticos no se puedan extraer consecuencias sociales. Como toda ciencia se origina en una toma de posición frente a problemas de la existencia, por ejemplo, el psicoanálisis surgió del anhelo por comprender y curar las enfermedades mentales, en toda investigación científica subyacen necesidades prácticas. El investigador de las ciencias naturales puede realizar una labor valiosísima sin llegar él mismo a consecuencias vinculadas con una *Weltanschauung*. Pero, generalmente, sus investigaciones se ven afectadas si están en contradicción con la *Weltanschauung* que adquirió por otros conductos. Si posteriormente dicho investigador impide que otros investigadores saquen de sus enseñanzas consecuencias que él mismo rechaza o ignora, entra en conflicto consigo mismo; ésta es la suerte que corrieron nuestros más grandes investigadores. De modo que Freud,

2] El objeto propio del psicoanálisis es la vida psíquica del hombre socializado. La vida psíquica de la masa sólo le concierne en tanto aparecen fenómenos individuales en ella (por ejemplo el problema del líder), también le conciernen fenómenos del "psiquismo colectivo", como el miedo, el pánico, la obediencia, etc., en tanto pueda explicarlos por sus experiencias con individuos. Pero parece que difícilmente le es accesible el fenómeno de la conciencia de clase. Problemas como los del movimiento de masas, la política, la huelga, que son objeto de la sociología, no pueden ser objeto de su método. Consecuentemente, no puede sustituir a la sociología ni puede desarrollar por sí mismo una sociología. Pero lo que sí puede lograr es convertirse en una ciencia auxiliar de las ciencias sociales, por ejemplo como psicología social. Así, por ejemplo, puede revelar los motivos irracionales que indujeron a un líder a integrarse precisamente en el movimiento socialista o nacionalista;⁴ además, puede explicar el efecto que las teorías sociales producen en el desarrollo psíquico del individuo.⁵

en tanto investigador de las ciencias naturales, no estaba obligado a sacar las conclusiones sociales de su teoría; ésta es una tarea que corresponde al sociólogo práctico. Es obvio que esta separación entre investigación y sus consecuencias es sólo una característica de la sociedad burguesa y debe llegar a su fin en el socialismo.

⁴ Cf. E. Kohn, *Lasalle, der Führer*, Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1926.

⁵ [1934] Los sociólogos psicoanalistas atacaron violentamente estas formulaciones. Cf. más adelante "Sobre la aplicación del psicoanálisis a la investiga-

De manera que tienen razón los críticos marxistas cuando acusan a algunos representantes del psicoanálisis de tratar de explicar con este método lo que no puede explicar; pero cometen un grave error cuando identifican el método del psicoanálisis con quienes lo aplican y cuando le atribuyen los errores que éstos cometen.

Los dos puntos tratados conducen a una diferenciación necesaria, que no siempre se hace en la literatura marxista, entre, primero, el marxismo, ciencia social, es decir, ciencia propiamente tal; segundo, el marxismo, método de investigación, y, tercero, el marxismo, praxis del proletariado.⁶ La teoría social marxista es el resultado de la aplicación del método marxista al estudio de la realidad social. Como ciencia el psicoanálisis tiene la misma jerarquía que la teoría social marxista; la ciencia social marxista se ocupa del estudio de los fenómenos sociales, en tanto que el psicoanálisis trata de los fenómenos psicológicos. Solamente cuando haya que investigar hechos sociales en la vida psíquica, o fenómenos psicológicos en la realidad social, dichas ciencias se sirven como ciencias auxiliares recíprocamente. Pero la ciencia social no puede explicar fenómenos tales como la neurosis o algún trastorno que afecte la capacidad de trabajo

ción histórica". Respecto a la aplicación de los conocimientos psicoanalíticos a los problemas de conciencia de clase, véase más adelante "¿Qué es conciencia de clase?"

⁶ Naturalmente no pueden separarse método y ciencia; están íntimamente ligados, como se muestra más adelante.

o la vida sexual. Las cosas difieren cuando se trata del materialismo dialéctico; a este respecto sólo existen dos posibilidades: que el psicoanálisis se oponga al materialismo dialéctico en tanto método, es decir, que sea idealista y antidialéctico; o que se compruebe que el psicoanálisis aplica en su campo el materialismo dialéctico —aunque sea inconscientemente—, como ocurre con tantas ciencias, aplicación que ha permitido su desarrollo teórico. En tanto método, el psicoanálisis sólo puede contradecir o coincidir con el marxismo. En el primer caso, es decir, cuando sus resultados no se derivan de la aplicación del materialismo dialéctico, el marxista debería rechazarlos; pero en el segundo caso tendría que concluir que se halla frente a una ciencia que no está en contradicción con el socialismo.⁷

7 [Sobre el concepto de la ciencia "proletaria" y "burguesa" consúltese Wittvogel: *Die Wissenschaft in der bürgerlichen Gesellschaft*, Malik.] Pero entonces no sólo debería reconocérselo, sino que tendría que incorporárselo en el seno de la *Weltanschauung* materialista-dialéctica, y esto repercutiría en concepciones y teorías actualmente en boga. Marx y Engels siempre subrayaron que cada nuevo descubrimiento de las ciencias naturales haría progresar y modificaría el cuadro del materialismo dialéctico. Cuando algunos marxistas de mente estrecha se oponen a la incorporación de nuevas ciencias, lo hacen de la mejor buena fe para mantener "puro" el marxismo, pero cometen el grave error de confundir la *Weltanschauung* y el método materialista-dialéctico con la teoría marxista de los hechos; aquélla es mucho más amplia, más general y más constante que ésta, que está sujeta a cambios como cualquier teoría sobre los hechos. Una teoría acerca de la clase media que haya sido formu-

Por la parte marxista se han propuesto dos objeciones contra la aceptación del psicoanálisis como disciplina susceptible de existir en el socialismo:

1] *Que el psicoanálisis es una manifestación de la decadencia de la burguesía.* Pero esta objeción no revela sino una incomprensión por parte del pensamiento dialéctico sobre el psicoanálisis. ¿Acaso no ha surgido también la sociología marxista como "manifestación de la decadencia de la burguesía"? Sólo fue una "manifestación de decadencia" en la medida en que no pudo surgir sino dentro de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas, pero la ciencia social marxista fue el reconocimiento, y por eso también al mismo tiempo el germen ideológico, de un nuevo orden económico que se gestaba en el seno del antiguo régimen. De la posición sociológica del psicoanálisis nos ocuparemos después con más detalles; pero esta primera objeción la refutamos mejor con las palabras del marxista Wittfogel.⁸

lada por el año 1849 no puede tener una validez absoluta respecto a la clase media en 1934. Pero el método para llegar a resultados correctos en relación con la clase media es el mismo entonces y ahora. El método de investigación es siempre más importante que la teoría.

⁸ *Ibid*, p. 18. "Ciertos críticos marxistas, los iconoclastas, sencillamente se erigen en los censores de la ciencia contemporánea, y murmuran con un ademán concluyente: ¡ciencia burguesa!, de esa manera se agota para ellos toda la ciencia y el problema queda resuelto. Semejante método, ¡seudométodo!, corresponde a los procedimientos más bárbaros. Lo que queda aquí de Marx y su pensamiento dialéctico no

2] *Que el psicoanálisis es una ciencia idealista.* Un mayor conocimiento objetivo hubiera evitado este juicio prematuro y un poco de objetividad frente a esa disciplina habría recordado que en la sociedad burguesa toda ciencia, por más materialista que sea su base, experimenta desviaciones idealistas y, aún más, que no las puede evitar. En la elaboración de la teoría el menor alejamiento de la experimentación hace muy factibles las desviaciones idealistas, pero eso no prejuzga sobre la verdadera naturaleza de la ciencia. Jurinetz se ha esforzado mucho en señalar con precisión dichas desviaciones dentro del psicoanálisis. Es obvio que existen tales desviaciones, e incluso en gran número, pero el problema reside en determinar cuáles son los elementos de la teoría y las concepciones básicas acerca de los procesos psíquicos.

A menudo se hace referencia al psicoanálisis en relación con la discusión de las corrientes políticas reformistas (Thalheimer, Deborin). El tenor de estos planteamientos es que los filósofos reformistas suelen hacer uso del psicoanálisis, e incluso se hace notar que De Man, en realidad, ha utilizado de manera reaccionaria el psicoanálisis en contra del marxismo.

es otra cosa —desgraciadamente— que el mero nombre. El pensador dialéctico es consciente de que una cultura no es tan uniforme como un saco de chícharos, sino que cada forma de organización social tiene contradicciones y que en su seno se desarrollan los gérmenes de nuevas épocas sociales. Por eso, para el pensador dialéctico no todo lo que ha creado la burguesía durante su dominio tiene un valor inferior o es inútil para la sociedad futura."

mo. Pero yo sostengo —y me puedo basar en marxistas de izquierda— que, si uno quiere, se puede manipular en forma reaccionaria incluso el “marxismo” en contra del marxismo. A un verdadero conocedor del psicoanálisis nunca se le hubiera ocurrido relacionar el “psicoanálisis” de De Man con el psicoanálisis de Freud, como lo hizo Deborin.⁹ ¿Qué relación tiene el socialismo subjetivo sentimental con la teoría de la libido, aun cuando dicho socialismo se refiera al psicoanálisis que nunca ha entendido? En la última parte de este trabajo intentaré demostrar cómo, en manos del reformismo,¹⁰ al psicoanálisis le ocurre lo mismo que al marxismo vivo: se vuelve superficial, viscoso y confuso.

Trataremos una por una las siguientes cuestiones:

- 1] la fundamentación materialista de la teoría psicoanalítica
- 2] la dialéctica en la vida psíquica
- 3] la situación social del psicoanálisis.

⁹ Deborin, “Ein neuer Feldzug gegen den Marxismus”, *Unter dem Banner des Marxismus*, año II, cuaderno 1/2.

¹⁰ [1934] y del economicismo.

LOS DESCUBRIMIENTOS MATERIALISTAS DEL PSICOANÁLISIS Y ALGUNAS INTERPRETACIONES IDEALISTAS

Antes de señalar el gran avance que significa el psicoanálisis fundado en el materialismo frente a la psicología predominantemente idealista y formalista anteriormente en boga, debemos alejarnos de una concepción "materialista" de la vida psíquica ampliamente difundida y que puede conducir a equivocaciones. Se trata del materialismo mecanicista esgrimido por ejemplo por los materialistas franceses del siglo XVIII y por Büchner, corriente que actualmente tiene sus continuadores en los marxistas vulgares.¹ Este materialismo sostiene

¹ "El materialismo del siglo pasado era predominantemente mecanicista, porque por aquel entonces la mecánica... era, entre todas las ciencias naturales, la única que había llegado en cierto modo a un punto de remate. La química sólo existía bajo una forma infantil, flogística. La biología estaba todavía en mantillas; los organismos vegetales y animales sólo se habían investigado muy a bulto y se explicaban por medio de causas puramente mecánicas; para los materialistas del siglo XVIII el hombre era lo que para Descartes el animal: una máquina. Esta aplicación exclusiva del rasero de la mecánica a fenómenos de naturaleza química y orgánica en los que, aunque rigen las leyes mecánicas, éstas pasan a segundo plano ante otras superiores a ellas, constituía una de las limitaciones específicas, pero inevitables en su época, del materialismo clásico francés." Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, p. 643

que los fenómenos psíquicos en sí no son materiales y que un materialista consecuente no debe ver en la psique sino procesos físicos. A estos materialistas les parece que aun al utilizar el concepto de "psique" se comete un error idealista y dualista. Sin duda se trata de una reacción extrema en contra del idealismo platónico, cuya continuación es la filosofía burguesa. Sostienen que la psique no es ni real ni material y que solamente tienen este carácter los fenómenos físicos que se pueden medir y pesar, es decir, los fenómenos objetivos, no los subjetivos. Aquí el error mecanicista consiste en que se identifica lo material con aquello que es susceptible de medirse y pesarse o tocarse.

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —dice Marx— es que sólo concibe el objeto, la realidad, la sensualidad, bajo la forma de objeto (*Objekt*) o de intuición, pero no como *actividad sensorial humana*, como *práctica*, no de un modo subjetivo. De ahí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real sensorial como tal. Feuerbach quiere objetos sensibles, realmente distintos de los

en *Obras escogidas* de Marx y Engels en un volumen, Editorial Progreso, Moscú, 1969. [1934] La economía sexual logró mientras tanto encaminarse de una manera más concreta hacia una solución de algunos problemas básicos sobre la naturaleza de los fenómenos psíquicos, aunque sin haber llegado a resultados correctos y útiles. Ver *Der Urgegensatz des vegetativen Lebens*, Verlag für Sexualität und Politik, 1934, donde intento exponer la unidad y contraste funcional psicofísico.

objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la actividad humana como una actividad *objetiva*.²

Preguntarse por la objetividad, es decir, por la realidad material de la actividad psíquica ("del pensamiento humano"), al margen de la praxis es para Marx una cuestión totalmente escolástica. Sin embargo:

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias son modificadas, precisamente por los hombres y el propio educador necesita ser educado.³

De manera que Marx no niega el carácter objetivo de la actividad mental. Ahora bien, si se reconoce el carácter objetivo de los fenómenos de la actividad psíquica humana, entonces debe admitirse la posibilidad de una psicología materialista, aun cuando ella no explique esa actividad psíquica a través de procesos orgánicos. Si no se comparte este punto de vista, no existe base para una discusión marxista sobre un método puramente psicológico. Pero para ser consecuente con semejante posición no debería hablarse de conciencia de clase, de voluntad revolucionaria, de ideología religiosa, etc., sino que habría que esperar a que la química proporcione las fórmulas correspondientes a las funciones físicas o a que

² Apéndice a Engels: *Feuerbach, Marxistische Bibliothek*, tomo 3, p. 73.

³ *Ibid.*, p. 74.

la reflejología descubra sus respectivos reflejos. Sin embargo, de ningún modo podrá comprenderse mejor lo que es placer, dolor o conciencia de clase, ya que tal psicología necesariamente se estancaría en el formalismo causal y no podría penetrar en el contenido real y práctico de las ideas y los sentimientos. En el marco del marxismo esto plantea la necesidad urgente de una psicología que aborde los fenómenos psíquicos por medio de un método psicológico y no orgánico.

Es obvio que no es suficiente, para poder considerar materialista una psicología, la circunstancia de que se ocupe de los hechos materiales de la vida psíquica. Más importante es que defina su posición frente al problema de si la actividad psíquica puede considerarse un hecho metafísico, es decir, más allá de lo físico, o una función secundaria que emerge de lo orgánico y está funcionalmente vinculado a su existencia.⁴ Según Engels, la diferencia

⁴ [1934] Esta formulación corresponde al conocimiento psicoanalítico del tiempo en que se escribió este trabajo. Entre tanto pudo formularse este hecho con mayor precisión: pronto descubrió el psicoanálisis las leyes que específicamente caracterizan a la vida psíquica, como, por ejemplo, la proyección. Freud siempre dio por supuesto que lo psíquico tenía como base lo orgánico, aunque no llegó a desarrollar las leyes psíquicas a partir de lo orgánico. La economía sexual, cuya tarea es desentrañar las bases del proceso sexual en todas sus funciones, tanto psíquicas como fisiológicas, tanto biológicas como sociales, si ha de convertirse en una verdadera disciplina científica, debe investigar la ley fundamental sexual en todas sus funciones; de modo que le está encomendada la difícil tarea de deducir de las funciones biosexuales las funciones psicosexuales. A tal efecto se

entre el materialismo y el idealismo reside en que el idealismo considera el "espíritu" y el materialismo la materia (orgánica), la naturaleza, como lo originario, y hace notar que no usa estos dos conceptos en ningún otro sentido.⁵ Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*⁶ ha hecho otra distinción, relacionada con el tema de sus investigaciones epistemológicas, distinción que plantea el problema epistemológico de si el mundo existe realmente fuera e independientemente de nuestro pensamiento (materialismo) o si sólo existe en nuestra cabeza como sensación y percepción (idealismo). Una tercera distinción relacionada con la primera es la de si se sostiene que el cuerpo es construcción del alma o viceversa.

En lugar de responder a estas preguntas desde el punto de vista del psicoanálisis en general, comenzaremos con la exposición de sus teorías fundamentales. Determinar si los elementos que sirven de base al psicoanálisis son correc-

sirve del método dialéctico, que emplea conscientemente. Puede establecerse como premisa que lo psíquico surgió sin duda de lo orgánico y por ello debe estar regido por las mismas leyes; pero, al mismo tiempo, se opone a lo orgánico como su contraste, y en esta función desarrolla su legalidad particular. Descubrir esta legalidad debía ser la tarea del psicoanálisis; y esta tarea se ha cumplido en su mayor parte. Es de esperarse que la economía sexual resuelva el problema de las relaciones entre las funciones psicopsíquicas; pero esta solución depende de factores todavía no controlados. Véase "Der Urgegensatz des vegetativen Lebens", *Zeitschrift für politische Psychologie und Sexualökonomie*, cuaderno 2/4, 1934.

⁵ Engels, *Feuerbach*, p. 28.

⁶ Lenin, *Obras completas*, tomo XIII, Verlag für Literatur and Politik, 1927.

tos o falsos no puede en modo alguno ser asunto de una crítica metodológica sino sólo de la crítica empírica. Entre los marxistas, Thalheimer⁷ ha incurrido en el error de criticar empíricamente la teoría psicoanalítica e impugnar sus resultados sin conocerla suficientemente, y Jurinetz, que sólo realizó una crítica metodológica, también carece de un conocimiento suficiente de la experiencia analítica. No intentaremos aportar las pruebas de las teorías psicoanalíticas, porque tal empresa rebasaría el marco de este trabajo y sería además infructuosa: las pruebas sólo se encuentran en el propio trabajo empírico.

a] LA TEORÍA PSICOANALÍTICA DE LOS INSTINTOS

La columna vertebral de la teoría psicoanalítica es la teoría de los instintos, y lo que se halla mejor fundamentado es, en particular, la teoría de la libido, la teoría de la dinámica del instinto sexual.⁸

El instinto es un "concepto que se halla dentro del límite entre lo psíquico y lo somático". Freud entiende por libido⁹ la energía del instinto sexual. El origen de la libido es, se-

⁷ [1934] "Auflösung des Austromarxismus", *Unter dem Banner des Marxismus*, año 1, cuaderno 3, pp. 517 ss.

⁸ [1934] Con la comprobación materialista-dialéctica de la teoría de los instintos de Freud y su desarrollo clínico-empírico surgió una concepción de la dinámica de los instintos que permitió que las originales concepciones de Freud obtuvieran resultados bastante satisfactorios. Ver *Análisis del carácter*, capítulo XIII, Paidós, Buenos Aires.

⁹ "Una teoría sexual", *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, t. I.

gún Freud, un proceso químico del organismo que todavía no se conoce por completo y que tiene lugar especialmente en los órganos genitales y en las zonas erógenas, es decir, en las partes del cuerpo especialmente sujetas a estímulos sexuales y los centros en que se concentra la excitación sexual física.¹⁰ Sobre esas fuentes de los estímulos sexuales se eleva la poderosa superestructura de las funciones psíquicas de la libido, misma que permanece ligada a su base y se modifica con ella tanto cuantitativa como cualitativamente, por ejemplo en la pubertad, y que va agotándose con ella como ocurre después del climaterio. La libido se manifiesta en la conciencia como el afán físico y psíquico de satisfacción sexual, es decir, de relajamiento placentero. Freud ha expresado la esperanza de que en el futuro el psicoanálisis logre descubrir su fundamento orgánico, y el concepto del quimismo sexual, como representación auxiliar, desempeña en su teoría de la libido un papel fundamental. Sin embargo, el psicoanálisis no puede abordar,

¹⁰ [1934] Observaciones clínicas más recientes modifican esta concepción en relación con la investigación de la fisiología orgánica, e introducen otra concepción conforme a la cual se trata de procesos electrofisiológicos de carga y descarga en el organismo. Véase "Der Organismus als elektrophysiologische Entladung", *Zeitschrift für politische Psychologie und Sexualökonomie*, cuaderno 1, 1934, y las citas que se refieren a las investigaciones de Kraus en *Der Urgesetz des vegetativen Lebens*, Verlag für Sexualität und Politik, 1934. El llamado quimismo sexual parece ser solamente una función de una energía orgánica más general. Aquí, la mayor parte es todavía oscura.

por razones metodológicas, los procesos orgánicos concretos, esto queda reservado a la fisiología.¹¹ La naturaleza materialista de este concepto freudiano se pone de manifiesto claramente en el hecho de que su teoría de la sexualidad infantil ha sido comprobada por los fisiólogos, quienes han descubierto que ya en el recién nacido existe un cierto desarrollo del aparato sexual orgánico.

Freud refutó la hipótesis según la cual el instinto sexual "despertaba con la pubertad", al demostrar que la libido atraviesa desde el nacimiento por ciertas etapas de desarrollo antes de alcanzar la etapa de la sexualidad genital. Amplió el concepto de la sexualidad al incluir en ella todas las funciones placenteras que no están ligadas a lo genital, pero que indudablemente tienen una naturaleza sexual, como el erotismo oral, el erotismo anal, etc. Esas formas infantiles de la actividad sexual "pregenital" se subordinan después a la primacía genital, al aparato sexual por antonomasia.

Cada etapa en el desarrollo de la libido —sobre cuyo carácter dialéctico hablaremos después— está caracterizada por las condiciones de vida del niño: la fase oral se desarrolla a partir de la función de ingerir alimento, la fase anal a partir de la función de la excreción y su control a través de la educación. Antes de Freud la ciencia, sujeta a la moral burguesa, había pasado por alto estos hechos y había confirmado con ello la concepción popular de la "pureza del niño". La represión

¹¹ [1934] Véase la corrección de esta concepción en la nota 4.

social de la sexualidad se había convertido en un obstáculo para la investigación.

Freud distingue en los instintos dos grupos principales que, psicológicamente, no admiten más divisiones. Se trata del instinto de autoconservación y el instinto sexual, mismos que expresan la diferenciación popular entre el hambre y el amor. Todos los otros instintos, la voluntad de poder, la ambición, la avaricia, etc., los concibe sólo como formaciones secundarias, como derivados de esas dos necesidades básicas. Para la psicología social podría revestir gran importancia el postulado freudiano de que el instinto sexual aparece primero en conexión con el instinto de alimentarse, ya que podría establecerse una relación con la tesis análoga de Marx según la cual en la realidad social la necesidad de alimentarse es también base para las funciones sexuales de la sociedad.¹²

Posteriormente, Freud opuso el instinto sexual al instinto de destructividad e incorporó el instinto de alimentación al instinto sexual como función de los intereses del amor propio (nar-

12 [1934] Respecto al problema de la relación entre la necesidad de alimentarse y de la necesidad sexual, la economía sexual ha logrado dar algunos pasos. La necesidad de alimentarse corresponde a una baja en la tensión, o sea, a una baja en la energía dentro del organismo; por el contrario, la necesidad sexual corresponde a un exceso de tensión, es decir, de energía; la necesidad de alimentarse se satisface con sólo asimilar energía, la necesidad sexual por medio de la derivación o descarga de energía. De esto se deduce que el hambre no participa, o sólo lo hace de manera indirecta, en la edificación del aparato psíquico, en tanto que la energía sexual es la fuerza realmente

cisismo de autoconservación).¹³ Todavía no se establece claramente la relación que existe entre esta nueva división de los instintos y la anterior. Los conceptos más nuevos de la teoría de los instintos: Eros — instinto de muerte (instinto sexual-instinto de la destructividad) se formularon apoyándose en la distinción de las dos funciones básicas de la sustancia orgánica, asimilación (construcción) y desasimilación (desintegración). La sexualidad abarca todas aquellas inclinaciones del organismo psíquico que construyen, unen, impulsan, mientras que el instinto destructivo abarca todas aquellas que desintegran, destruyen e impulsan hacia la condición original. Así, el desarrollo psíquico aparece como el resultado de una lucha entre estas dos tendencias opuestas, lo cual corresponde perfectamente a la concepción dialéctica del desarrollo.¹⁴ Sin embargo, la dificultad es otra; si bien es cierto que la base física de la necesidad sexual y de la alimentación es inequívoca, el concepto del instinto de muerte carece de una base material tan clara, pues la referencia al proceso orgánico de desasimilación es, por lo pronto, más bien una analogía formal que la expresión de un parentesco de contenido. Y sólo a condición

constructiva, positiva y productiva de lo psíquico. Se están preparando investigaciones más detalladas sobre este campo. Lógicamente, estos hechos tienen una importancia decisiva para el problema de la naturaleza energética de la formación de la estructura caracterológica y de la ideología.

¹³ *Más allá del principio del placer y El yo y el ello*, O. c., B. N., t. I.

¹⁴ [1934] Esta concepción debía corregirse. Ver los capítulos XII y XIII de *Análisis del carácter*.

de que exista una relación real entre el "instinto de muerte" y el proceso autodestructivo del organismo puede hablarse de materialismo. No puede negarse que la ausencia de claridad en el contenido del instinto de muerte y la imposibilidad de identificarlo como en el caso de la libido, por ejemplo, facilita el desarrollo de especulaciones idealistas y metafísicas. Esto ha dado origen a muchos malentendidos y ha conducido a teorizar y exagerar de manera moralista, lo que, en nuestra opinión, es aberrante. Según el mismo Freud, el "instinto de muerte" es una hipótesis fuera del alcance de la clínica. Y no es por azar que a través de él se manipule tan a gusto y se haya abierto la puerta a ociosas especulaciones dentro del psicoanálisis. En respuesta a esta corriente idealista que se ha desarrollado a partir de la nueva hipótesis de los instintos, he intentado abordar¹⁵ el instinto destructivo considerándolo dependiente de la libido, es decir, incorporándolo a la teoría materialista de la libido. Este intento se basa en la observación clínica de que la predisposición al odio y los sentimientos de culpa, al menos en lo que se refiere a su intensidad, son función de la economía de la libido: que la insatisfacción sexual aumenta la agresión y que la satisfacción la disminuye. Según esta interpretación el instinto de destructividad es una reacción psicológica ante

¹⁵ W. Reich, *La función del orgasmo*, Hormé, Buenos Aires, el capítulo acerca de la dependencia del instinto de destrucción de la acumulación de la libido. También la refutación a la teoría del instinto de muerte de "El carácter masoquista", en *Análisis del carácter*.

la ausencia de satisfacción de un instinto y su base física es una transmisión de excitación libidinosa al sistema muscular.

No hay duda de que el instinto de agresión es también función del instinto de alimentación, y que aumenta cuando no se ha satisfecho adecuadamente la necesidad de comer. El instinto de destructividad es, en mi opinión, una formación tardía, secundaria, del organismo, formación que está determinada por las condiciones en que se satisfacen el instinto de alimentación y la sexualidad.

El regulador de la vida de los instintos es "el principio de placer y displacer". Todo lo instintivo tiende al placer y trata de evitar el displacer. La tensión que produce una necesidad sólo puede resolverse con su satisfacción. La meta del instinto es, por ende, la cancelación de la tensión causada por el instinto a través de la eliminación del estímulo que es fuente del instinto. Esta satisfacción es placentera. Una excitación física en las zonas genitales, por ejemplo, produce un estímulo que origina la necesidad (instinto) de eliminar dicha tensión. Una tensión orgánica en los órganos digestivos causa el hambre y estimula a comer.¹⁶ Esta consideración de tipo causal incluye también la de tipo finalista, ya que el fin buscado por el instinto está determinado por la fuente del estímulo. Aquí el psicoanálisis como teoría materialista-causal entra en oposición con la psicología individualista de Alfred Adler, orientada únicamente por los fines.

Como todo lo que causa placer atrae, y lo

¹⁶ [1934] Ver nota 12.

que causa displacer repele, el movimiento y el cambio son inherentes al principio del placer. La fuente de estas funciones es el aparato orgánico de los instintos, especialmente el mecanismo sexual. Después de cada satisfacción el aparato de los instintos comienza de nuevo a acumular tensión, como un resorte después de una pausa. Los procesos del metabolismo deben considerarse la base de esta tensión.¹⁷

La existencia social del individuo imprime la forma real al funcionamiento de las dos necesidades fundamentales del hombre, dado que limita la acción de los instintos. Freud resumió las limitaciones y necesarias concesiones sociales que atenúan las necesidades u obligan a posponer su satisfacción a través de la formulación del "principio de la realidad". Este principio se opone al principio del placer en tanto que impide la satisfacción directa y completa de ciertas necesidades y modifica parcialmente el principio del placer, obligando al individuo a sustituir o posponer dicha satisfacción. El niño sólo debe ingerir su comida a ciertas horas y la adolescente no debe satisfacer sus necesidades sexuales inmediatamente en la sociedad actual: los intereses económicos (culturales, diría un burgués) obligan a la joven a conservarse casta hasta el momento de su matrimonio, so pena de arriesgarse al ostracismo o a tener dificultades para encontrar marido. También la supresión de la satisfacción directa de índole erótico-anal a que está obligado el niño es resultado del principio de realidad.

¹⁷ [1934] Ver nota 10.

Pero la definición de que el principio de realidad es un requisito de la sociedad se vuelve formalista cuando no toma en consideración el hecho concreto de que el principio de realidad, tal como existe actualmente, es el principio de realidad de la sociedad capitalista, es decir, de la empresa privada. Existen en el psicoanálisis respecto a la concepción del principio de realidad numerosas desviaciones idealistas; muchas veces se presenta como algo absoluto y por adaptarse a la realidad se entiende simplemente someterse a la sociedad, lo que, aplicado a la pedagogía o a la terapia de la neurosis, es indudablemente una formulación conservadora. Concretamente: el principio de realidad bajo el dominio del capitalismo exige del proletariado una limitación extrema de sus necesidades, lo cual no pocas veces se disfraza de exigencias religiosas de humildad y modestia, como también exige una vida monógama y tantas otras cosas. Todo esto tiene su fundamento en las relaciones económicas; la clase dominante dispone de un principio de realidad que le sirve para mantenerse en el poder. Si se logra educar al obrero para sujetarse a este principio de realidad, si en nombre de la cultura se le hace aceptarlo como algo absolutamente válido, automáticamente se logra la aceptación de su explotación y de la sociedad capitalista. Debe aclararse que el concepto del principio de realidad, tal como muchos lo conciben, corresponde a una actitud conservadora (aunque inconsciente) que contrasta con el carácter revolucionario del psicoanálisis. El principio de realidad ha

tenido anteriormente otros contenidos y se modificará a medida que la sociedad cambie.

Es obvio que tampoco el contenido concreto del principio del placer es absoluto, también cambia conforme se modifica la realidad social. Por ejemplo, en una época en que la limpieza tiene tanta importancia, la satisfacción anal tiene que ser diferente, es decir, menor, y el deseo de obtenerla debe ser mayor, que en una sociedad primitiva, lo cual se expresa también cualitativamente en la formación de ciertos rasgos del carácter. Basta pensar en el esteticismo en que se basa el erotismo anal y en las diferencias de su importancia en la sociedad industrial, la sociedad primitiva o la Edad Media. Cuáles aspectos del principio del placer son más agudos y cuáles menos, también depende de la clase social a la que pertenece el niño. Así, parecen ser más pronunciadas las tendencias anales en la burguesía, en tanto que las genitales son más intensas en el proletariado. Esto también depende de la educación y de las condiciones de la vivienda.

En la constitución biológica no debería ser muy grande ni muy decisiva esta diferencia, pero el medio social comienza a determinar el carácter del principio del placer desde el momento mismo del nacimiento. Dependerá de investigaciones futuras que se llegue a saber si las diferencias en la alimentación prenatal influyen en la intensidad y en el carácter de los instintos.¹⁸

¹⁸ [1934] Estas indicaciones requieren de una elaboración muy profunda. La forma en que un sistema social se reproduce estructuralmente en el hombre

b] LA TEORÍA DEL SUBCONSCIENTE Y LA REPRESIÓN

Freud distinguió dentro del aparato psíquico tres sistemas:

1] El consciente, que abarca todas las funciones perceptivas a través del aparato sensorial y todas las ideas y sentimientos de los cuales se tiene conciencia en determinado momento.

2] El preconsciente, que abarca todas las ideas y actitudes que no son conscientes inmediatamente pero que pueden surgir a la conciencia en cualquier momento. Estos dos sistemas eran ya conocidos en la psicología preanalítica. Lo que los investigadores no psicoanalistas denominan "inconsciente" ("consciente") ("subconsciente"), pertenece todavía completamente al sistema freudiano del preconsciente. El verdadero descubrimiento de Freud concierne:

3] Al inconsciente, que se caracteriza por el hecho de que sus contenidos *no pueden ha-*

sólo puede captarse de manera concreta, teórica y práctica si se ve con claridad la forma en que las instituciones sociales, ideologías, formas de vida, etc., conforman el aparato instintivo. La estructura del pensamiento del hombre de la masa, que está determinada por la estructura de los instintos, determina a su vez la reproducción de la ideología social, sus raíces psíquicas y el efecto retroactivo de la ideología sobre la estructura socioeconómica de la sociedad, el poder de la "tradicición", etc. Este problema es abordado a través de procesos históricos concretos en *Der Einbruch der Sexualmoral*, Verlag für Sexualität und Politik, y en *Massenpsychologie des Faschismus* (2a. edición, 1934).

*cerse conscientes*¹⁹ debido a que una censura "preconsciente" les impide el acceso a la conciencia. Esta censura no tiene nada de místico, sino que incluye las prohibiciones adoptadas del mundo exterior y elementos que han devenido inconscientes ellos mismos.

El inconsciente comprende no sólo los deseos prohibidos y las ideas que no pueden volverse conscientes, sino también (probablemente) representaciones heredadas, correspondientes a los símbolos. Una interesante experiencia clínica demuestra que esas representaciones adquieren nuevos símbolos conforme al desarrollo de la técnica. Por ejemplo muchos pacientes, en la era de los zepelines, los soñaron como representaciones del órgano genital masculino.

Dado que Freud descubrió que el inconsciente incluye muchas más cosas que lo meramente reprimido, decidió completar la teoría de la estructura del aparato psíquico distinguiendo el ello, el yo y el superyó.

El ello tampoco tiene nada que esté fuera del alcance de lo sensorial, sino que es una expresión de la parte biológica de la personalidad.

¹⁹ La medida en que Jurinetz ha entendido erróneamente el psicoanálisis puede verse en la siguiente cita de su trabajo "Psychoanalyse und Marxismus", *Unter dem Banner des Marxismus*, cuaderno 1, p. 98: "¿Cómo podrá saberse el contenido del inconsciente si no es posible analizarlo porque nunca pasa del umbral de la conciencia?" ¡Pregunta sorprendentemente ingenua! Freud ha descubierto el inconsciente precisamente por medio de su método de asociación libre, a través de la eliminación de la censura. Toda la terapia analítica consiste en hacer consciente lo inconsciente; sólo en condiciones normales es incapaz de hacerse consciente.

Parcialmente, se trata del inconsciente en el sentido antes descrito, lo realmente reprimido.

Ahora bien, ¿qué es la represión? Se trata de un proceso que se lleva a cabo entre el yo y las tendencias del ello. Todo niño nace al mundo dotado de instintos y adquiere en su infancia deseos que no puede realizar porque la sociedad en general y la inmediata, la familia, no lo toleran (deseos incestuosos, analidad, exhibicionismo, sadismo, etc.). La realidad social exige, a través de los educadores, que el niño reprima estos instintos. Esto lo logra el niño, que tiene un yo débil y sigue predominantemente al principio del placer, sólo si elimina estos deseos de su conciencia, no queriendo saber de ellos. Los deseos se vuelven inconscientes por la represión. Otro hecho socialmente importante en el manejo de los deseos irrealizables es la sublimación, que es lo opuesto a la represión, es decir, en vez de reprimirlo, el instinto es desplazado hacia una actividad socialmente aceptable.²⁰

Vemos, pues, que el psicoanálisis no puede concebir al niño al margen de la sociedad, sino únicamente como un ser inmerso en ella. La

²⁰ Jamás Freud substituyó, como sostiene Jurinetz, la teoría de la represión por la teoría de la condena o rechazo. Jurinetz entendió mal lo que quería decir Freud cuando hacía notar que, cuando un instinto se ha vuelto consciente gracias al análisis, puede ser rechazado por el yo. El rechazo es lo contrario de la represión. Es falso "que los freudianos destruyen cada vez más la teoría del inconsciente", como escribe Jurinetz (*Ibid.*, p. 110). Esta opinión de Jurinetz tiene su origen en la confusión que le ha causado la reciente teoría del ello, el yo y el superyó. Esta teoría no niega la del inconsciente, sino que la asimila.

realidad social influye constantemente para limitar, modificar y dar un carácter constructivo a los instintos primitivos. Ante esta situación los dos instintos básicos reaccionan de manera distinta. El hambre es más rígida e inexorable y exige más vehementemente que el instinto sexual una satisfacción inmediata; en ningún caso puede ser reprimida. El instinto sexual es flexible, puede modificarse, sublimarse. Sus tendencias parciales pueden convertirse en su contrario sin renunciar por ello completamente a su satisfacción. Las energías que se emplean en las actividades sociales y las que satisfacen la necesidad de la alimentación se derivan de la libido. La libido se convierte en la fuerza motriz del desarrollo psíquico en el momento en que cae bajo la influencia de la sociedad.

El motor de la represión es el instinto de conservación del yo que domina al instinto sexual, y del conflicto entre ambos surge el desarrollo psíquico. La represión es, haciendo abstracción de sus mecanismos y efectos, un problema social, porque su contenido y sus formas dependen de la existencia social del individuo. Esta existencia social se expresa ideológicamente en una suma de prescripciones, mandatos y prohibiciones del superyó, que en gran medida son inconscientes.

Para el psicoanálisis toda la moral deriva de las influencias que ejerce la educación. De esta manera rechaza el supuesto carácter metafísico de la moral conforme al concepto kantiano de la ética y, a través de un enfoque materialista, la hace derivar de las vivencias, del instinto

de conservación y del miedo al castigo. Toda la moral surge en el niño por el miedo al castigo o por el amor hacia los educadores. Cuando Freud habla finalmente de una "moral inconsciente" o de un "sentimiento inconsciente de culpa" se refiere a que, a través de las prohibiciones, también se reprimen ciertos elementos del sentimiento de culpa, por ejemplo la prohibición del incesto. Jurinetz se equivoca de lleno al suponer que en el concepto del sentimiento inconsciente de culpa se halla implícita una esencia originalmente moral del yo, en el sentido de una culpa metafísica. Tal vez algunos psicoanalistas crean —por los motivos que sea— en una naturaleza originalmente buena y divina del hombre a pesar de que practiquen el psicoanálisis. Pero esto no se deriva de la teoría analítica, ya que, por el contrario, el psicoanálisis refuta definitivamente de manera científica tal creencia, eliminando de la filosofía la discusión sobre la moral. Es problema de cada analista resolver el conflicto que implica hacer compatibles su fe en una moral metafísica y en Dios, con su convicción psicoanalítica. Pero debe ser motivo de seria preocupación que el psicoanálisis llegue a coincidir con una ideología metafísica.²¹ De manera que

²¹ [1934] La preocupación que aquí se expresaba probó estar bien fundada mientras tanto. Hoy todo el movimiento psicoanalítico se ha precipitado a una gran crisis, debido, no en última instancia, a la influencia de la reacción política que desde entonces ha ido en aumento; esta crisis es una expresión de la contradicción que existe entre las concepciones revolucionarias de la teoría psicoanalítica sexual y la *Weltanschauung* burgués-religioso-ética de muchos psicoanalistas prominentes. El campo de la controversia teórica

la teoría del sentimiento inconsciente de culpa no se contrapone a la teoría del inconsciente como supone Jurinetz, sino, por el contrario, establece las bases para la adquisición de una moral materialista.

Hemos demostrado que tanto el ello como el superyó no son ni remotamente construcciones metafísicas sino que se derivan totalmente de necesidades o influencias reales del mundo exterior. Ignoro totalmente en qué funda Jurinetz su conclusión de que "tanto para Schopenhauer como... para Freud el mundo es la producción del propio 'yo' cuyo objetivo es regular nuestros instintos".²² Freud sostiene precisamente lo contrario en numerosas citas que el mismo Jurinetz menciona. Freud hace notar que el yo es resultado de la influencia del mundo real exterior sobre el organismo de los instintos y surge como protección ante los estímulos. Incluso en *Más allá del principio del placer*, tratado deliberadamente especulativo, que utiliza principalmente como base para su crítica, Freud no habla de la creación de un mundo real a través del yo. Jurinetz fracasó ante el concepto de proyección, que no está tratado ahí con más detalle. Hubiera podido obtener claridad sobre este concepto consultando los trabajos clínicos de Freud. El

entre la tendencia científica-marxista y la burguesa-ideológica del psicoanálisis lo constituyen, en el fondo, los problemas acerca del origen de la represión sexual, de la importancia que tiene la vida sexual genital para la salud mental, de la existencia de un instinto de autodestrucción de origen biológico, así como problemas técnico-terapéuticos.

²² *Ibid.*, p. 103.

yo cree que las imágenes que él reprime y lleva dentro y cuya presión siente se encuentran en el mundo exterior. Eso y ninguna otra cosa es la proyección. Precisamente por esta teoría materialista pudo Freud aclarar el carácter de las alucinaciones de los enfermos mentales. Las voces que oyen son de hecho sólo remordimientos o deseos, pero no son realidades del mundo exterior.

Por cierto que *Más allá del principio del placer* se prestó para que surgieran concepciones psicoanalíticas incorrectas en el psicoanálisis, pero Freud mismo ha expresado sus reservas ante este folleto y las ha dado a conocer repetidamente en conversaciones y lo ha colocado fuera del psicoanálisis clínico. El que haya llegado a ser el punto de partida para especulaciones sin fundamento sobre la hipótesis del instinto de muerte se debe probablemente a que la teoría de la libido es peligrosa para la ideología burguesa y que con gusto la cambiaría por una menos peligrosa.

La naturaleza material del yo ya es irrefutable porque está ligada al sistema perceptivo de los órganos sensoriales. Además, según Freud el yo deriva de la acción de estímulos materiales sobre el aparato de los instintos. Según Freud el yo es solamente una parte especialmente diferenciada del ello, es una defensa, un aparato de protección entre el ello y el mundo real. En sus acciones el yo no es libre, sino que depende del ello y del superyó, es decir, de lo biológico y de lo social. En consecuencia, el psicoanálisis rechaza la idea del libre albedrío, y su posición ante la libertad coin-

cide con la de Engels: "Libertad no quiere decir otra cosa que reconocimiento de la necesidad". La coincidencia es tan completa que hasta se expresa en la concepción fundamental de la terapia analítica de las neurosis: el enfermo debe alcanzar la capacidad de tomar decisiones a través del conocimiento que adquiere de lo que reprime, a través del proceso de adquirir conciencia de lo inconsciente. Debe poder decidir con "más conocimiento de causa" de lo que tenía posibilidad de hacer cuando eran inconscientes sus deseos. Naturalmente que esto no tiene nada que ver con el libre albedrío en el sentido de los metafísicos, sino que está limitado por las exigencias de las necesidades naturales. Cuando, por ejemplo, se hacen conscientes los deseos sexuales, no puede decidirse a reprimirlos nuevamente. También le es imposible decidirse por el ascetismo permanente. Pero bien puede proponerse vivir por un tiempo limitado ascéticamente. Después del análisis exitoso el yo no depende menos del ello y de la sociedad, pero sabe resolver mejor los conflictos.

De las condiciones de su formación resulta que, en cuanto a su contenido concreto, el yo en una mitad y el superyó en su totalidad integran cuestiones de la vida social. Las exigencias religiosas y éticas cambian conforme cambia la sociedad. El superyó de la mujer era totalmente diferente en la era platónica de lo que es en la sociedad capitalista. En la medida en que se prepara ideológicamente la nueva sociedad en el seno de la sociedad actual, en esa medida cambian naturalmente los con-

tenidos del superyó. Eso atañe tanto a la moral sexual como a la ideología de la intocabilidad de la propiedad privada de los medios de producción. Cambia naturalmente con la posición del individuo dentro del proceso de producción.

¿Pero en qué forma actúa la ideología social sobre el individuo? La teoría social marxista tuvo que dejar abierta esta cuestión por estar fuera de su ámbito. El psicoanálisis, sin embargo, la puede resolver: para el niño la familia es el representante inicial de la sociedad, mucho antes de que se incorpore él mismo en el proceso de producción; esa familia que está compenetrada con las ideologías de la sociedad, que es precisamente la célula generadora de la sociedad.

La relación edípica incluye no sólo las actitudes instintivas sino también la forma en que el niño vive y supera la etapa del complejo de Edipo, lo cual está determinado directamente por la ideología social dominante y por la posición que ocupan los padres en el proceso de la producción material. Así, el destino del complejo de Edipo depende, en última instancia, como todo lo demás, de la estructura económica de la sociedad. Es más, el mero hecho de que exista el complejo de Edipo se debe a la estructura de la familia que, a su vez, está determinada por la estructura de la sociedad. Sin embargo, será en el siguiente capítulo donde abordaremos la cuestión de la naturaleza histórica, no sólo de las formas sino también de la existencia real del complejo de Edipo.

LA DIALECTICA EN LOS PROCESOS PSIQUICOS

Preguntémonos ahora si también dentro de los procesos psíquicos han tenido lugar los mismos descubrimientos que la dialéctica ha obtenido en el análisis. Pero antes de responder esta pregunta queremos recordar los principales postulados del método dialéctico, tal como fueron establecidos por Marx y Engels y continuados por sus discípulos.

La dialéctica materialista de Marx surgió en oposición a la dialéctica idealista de Hegel, quien fue el verdadero fundador del método dialéctico.

En tanto que G. W. F. Hegel concebía la dialéctica de los conceptos como el elemento motor originario del desarrollo histórico y consideraba el mundo real sólo como el reflejo de las ideas o los conceptos que se desarrollan dialécticamente, Marx convirtió dicha concepción del mundo en concepción materialista, es decir, colocó el edificio de Hegel, según su propia expresión, "sobre sus propios pies", reconociendo el devenir material como lo originario y considerando las ideas como algo dependiente de él. Con la asimilación de las concepciones dialécticas del devenir de Hegel, Marx acabó al mismo tiempo con el materialismo mecanicista de los materialistas del siglo XVIII.

Los principales postulados del materialismo dialéctico son:

1] El proceso dialéctico no es algo exclusivo del pensamiento, sino que también tiene lugar, independientemente del pensamiento, en la materia, es decir, el movimiento de la materia objetivamente es dialéctico. El materialista dialéctico no introduce nada en la materia de lo que existe sólo en su pensamiento, sino que capta directamente, por medio de sus sentidos y de su pensamiento, que también están regidos por la dialéctica, el devenir material de la realidad objetiva. Obviamente, esta concepción es totalmente opuesta a la concepción idealista de Kant.¹

2] Tanto el desarrollo social como el desarrollo de los fenómenos naturales, contrariamente a lo que sostiene todo tipo de metafísica, sea idealista o materialista, que lo atribuye a un "principio motriz" o a "una tendencia motriz inmanente en las cosas", ocurre a través de contradicciones internas; a través de choques entre elementos opuestos de la materia y del conflicto entre estos elementos, que no puede resolverse dentro de la forma dada de existencia y que, al estallar las contradicciones, transforma la forma de existencia de la materia y crea una nueva, de la cual resultan nuevas contradicciones, etcétera.

3] Todo lo que produce el desarrollo dialéctico no puede considerarse ni malo ni bueno, sino necesario. Pero lo que en una etapa del desarrollo fue progresivo primero puede con-

¹ A este respecto véase Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*.

vertirse después en una traba. Por ejemplo, el modo de producción capitalista acrecentó primero enormemente las fuerzas productivas, pero posteriormente se convirtió, por sus contradicciones internas, en un obstáculo para ese desarrollo. La superación de este obstáculo implica el advenimiento del modo de producción socialista.

4] Debido al desarrollo dialéctico antes descrito y que tiene lugar a través del choque de elementos contrarios, nada es permanente, todo lo que existe lleva en su seno el germen de su destrucción. Pero una clase que quiera perpetuar su dominio no puede aceptar la concepción dialéctica, porque ello equivaldría a aceptar su propia sentencia de muerte. Según Marx, la burguesía en su desarrollo hizo surgir una clase, el proletariado, cuya condición de existencia significa la desaparición de la burguesía. Por eso sólo la clase obrera es capaz de asimilar y poner en práctica de manera completa la dialéctica, en tanto que la burguesía está condenada a quedar atrapada en el más absoluto idealismo.

5] Cada desarrollo es expresión y consecuencia de una doble negación; es negación de una negación. Para ilustrar esto, tomemos una vez más un ejemplo del desarrollo social. La producción de mercancías fue la negación del comunismo primitivo, en el cual sólo existía la producción de valores de uso. La organización socialista de la economía es la negación de esa negación; niega la producción de mercancías y así, a manera de una espiral, eleva a un escalón más alto la afirmación de lo que

antes fue negado, la producción de valores de uso, el comunismo.²

6] La oposición de los contrarios no es absoluta, sino que existe una mutua compenetración. El aumento de la cantidad llegado a determinado punto se traduce en un cambio de calidad. Cada causa de un efecto es al mismo

² [1934] Lo mismo es cierto, como se ha podido comprobar, mientras tanto, respecto al desarrollo de las formas sexuales y de la ideología sexual. En la sociedad primitiva, donde existe una organización económica de comunismo primitivo, la vida sexual es afirmada y vista favorablemente. Con el desarrollo de la economía mercantil y privada, la afirmación de la vida sexual se convierte en negación tanto dentro de la sociedad como en la estructura humana. Conforme a las leyes del desarrollo dialéctico puede suponerse que en un plano más alto necesariamente la negación sexual se convertirá alguna vez nuevamente en afirmación sexual social y estructural. Actualmente presenciarnos no sólo la contradicción entre la tendencia hacia la abolición de la economía mercantil y la tendencia que pugna por su conservación, sino también un conflicto cada vez más agudo entre la tendencia social a agudizar la supresión sexual y la tendencia a reconstruirla como una economía sexual natural en lugar de la regulación y la represión morales. En la Unión Soviética podía verse con claridad el impulso progresivo de esas dos tendencias durante los primeros años. En el campo sexual cesaron estos progresos y les siguió un retroceso cuyos motivos y esencia requieren todavía investigación. Ver *Der Einbruch der Sexualmoral*. La teoría de la economía sexual social debe concebirse como el reconocimiento subjetivo, como la toma de conciencia de esta contradicción social. Este proceso no sólo ha sido ignorado por la tendencia actualmente dominante del movimiento proletario, sino que su descubrimiento produjo una violenta resistencia en círculos importantes. Véase "Die Geschichte der Sexualpolitik", *Zeitschrift für politische Psychologie und Sexualökonomie*, a partir de cuaderno 3/4.

tiempo efecto de este efecto como causa. Y no se trata simplemente de un efecto recíproco de fenómenos estrictamente separados el uno del otro, sino de una compenetración recíproca y un efecto mutuo. Además, un elemento puede convertirse en su contrario bajo determinadas condiciones.³

7] El desarrollo dialéctico tiene lugar gradualmente, pero se realiza a saltos en determinados puntos. El agua no se convierte en hielo a través de un enfriamiento gradual, sino que, en un punto determinado, la cualidad agua se convierte de repente en hielo. Eso no

³ [1934] Precisamente a través del movimiento fascista de masas podía comprenderse directamente este proceso. La rebelión anticapitalista de la masa del pueblo alemán que se halla en total contradicción con la función objetiva del fascismo se ligó a éste y se convirtió por un tiempo en su contrario: en consolidación del dominio del capital alemán. En este punto sólo me referiré a un problema que debe ser tratado a fondo en otro lugar. La esencia de la política marxista consiste en prever las tendencias evolutivas y en apoyar todos aquellos procesos favorables a la revolución social. La dirección de la Internacional Comunista, en cuyas manos se había confiado el destino de la revolución mundial, cayó de tal manera en la teoría economicista y mecanicista, que constantemente se hallaba a la zaga. No pudo prever nada e ignoró, por ejemplo, las tendencias revolucionarias dentro del movimiento fascista de masas, y por eso tampoco pudo hacer nada. Dentro del fascismo se unieron y siguen unidas las tendencias revolucionarias y reaccionarias. En la matanza de los dirigentes de la SA [*Sturm-Abteilung*, brigadas de choque del partido nacional-socialista, creadas en 1921 para proteger los mítines de masas del partido que se convirtieron en pandillas especializadas en choques con comunistas y otros grupos enemigos. Posteriormente perdieron importancia frente a la SS. T.] del 30 de junio de 1934,

quiere decir que el cambio súbito surja de repente de la nada, sino que ha habido un desarrollo gradual que en un momento dado produce el cambio brusco. Así, la dialéctica también resuelve la evolución contradictoria: revolución sin eliminar la evolución. El cambio social se prepara primero por la evolución (socialización del trabajo, pauperización de la mayoría, etc.) y luego se realiza de manera revolucionaria.

Inténtemos ahora comprobar la dialéctica en la vida psíquica del hombre a partir de algunos procesos típicos que de ella se han encontrado en el análisis, procesos cuya dialéctica, en nuestra opinión, no se hubiera revelado sin el método psicoanalítico.

Primero un ejemplo del desarrollo dialéctico: la formación de los síntomas de la neurosis tal como fue concebida y descrita por primera vez por Freud. Según Freud, un síntoma neurótico se desarrolla en la relación del yo con la sociedad que primero rechaza y luego reprime el surgimiento de un instinto. Sin embargo, la sola represión de un instinto no es suficiente para causar un síntoma; para ello es necesario que el instinto reprimido supere la represión

se pusieron en evidencia, una vez más, las diferencias abismales; más adelante podrá saberse si esto tenía un carácter definitivo. Todo esto podría haberse previsto; sólo existe un camino para aprender la lección: si se logran reconocer a tiempo las contradicciones internas dentro de cada fenómeno social de importancia, será factible formular previsiones. Véase *Massenpsychologie des Faschismus*, donde se encuentra un intento de análisis de las contradicciones ideológicas del fascismo.

y se manifieste en forma distorsionada, que es lo que aparece como síntoma. Según Freud, el síntoma contiene tanto los estímulos combatidos del instinto como su misma defensa; el síntoma incluye las dos tendencias opuestas. ¿En qué consiste entonces la dialéctica de la formación de un síntoma? El yo del individuo en cuestión se encuentra bajo la presión de un "conflicto psíquico". La situación contradictoria exige una solución: por un lado está la exigencia del instinto y por el otro la realidad, que rehusa su satisfacción o la castiga. El yo es demasiado débil para enfrentarse a la realidad, pero también es demasiado débil para dominar el instinto. Esta debilidad del yo, que es ya una consecuencia de un desarrollo anterior, del cual la formación del síntoma es sólo una fase, es el marco dentro del cual tiene lugar el conflicto. Este conflicto se resuelve de tal forma que el yo reprime el instinto en aras de las exigencias sociales, es decir, en aras del instinto de conservación: para no perecer o verse castigado.⁴ En consecuencia, la represión es el resultado de una contradicción que no se puede resolver conscientemente. Cuando el instinto se hace inconsciente, se logra una

⁴ [1934] La escuela psicoanalítica inglesa ignoró el hecho de que esta debilidad del yo es una expresión artificial debida a la inhibición del instinto. Si no existiera un conflicto entre el yo y la exigencia sexual, el yo podría obtener en cada etapa de su desarrollo la satisfacción correspondiente; no tendría miedo ante el instinto. Sin embargo, estos y muchos otros psicoanalistas creen que la debilidad causada es de origen biológico y, en consecuencia, la represión sexual debería ser una necesidad biológica.

solución momentánea, aunque patológica, del conflicto. Segunda fase: después de la represión del instinto, el cual fue tanto negado como afirmado por el yo, el yo mismo ha cambiado. Su conciencia se halla por una parte privada de algo (del instinto) y, por otra, enriquecida (por la calma momentánea). Pero el instinto no puede renunciar a la satisfacción ni por la represión ni menos por la conciencia, porque hasta ahora los instintos no están bajo el control de la conciencia. Pero la represión acarrea su propia destrucción, porque la energía del instinto se acumula enormemente a causa de la represión hasta que acaba por hacerla estallar. El proceso de la destrucción de la represión es resultado de la contradicción represión-acumulación del instinto, de la misma manera que la represión misma fue resultado de la contradicción: deseo del instinto-negación del mundo exterior en las condiciones de debilidad del yo. De modo que no existe una "tendencia" hacia la formación de síntomas, sino que efectivamente tiene lugar un desarrollo, como pudimos ver, derivado de las contradicciones de los conflictos psíquicos. Con la represión también se cumplió la condición para su rompimiento, la acumulación del instinto insatisfecho. ¿Se ha restablecido la situación originaria con la destrucción de la represión en la segunda fase? Sí y no. Sí, en tanto que el instinto domina de nuevo en el yo; no, en tanto actúa en forma diferente, en la conciencia, como síntoma. El síntoma contiene lo anterior, el instinto, pero al mismo tiempo también su contrario, la defensa del yo. De manera que en la

tercera fase (síntoma) están unidos los contrarios originales en uno y el mismo fenómeno. Este mismo fenómeno es una negación (rompimiento) de la negación (de la represión). Aquí nos detendremos un momento para demostrar esto con una experiencia psicoanalítica.

Tomemos el caso de una mujer casada, que teme ser asaltada por ladrones armados de cuchillos. No puede estar sola en una habitación porque se imagina que en cada rincón se encuentra un cruel asaltante. El análisis de esta mujer, que era esposa de un trabajador, dio el siguiente resultado:

Primera fase: Conflicto psíquico y represión. La mujer conoció antes de su matrimonio a un hombre que la perseguía haciéndole proposiciones que habría aceptado gustosamente de no haber tenido impedimentos morales. La solución a este conflicto pudo posponerla con el consuelo de pensar en un matrimonio posterior. El hombre se alejó y ella se casó con otro, pero no pudo olvidar al primero y constantemente la perturbaban recuerdos de él. Cuando una vez más lo encontró, sufrió serios conflictos entre su deseo de él y su propia exigencia de fidelidad conyugal. Bajo estas condiciones, el conflicto se hizo insostenible e insoluble. Su deseo de él fue de igual fuerza que su moral. Comenzó por evitarlo (defensa) y finalmente lo olvidó aparentemente. Pero esto no fue un olvido real, sino sólo una represión. Ella se creía curada y conscientemente dejó de pensar en él.

Segunda fase: Estallido de la represión. Algún tiempo después tuvo un fuerte disgusto

con su marido porque él coqueteaba con otra mujer. Durante el disgusto había pensado, como mucho después reveló: "Si tú puedes hacerlo, entonces yo sería una tonta si no me lo permitiera también". Y con esto tenía presente en ese momento la imagen de su primer pretendiente. Sin embargo, el pensamiento era demasiado peligroso; podía conjurar otra vez todo el conflicto, y por eso conscientemente no se ocupó más de este pensamiento: de nuevo lo había reprimido. Pero en la noche surgió una fobia; de repente tuvo la idea de que un hombre extraño se acercaba sigilosamente a su cama para violarla. El instinto penetró otra vez en su conciencia, en forma distorsionada, pero bajo la forma de su opuesto directo: en lugar del deseo del hombre extraño, tenía miedo de él. Esta distorsión fue (*tercera fase*) la base para la formación del síntoma.

Si analizamos ahora el síntoma mismo, vemos en la fantasía de un hombre extraño que se acerca a su cama en la noche la realización del reprimido deseo de adulterio (el análisis demostró en los detalles que ella, sin saberlo, veía en su delirio a su primer pretendiente: la figura, el color del cabello, etc., eran los mismos). Pero inherente al síntoma mismo se halla la defensa, el miedo ante el instinto, que aparece como miedo ante el hombre. Posteriormente desapareció el miedo a "ser violada" y fue sustituido por el de "ser asesinada", es decir, se trataba de otra distorsión del contenido del síntoma que hasta entonces había sido claro.

En este ejemplo no sólo vemos unidos en un

mismo fenómeno los contrarios que antes se hallaban separados, sino también la conversión de un fenómeno en su contrario, el deseo convertido en miedo. En esta conversión de la energía sexual en miedo, que es uno de los hallazgos fundamentales de Freud, se expresa el principio según el cual la misma energía en ciertas condiciones produce precisamente lo contrario de lo que produce en otras condiciones.

Pero todavía se manifiesta otro postulado dialéctico en nuestro ejemplo: en lo nuevo, en el síntoma, todavía existe lo anterior, el deseo sexual, pero, sin embargo, lo anterior ya no es lo mismo, sino algo completamente nuevo, a saber, miedo. La oposición dialéctica entre la libido y el miedo también puede resolverse de otra forma: en la lucha entre el yo y el mundo exterior.⁵ Pero antes de abordar

⁵ [1934] La contradicción entre esta concepción del dualismo de los instintos que hoy se llamaría economía sexual y la concepción de Freud puede formularse de la siguiente manera, según el estado actual de los conocimientos: Freud descubrió, primero, la contradicción entre el yo y el mundo exterior y luego, independientemente de esto, descubrió el dualismo interno de dos instintos originarios. Siempre sostuvo el carácter dual de los procesos psíquicos que había descubierto. La economía sexual concibe el dualismo interno de los instintos de otra manera, no en términos absolutos sino dialécticamente, y deduce los conflictos internos de los instintos de la contradicción originaria: yo-mundo exterior. Nos llevaría demasiado lejos presentar aquí estas cuestiones tan complicadas con mucho detalle, en especial, demostrar cómo la teoría de los instintos sexual-económica surgió de la teoría de los instintos de Freud, y señalar lo que aceptó y lo que desarrolló o sustituyó con otras concepciones. Algunos partidarios de la economía se-

esto queremos mostrar algunos breves ejemplos más de la dialéctica en lo psíquico. Comencemos con algo relacionado con la transformación de la cantidad en la calidad. La represión del estímulo de un instinto fuera de la conciencia, o también la mera supresión, es hasta cierto punto un hecho placentero para el yo porque elimina un conflicto. Pero más allá de cierto punto el placer se convierte en displacer. Un estímulo de una zona erógena que no puede satisfacerse plenamente es un acto de placer; pero si se extiende demasiado dicho estímulo, el placer se convierte en displacer. Además, la causación de la tensión y el relajamiento son procesos dialécticos. Esto puede demostrarse mejor en el instinto sexual. La tensión que produce un estímulo sexual aumenta el deseo, pero disminuye al mismo tiempo la tensión para satisfacer el estímulo y, en consecuencia, es simultáneamente relaja-

xual se inclinan a atribuir a Freud concepciones que él rechaza. Como la economía sexual es, entre otras cosas, la continuación más consecuente de la ciencia psicoanalítica, es obvio que se encuentran preformadas, señaladas o latentemente preparadas muchas de sus concepciones fundamentales en la investigación psicoanalítica. Esto plantea la dificultad de separar las dos disciplinas. Pero basta una mirada a la literatura para percatarse de que no puede estar unida la actual teoría sexual y de los instintos de la economía sexual con la actual teoría psicoanalítica. A diferencia de algunos colegas de muy buena voluntad, no quiero tratar de unir lo que no se puede unir. Sobre los inicios de la teoría de los instintos de la economía sexual se ocupa el capítulo XIII de *Análisis del carácter* y *Der Urgegensatz des vegetativen Lebens*. *Zeitschrift für politische Psychologie und Sexualökonomie*, 1934.

miento. La tensión también prepara el consecuente relajamiento, como ocurre con la tensión de la cuerda del reloj que prepara su relajamiento. Por otra parte, el relajamiento está ligado a la tensión máxima, como acontece en el acto sexual y el desenlace de una comedia emocionante. Pero el relajamiento también constituye la base para una nueva tensión.

El postulado de la identidad de los contrarios puede demostrarse en los procesos de la libido narcisista y de la libido de objeto. Según Freud el amor propio y el amor hacia el objeto no son solamente contrarios, sino que el amor de objeto nace de la libido narcisista y puede transformarse en cualquier momento en ella. Pero en tanto ambas representan tendencias eróticas, constituyen una identidad, porque en última instancia tienen la misma fuente de origen: el aparato sexual somático y el "narcisismo primario". Además, si bien los conceptos "consciente" e "inconsciente" son contrarios, por medio de una neurosis compulsiva puede demostrarse que simultáneamente pueden ser contrarios y ser idénticos. Quienes padecen una neurosis compulsiva reprimen las ideas de su conciencia negándoles simplemente la atención, es decir, negándoles su contenido afectivo; la idea "reprimida" es simultáneamente consciente e inconsciente, es decir, el enfermo la puede tener presente, pero desconoce su significado. Los conceptos *ello* y *yo* también expresan una identidad de contrarios: el *yo* es, por un lado, sólo una parte especialmente diferenciada, pero se vuelve al mismo tiempo, bajo la influencia del mundo

exterior, en lo contrario, en una contrapartida funcional del ello.

El concepto de identificación corresponde no sólo a un proceso dialéctico, sino también a una identidad de contrarios. Según Freud la identificación se lleva a cabo de tal manera que el sujeto se "asimila" (se "identifica") con la persona educadora, que es al mismo tiempo amada y odiada, y acepta sus atributos o mandatos. En este proceso por regla general se pone fin a la relación de objeto. La identificación toma el lugar de la relación de objeto y es, por ende, su contrario, su negación; pero es al mismo tiempo una relación de objeto que se mantiene bajo otra forma, es también una afirmación. En este proceso subyace la siguiente lucha o conflicto: "Yo quiero a X, pero como educador me prohíbe demasiado, y por eso lo odio. Quiero destruirlo, eliminarlo, pero también lo quiero, y por eso lo quiero conservar". Para esta situación contradictoria, que no puede seguir existiendo paralela a cierta intensidad de los estímulos contrarios, existe la siguiente salida: "Yo lo asimilo, me 'identifico' con él, lo aniquilo (es decir, mi relación con él) en el mundo exterior, pero lo conservo dentro de mí a través de una relación modificada; lo he aniquilado y conservado a la vez".

En los casos que contienen un elemento afirmativo y uno negativo a la vez y que el psicoanálisis clasifica como ambivalente, hay un sinnúmero de fenómenos dialécticos, de entre los cuales sólo queremos destacar el fenómeno más importante: la conversión del amor en

odio, y viceversa. El odio puede significar en realidad amor, y viceversa. Son idénticos en tanto que ambos facilitan una intensa relación entre dos individuos. La transformación de un instinto en su contrario es una cualidad que atribuye Freud a los instintos en general. Pero en la transformación no se pierde el elemento originario, sino que se conserva totalmente en su contrario.

También la oposición entre la perversión y la neurosis puede resolverse dialécticamente, toda vez que cada neurosis es una perversión negada y viceversa.

Un buen ejemplo de desarrollo dialéctico puede demostrarse en la continua represión sexual. En los pueblos primitivos existe una fuerte oposición entre el tabú del incesto con la hermana (y la madre) y la libertad sexual con el resto de las mujeres. Sin embargo, la limitación sexual se extiende cada vez más; primero, se aplica a las primas, y después a todas las mujeres de la misma familia, para convertirse finalmente con su mayor extensión en una concepción cualitativamente diferente de la sexualidad, como ocurre por ejemplo en el patriarcado y en especial en la época del cristianismo. La fuerte represión de la sexualidad se traduce en su contrario en tal forma que en la actualidad el tabú en las relaciones entre hermano y hermana está roto *de facto*. Los adultos ya no saben nada acerca de la sexualidad infantil como resultado de la exagerada represión sexual, de manera que ya no se consideran sexuales los juegos sexuales entre hermano y hermana y forman parte de las

actividades de los niños aceptadas aun dentro de las familias "más decentes". El hombre primitivo no tiene permiso siquiera de mirar a su hermana, pero, aparte de esto, no tiene trabas sexuales; el hombre civilizado descarga su sexualidad infantil sobre su hermana, pero tiene que someterse en todos los demás aspectos a los códigos más severos de moralidad.⁶

Investiguemos ahora en qué medida el psicoanálisis ha demostrado también la dialéctica de la psique respecto al individuo en sociedad. A tal efecto tendremos que formular dos preguntas esenciales: *Primera*: si la dialéctica de lo psíquico se deriva de la oposición originaria (que se puede resolver) entre el yo (instinto) y el mundo exterior. *Segunda*: Cómo los enfoques racional e irracional de los hechos individuales se contradicen y, sin embargo, se interpenetran.

Ya hemos mencionado en la primera parte de este inciso que el psicoanálisis de Freud supone que el individuo, por lo que respecta a su psique, nace con un conjunto de necesidades dotadas de sus estímulos correspondien-

⁶ [1934] En este párrafo debe hacerse una corrección: cuando lo redacté por primera vez, me encontraba bajo la influencia de las teorías burguesas según las cuales la unidad sexual de la sociedad primitiva era la familia patriarcal; esto era congruente con la teoría de Freud de *Tótem y tabú*. Pero el conocimiento de los importantes procesos que convirtieron el matriarcado en el patriarcado me obligó reconocer que no sólo la hermana sino todas las mujeres de la misma tribu son consideradas como tabú. Sobre la contradicción entre familia y clan ver mis exposiciones en *Der Einbruch der Sexualmoral*.

tes. Con estas necesidades es lanzado a la sociedad de inmediato como un ser socializado, no sólo al círculo estrecho de la familia, sino también, a través de las condiciones económicas de la existencia familiar, a la sociedad en general. En pocas palabras, se puede decir que la estructura económica de la sociedad entra en relación de interacción con el yo instintivo del recién nacido a través de varias mediaciones: la clase a la que pertenecen los padres, la situación económica de la familia, las ideologías, la relación entre los padres, etc. De la misma manera en que este yo instintivo modifica su medio, este medio modificado ejerce su influencia sobre él. Mientras las necesidades se satisfacen parcialmente, hay armonía. Pero en la mayor parte de los casos surge una oposición entre las necesidades y el orden social, cuyo representante es primero la familia y después la escuela. Esta oposición se traduce en una lucha que conduce a una transformación, y como el individuo es la parte más débil, el resultado final es una transformación en su estructura psíquica. Tales conflictos derivados de elementos opuestos y que son insolubles mientras la estructura del niño es constante surgen a diario y son en cada momento el elemento que realmente impulsa el desarrollo. Dentro del psicoanálisis se hace referencia a la constitución, las tendencias de desarrollo, etc., pero los hechos que se han podido investigar acerca del desarrollo infantil sólo confirman el desarrollo dialéctico arriba descrito: el desarrollo etapa por etapa a través de la lucha de contrarios. Pueden dis-

tinguirse diversas etapas en el desarrollo de la libido, e incluso se habla de que la libido "recorre" estas etapas de desarrollo. Sin embargo, la observación demuestra que ninguna etapa entra en acción antes de que tenga lugar la negación de la satisfacción de la etapa anterior. Así, la negación de la satisfacción se convierte en el motor del desarrollo del niño a través del conflicto que surge de esta negación. Dejaremos a un lado la parte que dentro de este desarrollo determina la herencia, por ejemplo el carácter de las zonas erógenas y del aparato sensorial, ya que no constituye el aspecto decisivo de este proceso, además de que esto todavía forma parte de un campo bastante oscuro de la investigación biológica, y la pregunta acerca de la naturaleza de su dialéctica no viene al caso ahora. Tenemos que tomarla en cuenta, pero por lo pronto nos conformamos con la fórmula de Freud según la cual la constitución pulsional participa en igual medida que la experiencia vivencial en el desarrollo del carácter instintivo.⁷

⁷ [1934] También esta exposición necesita una minuciosa corrección. La concepción de la naturaleza absoluta de la constitución instintiva remplace a la economía sexual por otra en la que, en primer lugar, la constitución sólo puede manifestarse en las diferencias de la producción de energía biofisiológica y, en segundo lugar, dichas diferencias se manifestarán entonces como "constitución hereditaria" si el desarrollo crea condiciones propicias para ello. Esto significa que lo que en un caso se presenta como "constitución" predisponente a la neurosis no se manifiesta de la misma manera en otro caso. Nuestro insuficiente conocimiento sobre estos procesos también determina la vaguedad de las formulaciones teóricas.

Entre las vivencias, las negaciones de las necesidades, junto con las satisfacciones, ocupan un destacado lugar como motor del desarrollo. La oposición entre el yo instintivo y el mundo exterior a fin de cuentas se convierte en una contradicción interna, formándose bajo esta influencia del mundo exterior un órgano restrictivo en el aparato psíquico, el superyó. Lo que al principio era miedo ante el castigo se convierte en restricción, y el conflicto entre instinto y mundo exterior se convierte en un conflicto entre el yo instintivo y el superyó. Pero no se olvide que ambos tienen una naturaleza material, que el yo se ha nutrido orgánicamente y el superyó se ha desarrollado en el interés de la autoconservación del yo. El instinto de autoconservación (narcisismo) limita el instinto sexual y la agresividad. Así, dos necesidades fundamentales que en la etapa infantil, y todavía después en muchas situaciones, formaron una unidad, se hallan ahora en oposición e impulsan, de conflicto en conflicto, el desarrollo hacia adelante, no sólo en virtud de las limitaciones que impone la sociedad sino también a través de ellas.⁸ De ma-

Un primer intento de exposición se encuentra en el apéndice a *Einbruch der Sexualmoral*. Es probable que la futura ciencia natural materialista dialéctica no adopte mucho de la genética actual que es un centro de energía de primera para la totalidad de la concepción cultural burguesa. Ésta se basa principalmente en juicios morales de valor y sólo contiene escasos elementos científico-naturales. Culminó hasta la fecha en la megalománica "teoría" racista de Hitler.

⁸ Aquí se plantea el problema de cómo se generan las contradicciones internas que dan origen a los con-

nera que el conflicto interno y externo determina el desarrollo en general, la existencia social llena tanto las metas de los instintos como las restricciones morales con sus imágenes y contenidos. El psicoanálisis puede comprobar plenamente la afirmación de Marx, según la cual la existencia determina "la conciencia", es decir, las imágenes, las metas de los instintos, las ideologías morales, etc., y no a la inversa. El psicoanálisis da a esta afirmación un contenido concreto en lo que respecta al desarrollo infantil. Pero esto no excluye que tanto la intensidad de las necesidades, que está determinada somáticamente, como las diferencias cualitativas del desarrollo estén determinadas por el aparato de los instintos. Y ésta no es una "desviación idealista", como algunos marxistas me dijeron en discusiones sobre esta materia, sino que corresponde completamente al postulado marxista de que son los hombres mismos quienes hacen su historia, sólo que bajo ciertas circunstancias y condiciones de naturaleza social.⁹ En su carta, Engels se opo-

FLICTOS PSÍQUICOS, la forma en que se derivan del conflicto originario entre el yo y el mundo exterior y cómo se hacen autónomas posteriormente. Este problema central de la naturaleza de la "ley del desarrollo dialéctico" surgió sólo hace poco tiempo, cuando el problema de la formación del carácter atrajo interés. Hasta qué punto ya lo habían resuelto Hegel o Marx, no me es posible decirlo ahora. Prefiero acercarme sin prejuicios al nuevo campo que ofrece la dialéctica en lo psíquico, para de ahí deducirlo. No creo que Marx haya resuelto el problema del origen de la contradicción intrapsíquica. Pero es posible que no me haya preocupado esta cuestión cuando estudié la filosofía marxista y lo haya pasado por alto.

⁹ [1934] Dado que el actual marxismo economicis-

ne expresamente a la idea de que la producción y reproducción de la vida material sea el único elemento determinante en el desarrollo de las ideologías y sostiene que es el elemento determinante sólo en última instancia.¹⁰

Traducida a la sociología, la tesis central de Freud acerca de la significación del com-

ta en nombre de Marx se pronuncia en contra de la economía sexual, haré una cita en la que se muestra en qué medida consideró Marx que las necesidades son el fundamento de la producción y de la sociedad; aunque sé que, actualmente, no son los argumentos objetivos los que deciden una polémica científica, sino la política de prestigio y que por eso las citas no sirven de nada. "Los individuos han tenido siempre que partir de sí mismos en toda circunstancia, pero como nunca pudieron prescindir de los otros, puesto que sus necesidades, su naturaleza y la forma en que satisfacerla los ponía en relación a unos con otros (relaciones sexuales, intercambios, distribución del trabajo, etc.) tuvieron que entrar en relación unos con otros. Pero como trabaron relaciones de intercambio, no como puros yoes, sino como individuos situados en un determinado nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas y de sus necesidades, en un intercambio, por tanto, que a su vez determinaba la producción y las necesidades, de ahí que fuera precisamente el comportamiento personal, individual de los individuos, su comportamiento recíproco como individuos entre sí, el que creara y siga creando diariamente las relaciones sociales existentes. Entraron en relación e intercambio como lo que eran, partiendo 'de sí mismos', cualquiera que fuese su 'concepción de la vida'. La 'concepción de la vida', así fuese la más estafalaria de la filosofía, no podría estar determinada naturalmente sino por su vida real."

¹⁰ "Si alguien distorsiona esto de tal manera que convierte el elemento económico en el único determinante, hará de ese principio una frase abstracta, absurda y sin sentido." *Engels-Brevier*, Viena, 1920, p. 124.

plejo de Edipo en el desarrollo del individuo no significa otra cosa sino que la existencia social determina dicho desarrollo. Las inclinaciones e instintos, formas vacías del contenido social que habrán de asumir, pasan a través de las experiencias (sociales), de las relaciones hacia el padre, la madre y los educadores, y sólo entonces adquieren su forma y contenido finales.

La dialéctica del desarrollo psíquico no sólo se manifiesta en el hecho de que en cada situación de conflicto pueden producirse resultados opuestos según la correlación de fuerzas, sino que la experiencia clínica también demuestra que las cualidades del carácter pueden convertirse en su contrario, las mismas que ya existían en germen en la primera etapa del conflicto. Un niño cruel puede convertirse en el individuo más compasivo, y a través de un profundo análisis puede encontrarse dentro de esta compasión la antigua crueldad. Un niño aficionado a la suciedad puede convertirse en un individuo pedantemente pulcro y un indiscreto en uno extremadamente discreto. La sensualidad fácilmente se convierte en ascetismo. Aún más, cuanto más intensamente se desarrolla una cualidad, tanto más fácil es que se convierta, en condiciones propicias, en su contrario (formación reactiva).

Por otra parte, en dicho desarrollo y transformación no se pierden completamente las cualidades originales; en tanto que una parte de las cualidades se convierte en su contrario, la otra se mantiene sin modificación, experimentando cambios en el curso del tiempo sólo

por la modificación total de la personalidad. El concepto freudiano de la repetición desempeña en el desarrollo psíquico un importante papel, que resulta ser dialéctico cuando se lo investiga.¹¹ El nuevo resultado reúne en sí tanto lo anterior como algo enteramente nuevo, algo antiguo bajo un nuevo ropaje o desempeñando una nueva función. Esto que ya vimos en el caso del síntoma también ocurre en la sublimación. Por ejemplo, en el caso de alguien que de niño le gusta jugar con excremento, después construye castillos de arena mojada y, finalmente, como adulto, desarrolla un gran interés por la arquitectura. En las tres fases se ha conservado lo anterior pero bajo otra forma y desempeñando otra función. Otros ejemplos son las historias del cirujano y del ginecólogo: en las operaciones el primero sublima su sadismo y el segundo sublima su deseo infantil de ver y tocar. Si estas afirmaciones del psicoanálisis son correctas o no, no puede ser materia de la crítica metodológica sino sólo de la crítica empírica. Quien no haya analizado a un cirujano no puede negar esta afirmación. Pero metodológicamente puede hacerse una objeción, a saber: la dependencia

¹¹ [1934] Entre tanto, la teoría de la compulsión de repetición más allá del principio del placer ha probado ser una hipótesis nacida expresamente con el fin de desexualizar el proceso psíquico. Su refutación clínica detallada se encuentra en el capítulo "El carácter masoquista" de *Análisis del carácter*. La repetición es dialéctica, en el sentido en que lo formula el texto arriba mencionado, sólo dentro del principio del placer y displacer, y no debe limitarse por intereses meramente heurísticos, pues de otro modo abrimos nuevamente las puertas a la metafísica expulsada.

de la actividad del hombre de las condiciones económicas. El psicoanálisis simplemente afirma que estas o aquellas fuerzas actúan¹² pero al lado de este instinto subjetivo, la forma que reviste la sublimación está determinada económicamente, porque es la posición social del individuo la que determina si sublima su sadismo como carnicero, cirujano o detective. También puede hacerse imposible la sublimación por motivos sociales, y esto conduce a un descontento con la profesión impuesta por la sociedad. Además, habría que preguntarse cómo puede ser compatible el carácter innegablemente racional de una actividad con su sentido innegablemente irracional. Después de todo, el pintor pinta, el técnico construye, el cirujano corta, para ganarse la vida, por motivos económicos, racionales. Además, el trabajo es un factor social, es decir, racional.

¹² [1934] En ese tiempo juzgaba la posición del psicoanálisis frente a sus propios principios de una manera demasiado favorable. Ningún psicoanalista no marxista aceptará que los contenidos de la actividad psíquica son imágenes racionales del mundo exterior y que sólo las cargas o catexis de energía provienen del mundo interior. Esto se demuestra por ejemplo en el hecho de que se trata de explicar, incluso seriamente, el capitalismo a través de los instintos. Pero no hemos abordado el problema importante que aún no se ha aclarado: de qué manera logra el aparato psíquico convertir los estímulos que le llegan en concepciones o reflejos del mundo exterior que más tarde pueden reproducirse independientemente del estímulo mencionado. Este problema se encuentra en la misma situación que el de la formación de la contradicción interna. Sin duda, es también el problema sobre la formación de la conciencia en general. Pero no existen aquí ni los gérmenes de una solución satisfactoria.

¿Cómo es esto compatible con la afirmación del psicoanálisis de que el individuo sublima en su trabajo un instinto y así lo satisface? Algunos analistas no aprecian debidamente el carácter racional de la actividad humana. En ellos se puede observar una concepción del mundo que no ve sino proyecciones y satisfacciones de instintos en la actividad humana.¹³ Por otro lado, como ha observado un analista, aunque el avión es un símbolo del pene, de todos modos puede viajar en él de Berlín a Viena.

La problemática de las relaciones entre lo racional y lo irracional¹⁴ también se expresa en los siguientes hechos: labrar la tierra con herramientas y sembrar tienen como objeto, tanto para el individuo como para la sociedad, la producción de alimentos. Pero también tienen el sentido simbólico de incesto con la madre ("madre tierra"). Lo racional atrae lo simbólico, se llena de sentido simbólico. La relación de la actividad racional con el sentido irracional simbólico de esta actividad está dada en el ritmo de ambas funciones: abrir la tierra con la herramienta, introducir la semilla y producir un fruto de la tierra así tratada.

¹³ [1945] En el mismo Freud, sólo en algunas sugerencias poco importantes, como por ejemplo en la concepción del descubrimiento del fuego; estas sugerencias de una *Weltanschauung* idealista, que son mínimas en relación con sus descubrimientos y teorías materialistas, fueron acentuadas especialmente por los psicoanalistas metafísicos y éticos, quienes las desarrollaron hasta convertirlas en concepciones grotescas.

¹⁴ "Racional" se usa aquí para referirse a lo que tiene sentido y es útil, e "irracional" para lo que no tiene sentido y es inútil.

Así, el simbolismo está totalmente justificado. También vemos que lo que aparentemente no tiene sentido sí lo tiene en el fondo, y que el simbolismo tiene una base real: tanto la madre como la tierra llevan en su seno un fruto después de ser objeto de la herramienta (símbolo fálico). Colocar figuras de falos en los campos como conjura de fertilidad es una acción sin sentido objetivo, acción de naturaleza mágica que practican muchos pueblos primitivos y que arroja luz sobre la relación entre lo racional y lo irracional: aquí se trata de un intento mágico de alcanzar con medios irracionales un fin determinado de una manera más fácil y mejor. Pero no por eso dejan de labrar la tierra. Y lo que aparece en la agricultura como un elemento simbólico irracional, las relaciones sexuales, tiene en sí mismo sentido, sirve para satisfacer la necesidad sexual, de la misma manera que la siembra sirve para la conservación de la sociedad en cuestión. Vemos pues, una vez más, que no existen contradicciones absolutas, que también la contradicción entre lo racional y lo irracional puede resolverse dialécticamente.

El hecho dialéctico de que en lo racional subsista un contenido irracional merece mayor atención. La respuesta puede darla la experiencia psicoanalítica existente sobre hechos clínicos y que prueba que las actividades humanas objetivas (con sentido práctico) pueden adquirir sentido simbólico, aunque no necesariamente. Cuando en un sueño aparece un cu-chillo o un árbol, ello puede ser un símbolo del pene, pero no necesariamente. También

puede tratarse de un cuchillo de verdad o de un árbol real. Y cuando aparece como símbolo en el sueño, ello no excluye el sentido racional, porque si se analizara por qué el pene se representa por un árbol o por un cuchillo y no por un palo, por ejemplo, en muchos casos se encontraría una explicación racional para tal hecho. Así, una ninfómana se masturbaba con un cuchillo, que sin duda simbolizaba un pene, y la elección de un cuchillo tenía como origen el hecho de que su madre le lanzó una vez un cuchillo y la lastimó. En la masturbación prevalecía la idea de que con el cuchillo había de arruinarse. Esta acción, que posteriormente se hizo irracional, fue el principio racional: contribuía a obtener satisfacción sexual. Con estos ejemplos —y hay muchos más— se demuestra que todo lo que aparece como irracional en cierto momento tuvo alguna vez funciones racionales. En todo síntoma, irracional en sí, encontramos un sentido y una finalidad si regresamos analíticamente a su origen. El resultado de nuestro análisis es que toda acción infantil instintiva al servicio de la búsqueda del placer se convierte en irracional cuando es objeto de supresión o de algo semejante. Lo racional es lo primero.

Tomemos por ejemplo la fabricación de máquinas; encontraremos también en ello elementos irracionales, por ejemplo la satisfacción de un deseo inconsciente, la sublimación de un instinto que desde la infancia busca satisfacción y fue desviado de su meta original por medio de la educación. Pero en el

momento en que se abandonó la meta original en la realidad y se arraigó en la fantasía, se convirtió en un afán irracional. Si este afán encuentra una nueva meta en la sublimación, entonces se mezcla la búsqueda anterior que se hizo irracional con la nueva actividad racional y aparece como motivo irracional de esta actividad. Esto puede demostrarse en el caso del ginecólogo cuya curiosidad sexual se convirtió en su específica actividad profesional.

Primera fase: La curiosidad está dirigida racionalmente hacia la observación del cuerpo desnudo y los órganos sexuales. Meta racional: satisfacción del deseo de saber.

Segunda fase: Fracaso de la actividad directa; el instinto pierde su satisfacción, el afán se vuelve irracional en relación con la actual forma de existencia social.

Tercera fase: El instinto encuentra una nueva actividad que tiene relación con la primera por su contenido; el individuo se convirtió en médico y contempla ahora cuerpos desnudos y órganos sexuales como lo hacía de niño. Hace lo mismo y, sin embargo, otra cosa; la relación entre su actividad actual y su situación infantil no tiene sentido ni finalidad; pero en lo que se refiere a su actual función social, sí tiene sentido.

Esto significa que es la función social la que determina si una actividad es racional o irracional. La transformación de una actividad de racional en irracional también depende de la posición que ocupa el individuo en determinado momento. La misma actividad que en el

trabajo del médico no tiene sentido puede tenerlo en su vida privada, por ejemplo en el acto sexual, y lo que en su trabajo tenía sentido puede perder su carácter racional en una situación análoga de su vida privada.

Estas consideraciones permiten afirmar que el psicoanálisis puede descubrir las raíces instintivas de la actividad social del hombre a través de su método y, gracias a su teoría de los instintos, debía desempeñar el papel de explicar en detalle los efectos psíquicos que las fuerzas productivas producen en el individuo, es decir, debía explicar la formación de ideologías "en la cabeza humana". Entre los dos puntos terminales, estructura económica de la sociedad y superestructura ideológica, cuya relación causal ha captado la concepción materialista de la historia, la concepción psicoanalítica de la psicología del hombre socializado, introduce una serie de eslabones intermedios. Por medio de ella puede demostrarse que la estructura económica de la sociedad no se traduce, "en el cerebro del hombre", inmediatamente en ideologías, sino que la necesidad de alimentarse, que depende de las condiciones económicas, influye en la energía sexual, que es mucho más flexible, y esa continua influencia social que se realiza a través de la limitación de sus metas canaliza cada vez mayores fuerzas productivas al proceso social en forma de libido sublimada. Esto se expresa en parte, de manera directa, a través del aumento de la fuerza de trabajo, y en parte, indirectamente, a través de los resultados más desarrollados de la sublimación sexual, como por ejemplo

la religión, la moral en general y la moral sexual en particular, la ciencia, etc. Esto significa que el psicoanálisis se inserta en la concepción materialista de la historia en un punto particular que le es muy útil, a saber, ahí donde empiezan los problemas psicológicos, los mismos que Marx señala cuando afirma que la forma de existencia social se convierte en ideas en el cerebro del hombre. El proceso de la libido dentro del desarrollo social es secundario, ya que depende de él para convertirse, sublimada, en fuerza de trabajo.¹⁵

Pero si el proceso de la libido¹⁶ es secundario, tenemos que interrogarnos sobre el significado histórico del complejo de Edipo. Ya hemos visto que el psicoanálisis concibe todos

¹⁵ [1934] En lo esencial puede mantenerse la aserción precedente, por más que en el estado actual de nuestros conocimientos resulte muy primitivo e impreciso. Ya no se puede dudar más de que la fuerza productiva, "fuerza de trabajo", en su núcleo energético constituye un problema de economía sexual humana, esto es, que resulta ser un destino o vicisitud evolutiva de la libido. Pero tampoco puede dudarse de que los marxistas economicistas vean en ello un insulto al trabajo, de tal manera que rechazan enérgicamente esa suposición, por más que al hacerlo dejen de ser marxistas. Y sin embargo debemos decir que sabemos aún demasiado poco sobre la estructura caracterológica y dinámica de las fuerzas de trabajo, aun cuando este problema sea central en la revolución cultural socialista y en la llamada "planeación del hombre" que ha de seguir a la planificación económica, si ésta quiere echar raíces en la estructura caracterológica.

¹⁶ [1934] El acento aquí hay que ponerlo sobre el "proceso". Se entiende sin más que la energía sexual como fuerza instintiva viva tiene que preexistir a toda producción.

los procesos psíquicos, aunque sea inconscientemente, de una manera dialéctica, excepción hecha del complejo de Edipo, que aparece como el único fenómeno en reposo entre todos los fenómenos psíquicos en turbulencia. Esto puede tener su origen en dos tipos de concepciones: la que ve el complejo de Edipo como algo ahistórico, como un hecho invariable e inmutable que forma parte de la naturaleza del hombre, y la que, para explicar su inmutabilidad, se refiere al hecho de que el tipo de familia donde nace el complejo de Edipo se ha conservado relativamente sin cambios a lo largo de miles de años. Al parecer, Jones,¹⁷ en su polémica con Malinowski¹⁸ sobre el complejo de Edipo en el matriarcado, se pronuncia por la primera categoría cuando afirma que el complejo de Edipo es, ante todo, "*fons et origo*". Es obvio que esta opinión es falsa, porque al presentar las relaciones que ahora se han descubierto entre niño, padre y madre como eternas e iguales en todas las sociedades, se está aceptando como válida la concepción de la inmutabilidad de la existencia social. Concebir el complejo de Edipo como algo eterno significa suponer que la forma de la familia actual, donde tiene su origen, es eterna y absoluta y que la naturaleza del hombre es tal como la tenemos presente ahora. El complejo de Edipo es común a todas las formas de sociedad patriarcal, pero según las investigaciones de Malinowski la relación entre los niños y los padres es tan diferente en la sociedad

¹⁷ *Imago*, 1928.

¹⁸ *Sex and Repression in Savage Society*, Londres.

matriarcal que ya casi no merece ese nombre. Según Malinowski, el complejo de Edipo es un fenómeno determinado por la sociedad y su forma se modifica cuando se modifica la estructura de la sociedad. El complejo de Edipo debe desaparecer en la sociedad socialista porque en ella su base social, la familia patriarcal, pierde su razón de ser. La educación colectiva y planificada en la sociedad socialista no admitirá actitudes como las que actualmente se forman en la familia, y la relación de los niños con los educadores será tanto más rica y variada cuanto que la relación que se designa bajo el nombre de "complejo de Edipo", que significa el deseo por la madre y el afán de matar al padre como rival, perderá su sentido. Es una mera cuestión semántica llamar al incesto real, tal como existía en los tiempos primitivos, "complejo" de Edipo o reservar este nombre para el incesto negado y la rivalidad con el padre; esto sólo expresa que la vigencia de una de las tesis básicas del psicoanálisis está limitada a cierto tipo de sociedad, y es al mismo tiempo la caracterización del complejo de Edipo como un fenómeno determinado socialmente y, en última instancia, determinado por la economía. Actualmente, dadas las divergencias entre los etnólogos, todavía no se puede resolver el problema del origen de la represión sexual.¹⁹ Freud, que basa su obra *Tótem y tabú* en la teoría darwiniana de la

¹⁹ [1934] Entre tanto pudo esbozarse una concepción utilizable y operativa sobre el origen social de la represión sexual: cf. *Der Einbruch der Sexualmoral*, 1934.

horda originaria, considera que el complejo de Edipo es resultado de la represión sexual, pero pasa por alto el análisis de la sociedad matriarcal. A partir de la investigación de Bachofen-Morgan-Engels se abren nuevas posibilidades para comprender el complejo de Edipo y el tipo de organización familiar que está en su raíz como resultado de la represión sexual. Pero sea como fuere, el psicoanálisis se cerraría otras posibilidades de investigación en el dominio social y pedagógico si, para investigar el complejo de Edipo, rechazara la dialéctica que él mismo ha descubierto en la vida psíquica.²⁰

²⁰ [1934] Este temor se ha mostrado desde entonces muy justificado. La pedagogía psicoanalítica ha sido frenada por dos barreras ideológicas de los analistas burgueses: en primer lugar, por no haber tomado en consideración la contradicción entre la eliminación de la represión sexual en el niño y el joven y la persistencia de la inhibición sexual burguesa; y en segundo lugar, por la concepción biológica del conflicto entre padres e hijos.

LA POSICIÓN SOCIAL DEL PSICOANÁLISIS

Si consideramos ahora el psicoanálisis como objeto de la investigación sociológica, nos enfrentamos a las siguientes preguntas:

1] ¿Cuáles son los hechos sociales a los que el psicoanálisis debe su creación y cuál es su significado social?

2] ¿Cuál es el lugar que ocupa dentro de la sociedad contemporánea?

3] ¿Qué tareas está destinado a cumplir dentro del socialismo?

1] Como cualquier fenómeno social, el psicoanálisis está ligado a una etapa determinada del desarrollo histórico; asimismo, su existencia está determinada por el grado de desarrollo de los medios de producción. Al igual que el marxismo, es producto de la época del capitalismo, sólo que no tiene una relación tan inmediata con la base económica de la sociedad como aquél; pero sus relaciones mediatas pueden establecerse claramente: el psicoanálisis es una reacción ante las condiciones culturales y morales en que vive el individuo socializado. Aquí vienen al caso, especialmente, las condiciones sexuales surgidas de las ideologías religiosas. La revolución burguesa del siglo XIX acabó en gran medida con el modo de producción feudal, y opuso ideas libertarias a la religión y a sus normas morales. Sin em-

bargo, como ocurrió en Francia, el rompimiento con la moral religiosa se preparó desde el tiempo de la Revolución francesa. La burguesía parecía llevar en su seno los gérmenes de una moral que se oponía a la moral religiosa en general, y a la moral sexual en particular. Pero de la misma manera en que la burguesía se volvió reaccionaria después de consolidar su poder y el modo de producción capitalista volvió a aceptar la religión porque la necesitaba para mantener subyugado al proletariado que entre tanto se había desarrollado, así también aceptó nuevamente la moral sexual de la Iglesia, que, si bien bajo una forma algo diferente, es esencialmente igual. La condenación de la sensualidad, el matrimonio monógamo, la castidad de la adolescente y con ella el desgarramiento de la sexualidad masculina revistieron entonces un nuevo contenido económico, un contenido capitalista. La burguesía que derribó el feudalismo y adquirió las costumbres y necesidades culturales de la vida feudal tenía que divorciarse también del "pueblo" a través de sus normas morales y de esta manera limitar cada vez más las necesidades sexuales. En el seno de la clase burguesa, por razones económicas, la libertad sexual está totalmente limitada hasta el matrimonio. La juventud masculina busca la satisfacción sensual de la sexualidad en las mujeres y jóvenes proletarias. Debido a esto, y dada la lucha ideológica de las clases, la exigencia de que se mantenga casta la joven burguesa se hace más aguda, el carácter dual de la moral sexual se renueva sobre una base capitalista y de manera viciosa

produce un círculo que tiene efectos negativos sobre la sexualidad del hombre y efectos devastadores sobre la sexualidad de la mujer. Debido a su educación, la mujer es, también en el matrimonio, "casta", es decir, frígida hasta el punto de que rechaza al hombre. Esto afirma aún más el carácter dual de la moral: el hombre busca satisfacción en la mujer proletaria a la que desprecia por su conciencia de clase, al mismo tiempo que se ve obligado a aparentar una honorable "moralidad"; en su interior se rebela en contra de su mujer, pero aparenta lo contrario, y ésta es la ideología que trasmite a sus hijos. La constante represión sexual y degradación social se convierten dialécticamente en un elemento destructivo de la institución del matrimonio y de la ideología sexual-moral. Primero se llega a la etapa en que la moral burguesa entra en crisis y las enfermedades psicológicas proliferan. La ciencia oficial se niega a hacer de la sexualidad objeto de investigaciones y desprecia a los poetas y escritores, quienes se ocupan cada vez más de estas candentes cuestiones. Las enfermedades psicológicas como la histeria y el nerviosismo, que aumentan constantemente, son declaradas imaginarias o consecuencia del "exceso de trabajo".

Como reacción en contra de la ciencia oficial, moralmente inhibida, y como expresión de una segunda fase de la moral burguesa que trata de fundarse en la ciencia, a fines del siglo XIX surge dentro de la misma clase burguesa un investigador que declara que el nerviosismo moderno es consecuencia de la moral

sexual cultural¹ y que las neurosis tienen generalmente como base, según su carácter específico, una excesiva represión sexual. Este investigador, que es Freud, es tachado de charlatán, marginado y proscrito. Solitario, defiende sus concepciones durante varias décadas sin que nadie le preste atención. Es en este período cuando el psicoanálisis, horror y repulsión para todo el mundo burgués, nace y no sólo para la ciencia, cuyos dominios rebasa para hacer tambalearse los cimientos en que descansa la represión sexual, que es uno de los pilares de numerosas ideologías conservadoras (religión, moral, etc.).² Este impacto social del psicoanálisis tiene lugar en la sociedad al mismo tiempo que en el campo burgués se producen síntomas de un movimiento revolucionario en contra de sus ideologías: la ju-

¹ S. Freud: "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna", en *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, O. c., B. N., t. I. Consúltense también sus trabajos sobre teoría de las neurosis.

² [1934] Este punto de vista ha sido aceptado por el propio Freud en lo que concierne a la religión, pero no en lo que respecta a la moral. Freud redujo las resistencias con que tropezó a los complejos y represiones infantiles de aquellos que se le oponían. Esto es muy cierto, pero es lo menos importante de la cuestión. Aquellos que combatieron y combaten aún encarnizadamente las teorías freudianas sobre el inconsciente, la evolución sexual infantil, etc., actúan inconscientemente como órganos ejecutores de intereses sociales reaccionarios, aun cuando se digan marxistas los que tal hacen. La opresión sexual está al servicio de la dominación de clase. Ésta se ha reproducido ideológica y estructuralmente en los dominados y constituye en esta forma la fuerza más potente y menos conocida de toda especie de opresión. La sociedad burguesa se puso a la defensiva frente a Freud porque pareció

ventud burguesa se pronuncia en contra del hogar paterno burgués y organiza por su propia cuenta un "movimiento de la juventud" cuyo objetivo secreto es la búsqueda de la libertad sexual. Sin embargo, debido a su incapacidad de vincularse al movimiento proletario, desaparece una vez que ha alcanzado parcialmente su objetivo y deja de tener importancia; la prensa burguesa renueva los ataques en contra del tutelaje clerical; la literatura burguesa comienza a desarrollar un punto de vista cada vez más favorable hacia la libertad en cuestiones sexuales. Pero todos estos fenómenos que acompañan la aparición del psicoanálisis y en parte le preceden se desvanecen en el momento de la verdad; nadie se atreve a ir hasta las últimas consecuencias, ni siquiera a concebirlas. Los intereses económicos se imponen e incluso se establece un concordato entre el liberalismo burgués y la Iglesia.

Así como el marxismo, sociológicamente hablando, es la expresión de la toma de conciencia de las leyes que rigen la economía, y de la explotación de las mayorías por una parte de las minorías, el psicoanálisis es expresión de la toma de conciencia de la represión sexual por parte de la sociedad. Éste es el significado fundamental del psicoanálisis freudiano. Sin embargo, existe una diferencia básica: mien-

que él amenazaba gravemente la persistencia de su aparato ideológico. El propio Freud no ha reconocido nunca plenamente esta razón, más aún, no ha visto con agrado su revelación. La economía sexual prolonga la función del psicoanálisis en la perspectiva social más allá de donde la dejaron, por no querer ir más adelante, los representantes oficiales del psicoanálisis.

tras que una de las clases explota y la otra es explotada, la represión sexual es un fenómeno que abarca a ambas clases, pero, desde el punto de vista de la historia humana, la represión sexual es más antigua que la explotación de una clase por la otra y, cuantitativamente, no es la misma para las dos clases. De acuerdo con *El capital*, de Marx, y *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, de Engels, no existe la limitación o represión de la sexualidad del proletariado durante el tiempo de la primera diferenciación del proletariado en los albores del capitalismo.⁸ Sin embargo, la situación social desoladora, comparable a la situación actual del "lumpenproletariado", que caracterizó su existencia, influyó sobre la vida sexual del proletariado, y cuando, en el curso del desarrollo capitalista, la clase dominante adoptó ciertas medidas político-sociales, que requería para asegurar su existencia y mantener sus ganancias, surgieron las "prestaciones sociales" y se inició un creciente aburguesamiento ideológico del proletariado. Fue así como el efecto de la represión sexual se extendió también al proletariado, aunque sin llegar a las dimensiones que alcanzó dentro de la pequeña burguesía, que se hizo más papista

⁸ [1934] Esta formulación necesita corrección. La represión sexual no ha estado ausente del proletariado, sino que se dio en una forma distinta debido a su posición social distinta. También sobre esto sabemos demasiado poco. El niño proletario experimenta una gran libertad sexual simultáneamente con la más rigurosa opresión sexual. Esto crea una especial estructura caracterológica que se distingue radicalmente de la pequeñoburguesa.

que el Papa y abrazó más decididamente que la gran burguesía su ideal moral, ideal que ésta había liquidado desde hacía mucho de su moral interior.

El destino del psicoanálisis dentro de la sociedad burguesa está ligado a la posición que la burguesía adoptó ante la presión sexual o ante su eliminación, según sea el caso.

2] La cuestión es: ¿Puede tolerar la burguesía el psicoanálisis a la larga sin sufrir daño, esto es, sin que sus conocimientos y formulaciones sean adulterados y su sentido diluido?

El propio fundador del psicoanálisis no le auguraba un buen futuro, opinaba que el mundo borraría de alguna forma sus hallazgos porque no los podría soportar —pero aparentemente se refería sólo a una parte del mundo, a la clase burguesa. El proletariado aún no sabe nada del psicoanálisis, por eso todavía no ha tomado una actitud frente a él. Pero si bien todavía no podemos saber cómo reaccionará el proletariado frente al psicoanálisis, ya tenemos suficientes elementos para estudiar la actitud del mundo burgués.⁴

Que se rechace el psicoanálisis está directamente vinculado con el significado social de la represión sexual. Pero, si el mundo bur-

⁴ [1934] La evolución, tal como se ha dado desde entonces, no deja lugar a dudas: el trabajador inculto acepta los descubrimientos del psicoanálisis de entrada con una especie de comprensión natural, en oposición al funcionario arribista; claro que no hay que trasmitirles los descubrimientos psicoanalíticos en la terminología psicoanalítica especializada, sino que es preciso discutir claramente la realidad a partir de

gués no condena al psicoanálisis, ¿cuál es entonces la actitud que adopta frente a él? Por un lado está la ciencia, sobre todo la psicología y la psiquiatría y, por el otro, el público lego. De ambos puede decirse lo que una vez dijo Freud a manera de broma: no se sabe si aceptan el psicoanálisis para defenderlo o para destruirlo.

Cuando se tiene contacto con el tipo de psicoanálisis que está en las manos o, mejor dicho, en las cabezas de individuos que carecen de una formación analítica, la obra de Freud no se reconoce: la cuestión de la sexualidad está bien planteada, sí, pero las exageraciones...

¿Y dónde queda lo ético en el hombre? El análisis es muy importante, pero la síntesis no lo es menos. Cuando Freud comenzó a elaborar, a partir de su teoría sexual, la psicología del yo, pudo percibirse un respiro de alivio entre los hombres del mundo científico: al fin comienza Freud a limitar sus absurdos, al fin da su lugar a lo "noble" en el hombre, porque, después de todo, la moral... Y no hubo de pasar mucho tiempo para que sólo se oyera hablar del ideal del yo y para que, como se pretextaba estereotipadamente, la sexualidad se "diera por supuesta". Se hablaba de una nueva era del psicoanálisis, de un rena-

la vida sexual de las masas. El movimiento Sex-Pol (Política Económico-Sexual) alemán, que acometió la tarea rápidamente y de frente, dio pruebas de la fuerza política de la teoría sexual científico-natural. Cf. a este respecto la historia de la Sex-Pol en el *Zeitschrift für politische Psychologie und Sexualökonomie*.

cimiento... en fin, el psicoanálisis se hizo socialmente aceptable.⁶

No menos triste, aunque más repugnante, es el cuadro que muestra el público en general. Bajo la presión de la moral sexual burguesa, se ha hecho del psicoanálisis un tema de moda que satisface cierta lujuria insatisfecha; mutuamente se analizan los complejos. En los salones, a la hora del té, se habla de los símbolos de los sueños, se discute sin el menor conocimiento y sólo por tratarse de la sexualidad, sobre los pros y los contras del análisis; el uno se entusiasma con la extraordinaria "hipótesis" y el otro, no menos ignorante, está convencido de que Freud es un charlatán y de que su teoría es una pompa de jabón y, sobre todo, ese hincapié unilateral en la sexualidad ¡como si no existiera nada "superior"!, aunque entre tanto el crítico no haga otra cosa que hablar de sexualidad. En los Estados Unidos se han formado grupos y clubes de discusión para practicar el psicoanálisis. Se trata de una buena coyuntura que debe aprovecharse: el hombre tiene un escape para su sexualidad insatisfecha y se gana mucho dinero con esa moda que llaman "psicoanálisis", moda que se ha convertido en un gran negocio. Éste es el aspecto exterior del psicoanálisis.

~~¿Y cuál es su aspecto interior? Una disensión tras otra. Los investigadores no resisten~~

⁶ [1934] Esto se verificó hasta la evidencia en forma trágica con el abandono progresivo de la teoría sexual (Adler, Jung). Este hecho merecería una exposición a fondo. Se trata de un abandono de la teoría sexual dentro del propio psicoanálisis inclusive.

ante la presión de la represión sexual. Jung pone de cabeza toda la teoría analítica y hace de esto una religión, en la cual ya no se menciona siquiera la sexualidad.⁶ Asimismo, en el caso de Adler, la represión sexual desemboca en una tesis según la cual la sexualidad es simplemente la forma en que se expresa la voluntad de poder, y de esta manera se aparta del psicoanálisis para establecer las bases de una comunidad ética. Rank, quien fuera uno de los discípulos más destacados de Freud, llega a su teoría del seno materno y del trauma del nacimiento al diluir el concepto de la libido en la psicología del yo, para acabar negando los conocimientos analíticos básicos. Una y otra vez la represión sexual hace sentir sus efectos negativos sobre el psicoanálisis. También en el propio círculo psicoanalítico se puede observar el compromiso social y económico del psicoanálisis a través de las concesiones atenuantes y debilitantes que hacen en su

⁶ [1934] Sólo recientemente se presentó Jung como defensor del fascismo dentro del psicoanálisis. La Sociedad Psicoanalítica Internacional (Internationale Psychoanalytische Vereinigung) no tiene la más remota idea de la significación y el origen sociocultural de estos procesos. Más bien se defiende contra su revelación. Pero puede mostrarse que la totalidad de los movimientos secesionistas dentro del psicoanálisis tiene como característica común que todos ellos divergen a partir de un punto: la contradicción entre la teoría sexual psicoanalítica y el modo de existencia burgués. Trátase de cuestiones de terapia analítica (Rank, Steckel) o de concepciones teóricas (Adler, Jung) siempre es lo mismo. Este estado de cosas merecería una exposición a fondo, porque descubre como quizá ninguna otra cosa la significación social del psicoanálisis.

labor. Después de aparecer *El yo y el ello* no vuelve a hablarse por años de la libido; se intenta modificar toda la teoría de las neurosis y reformularla en términos yoicos; se proclama que la hazaña máxima de Freud consiste en haber descubierto el sentimiento de culpa inconsciente, y que sólo ahora se ha captado lo real y esencial.

Es en la terapia de la neurosis donde se expresa con mayor claridad la tendencia a hacer concesiones y a capitular frente a la moral burguesa, dado que se trata de la aplicación práctica de una teoría totalmente revolucionaria para la terapia del hombre en la sociedad capitalista. Dada su forma de existencia social, el psicoanalista se ve impedido o aun imposibilitado para hablar públicamente de la incompatibilidad que existe entre la actual moral sexual, el matrimonio actual, la familia burguesa, la educación burguesa y la radical terapia psicoanalítica de las neurosis. A pesar de que, por un lado, se admite que las condiciones familiares son desoladoras y que el ambiente que rodea al enfermo es generalmente el mayor obstáculo para su convalecencia, hay resistencia —y esto es muy comprensible— para sacar las consecuencias de todo esto. Por eso es explicable que por principio de realidad y adaptación a la realidad no se entienda la capacidad de resistencia ante la realidad sino el completo sometimiento a las exigencias sociales. Es obvio que todo esto actúa negativamente en la aplicación práctica del psicoanálisis a la curación de las neurosis.

Así, en su actual forma de existencia capita-

lista, el psicoanálisis se ve estrangulado por dentro y por fuera. Freud continúa teniendo razón: su ciencia se hunde. Pero nosotros agregamos además: el psicoanálisis se hunde cuando no se adapta a la sociedad burguesa, es cierto; pero cuando se adapta a la sociedad burguesa, experimenta lo mismo que experimenta el marxismo en manos de los socialistas y reformistas, a saber: parece porque se le mella sobre todo por el desprecio de que es objeto su teoría de la libido. Como en el pasado, la ciencia oficial se rehusará a interesarse en el psicoanálisis porque no puede aceptarlo debido a su carácter de clase. Los psicoanalistas que se sienten optimistas por la difusión del análisis se equivocan rotundamente. Esta difusión es, justamente, un síntoma de su inminente desaparición.

Y puesto que el psicoanálisis, aplicado consecuentemente, subvierte las ideologías burguesas, y dado que la economía socialista constituye la base para el libre desenvolvimiento del intelecto y de la sexualidad, sólo en el socialismo tiene el psicoanálisis un porvenir.⁷

7 [1934] En la Unión Soviética no pudo desarrollarse el psicoanálisis. Tropezó allí con las mismas dificultades que en los países burgueses, con la diferencia, ciertamente muy importante, de que los analistas asumieron funciones importantes en tanto que personalidades individuales. De todas maneras, desde el punto de vista social no se desarrolló. La causa de ello quizá esté en que los dirigentes de la Unión Soviética no descubrieron o todavía no han reconocido la contradicción existente allí entre la revolución sexual y cultural. Esta esfera de conflictos es tan amplia y rica en problemas, que no podríamos decir aquí todo lo candente que es la cuestión. Si Stalin, como me dijeron, con-

3] Ya hemos visto que el psicoanálisis no puede hacer surgir de sí mismo una concepción del mundo, ni tampoco hacer las veces de una *Weltanschauung*; sin embargo, implica una nueva apreciación de los valores, destruyendo, a través de su aplicación práctica en el individuo, la religión y las ideologías burguesas, liberando la sexualidad. Y ésa es precisamente la función ideológica del marxismo: el marxismo destruye los antiguos valores a través de la revolución económica y de la concepción materialista del mundo. El psicoanálisis hace lo mismo, o podría hacer lo mismo, psicológicamente. Pero como en el marco de la sociedad burguesa el psicoanálisis tiene que seguir siendo socialmente ineficaz, sólo puede lograr este efecto después de consumada la revolución social. Algunos analistas piensan que el psicoanálisis puede reformar el mundo por la vía de la evolución y evitar la revolución social. Ésta es una utopía basada en la total ignorancia de la existencia económica y política.⁸

cedió ya que la planeación del hombre nuevo, en oposición a la planeación económica, no se puede dar por resuelta, habría que referir todo ello, de acuerdo con nuestros conocimientos, al hecho de no haberse reestructurado sexualmente al hombre: Yo sé la indignación que esta afirmación ha de despertar, pero no puedo hacer otra cosa que remitirme a una investigación concienzuda que espero esté suficientemente madura en no lejana fecha como para ser presentada al público. Ver: *La crisis sexual*, Buenos Aires.)

⁸ [1934] La concepción según la cual el psicoanálisis no podrá desplegar toda su fuerza social hasta después de haberse realizado la revolución fue una concesión un poco miope al marxismo economicista ultraizquierdista. Las experiencias en Alemania y especialmente la rápida reacción de la juventud de todos

El futuro significado social del psicoanálisis parece residir en tres dominios:

1] En la investigación de la prehistoria como ciencia auxiliar dentro del marco del materialismo histórico. La prehistoria condensada en los mitos, hábitos folklóricos y costumbres de los pueblos primitivos que actualmente existen no es objeto de la metodología social marxista. Pero esta labor sólo podrá realizarse cuando la formación sociológica y económica del analista sea muy profunda y se hayan abandonado las concepciones individualista e idealista del desarrollo social.

2] En el campo de la higiene mental, que sólo puede desarrollarse sobre la base de una economía socialista. Sobre la base de una sociedad económicamente ordenada también se puede realizar una economía de la libido en la economía psíquica, lo cual es imposible para las masas en las formas de vida burguesas y sólo puede alcanzarlo uno que otro individuo. Sólo en estas condiciones la terapia individual de las neurosis encuentra un campo de acción adecuado.⁹

los círculos a los primeros ensayos político-sexuales de politizar la vida privada nos enseñaron que la flexibilización psicosocial de las contradicciones entre las necesidades sexuales y las inhibiciones morales puede convertirse en una importante palanca, central desde el punto de vista político-cultural, del trabajo revolucionario. Cf. la exposición de la problemática político-sexual en *Massenpsychologie des Faschismus*.

⁹ [1934] La investigación de la formación de estructuras caracterológicas humanas ha adquirido una importancia cada vez mayor en los últimos años. Sin ella es imposible una elaboración científica seria de la profilaxis de las neurosis, una planeación de la fuer-

3] En el campo de la educación como base psicológica de la educación socialista. En este campo el psicoanálisis será indispensable, dados sus conocimientos del desarrollo psicológico del niño. Dentro de la sociedad burguesa como ciencia auxiliar de la pedagogía, el psicoanálisis está condenado a la esterilidad, o peor aún, ya que el objeto de la educación en esta sociedad es educar en su beneficio; y como educar para otra sociedad es una ilusión, la pedagogía psicoanalítica, antes de la revolución social, sólo se puede utilizar en beneficio de la sociedad burguesa. Los pedagogos psicoanalíticos que intentan cambiar esta sociedad desde dentro experimentarán lo que el sacerdote que fue a convertir a un moribundo agente de seguros, y que sólo consiguió salir asegurado él mismo. La sociedad es más poderosa que los esfuerzos de algunos de sus miembros

za productiva de las fuerzas de trabajo y un control consciente del enraizamiento caracterológico del sistema económico socialista.

**SOBRE LA APLICACIÓN DEL
PSICOANÁLISIS EN LA
INVESTIGACIÓN HISTÓRICA**

Investigar la formación de la estructura psíquica es el objeto de la psicología científico-natural. Sólo una psicología que disponga de una metodología adecuada para captar y presentar la dinámica y la economía de los procesos psicológicos puede cumplir esta tarea. En mi trabajo acerca de la relación entre el psicoanálisis y el materialismo dialéctico¹ he tratado de comprobar que el psicoanálisis es el núcleo a partir del cual hay que desarrollar una psicología dialéctico-materialista. Como la *Weltanschauung* burguesa de los científicos da origen a deformaciones y puntos de vista falsos dentro de sus disciplinas, es necesario hacer al principio de cada ensayo de psicología dialéctico-materialista una crítica metodológica. A este respecto rechacé allí la posibilidad de que el psicoanálisis desarrolle una sociología, dado que el método de la psicología, aplicado a los hechos de los procesos sociales, conducirá inevitablemente a resultados metafísicos e idealistas y, de hecho, ya ha conducido a ellos. Esta posición ya me había atraído duros ataques por parte de los psicoanalistas que ejercen cierta "sociología silvestre". Tan seguro estaba yo entonces de que no se puede aplicar un método psicológico a los problemas sociales, como seguro estaba, por otro lado, de que la sociología no puede renunciar a la psicología cuando se enfrenta a las cuestiones de la llamada "actividad subjetiva" del hombre y de la formación de ideologías. Cuando finalmente

¹ Ver el ensayo anterior.

encontré una fórmula provisional que intentaba situar al psicoanálisis dentro de la sociología, me atacó Sapir² diciendo que yo mismo me contradecía. Y como yo negaba la aplicación del psicoanálisis a la sociología, a tiempo que trataba de encontrarle un lugar determinado, no fue difícil hacerme tal ataque. Mis críticos están en una situación más favorable que yo: unos continúan usando despreocupadamente su "sociología psicoanalítica", que alcanzó el éxito finalmente hace poco tiempo con la tesis de que la existencia de la policía se explica por la necesidad que tienen las masas de castigo;³ otros se deshacen del difícil problema mostrándose indispuestos a someterse a las dificultades de resolver los problemas con la tesis de que el psicoanálisis es una disciplina "idealista" y de que es mejor no ocuparse de todo ello. Algunos críticos, como Sapir, cayeron en contradicciones cuando tuvieron que admitir que el psicoanálisis ha hecho una serie de aportaciones fundamentales, como haber formulado la mejor teoría de la sexualidad, el descubrimiento del inconsciente y la represión y con ello del proceso psíquico, etc. Cuando les pregunté cómo era posible que una disciplina idealista pudiera haber realizado descubrimientos tan importantes, no sabían qué contestarme.

² Sapir, "Freudismus, Soziologie, Psychologie", *Unter dem Banner des Marxismus*, 1929.

³ S. Laforgue, "Psychoanalyse der Politik" (en *Psychoanalytische Bewegung*, 1931). Este trabajo ya había sido criticado por Fenichel desde el punto de vista metodológico y de contenido (*Psychoanalytische Bewegung*, 1932).

La actual discusión acerca del significado sociológico del psicoanálisis se caracteriza por la confrontación de dos opiniones: la que sostiene que el psicoanálisis como psicología individualista no puede explicar los fenómenos sociales, y la otra, que no sólo sostiene que el psicoanálisis es psicología individual sino también social, y que, en consecuencia, es aplicable a los fenómenos sociales. Hay que agregar que se ha tratado de una discusión puramente verbal, ya que no se ha hecho el intento de comprobar las afirmaciones sobre la base de hechos reales. Cuando rechacé en 1920 la aplicación del método psicoanalítico al estudio de la sociedad, me basé en las aplicaciones que hasta entonces se habían hecho del método psicoanalítico en la sociología por parte del psicoanálisis, que contradecían estrictamente las aplicaciones marxistas y demostraron ser falsas. Era obvio que el psicoanálisis tenía importancia para la sociología, sólo que el problema era cómo evitar los absurdos que se habían visto hasta entonces y determinar el camino a tomar para recoger tesoros hasta entonces inaccesibles, pero ya a la vista. Yo había rechazado en el *Banner* la aplicación del método psicoanalítico en la sociología, pero al mismo tiempo había propuesto una aplicación tentativa que dio pábulo para que Sapir me acusara de inconsecuente. Escribí:

Estas consideraciones permiten suponer que el psicoanálisis, gracias a su método de encontrar las raíces instintivas de la actividad social del individuo y gracias a su teoría dialéctica de los instintos, está llamado a explicar en detalle

los efectos psíquicos de las relaciones de producción en el individuo, es decir, la formación de las ideologías "en el cerebro humano". Entre los dos puntos finales, estructura económica de la sociedad y superestructura ideológica, cuya relación causal ha captado en general la concepción materialista de la historia, la concepción psicoanalítica de la psicología del hombre socializado introduce una serie de eslabones intermedios. Esta concepción puede demostrar que la estructura económica de la sociedad no se traduce inmediatamente "en el cerebro del hombre" en ideologías, ya que la forma en que se manifiesta la necesidad de alimentarse, que depende en cada caso de las condiciones económicas, influye sobre las funciones, mucho más plásticas, de la energía sexual modificándolas y que esta acción social sobre las necesidades sexuales mediante la restricción de sus objetivos traslada al proceso social del trabajo nuevas fuerzas productivas en forma de libido sublimada. Y esto, en parte directamente en forma de fuerza de trabajo, en parte indirectamente en forma de productos más altamente desarrollados de sublimación sexual, como por ejemplo la religión, la moral en general y la moral sexual en especial, la ciencia, etc.; esto implica una integración racional del psicoanálisis en la concepción materialista de la historia en un determinado punto, el que le corresponde: allí donde comienzan los problemas psicológicos englobados en la proposición de Marx según la cual las condiciones materiales de existencia se transforman en ideas en el cerebro humano. El proceso libidinal en la evolución social es, por consiguiente, secundario, y depende de ella, aun cuando intervenga en ella decisivamente en la medida en que la libido sublimada como fuerza de trabajo se convierte en fuerza productiva.⁴

⁴ *Unter dem Banner des Marxismus*, p. 763.

Actualmente hubiera podido formular las cosas con mayor claridad, y no habría presentado la religión y la moral como sublimación de instintos. Entonces vi simplemente hechos que hoy comprendo mejor, por ejemplo, la estructura psicológica de una obrera cristiana afiliada al fascismo o a los partidos del centro, a la que ningún esfuerzo persuasivo puede disuadir de su dirección política, estructura política que tiene que ser de una índole muy especial y que se distingue de la estructura psíquica de una obrera comunista. Actualmente comprendería mejor que su dependencia material y autoritaria respecto a sus padres en su niñez y juventud y a su esposo en su vida adulta la obligó a reprimir sus deseos sexuales, lo cual la hizo caer en una ansiedad caracterológica fácil de comprobar y en una aversión sexual que la incapacitó para comprender la reivindicación comunista de la autodeterminación de la mujer; asimismo comprendería mejor que una represión sexual que excede cierto límite o que se originó de cierto modo, la liga estrechamente a la Iglesia y al orden burgués y la incapacita para la crítica. La significación de este problema no sólo se desprende del hecho de que haya millones de mujeres semejantes a ésa, sino también del hecho ineludible de que tal mentalidad no deriva de un "atontamiento" u "ofuscamiento", sino de una alteración básica de la estructura caracterológica humana en el sentido del orden prevaleciente. Frente a la importancia práctica de esta y otras cuestiones semejantes de la psicología de las masas, no pude acceder a la presión de mis amigos

marxistas para que respondiera inmediatamente en el plano teórico a la crítica de Sapir. Las discusiones teóricas⁵ se hacen infructuosas si no se las hace descansar sobre cuestiones concretas y prácticas. Para percatarse de la importancia del psicoanálisis dentro de la lucha de clases es necesario confrontarlo con las diferentes cuestiones del movimiento político. De hecho, este camino probó ser el más fructífero, tanto respecto a la crítica de las teorías metafísicas dentro del psicoanálisis como para la ubicación teórica del psicoanálisis dentro de la investigación marxista de la historia.⁶

Esta ubicación debe hacerse partiendo de un claro reconocimiento de que las cuestiones sociológicas no pueden abordarse a través del método psicológico. Pero, al mismo tiempo, el psicoanálisis puede abrir plenamente la posibilidad de hacer más fructífera la investigación marxista de la historia y de la política incluyendo sus descubrimientos (no su método) en ciertos campos, por ejemplo en el de la formación de las ideologías, el efecto retroactivo de las ideologías, etc. Esto impide al psicólogo sin formación sociológica el camino hacia la sociología y lo obliga a apropiarse el método de investigación histórica. Al mismo tiempo obliga al economista a reconocer su contradicción cuando habla de conciencia de clase.

⁵ Mientras tanto, según he oído, a Sapir ya no se le considera competente en la Unión Soviética por ser discípulo de Deborin y, por lo mismo, idealista.

⁶ Véase al respecto *Massenpsychologie des Faschismus*, Verlag für Sexualpolitik, 1933.

De manera que si ahora algunos psicoanalistas me dicen que he atenuado mi riguroso punto de vista sobre la exclusión del psicoanálisis en la investigación sociológica, dado que yo mismo abordo los fenómenos de masas con "puntos de vista" psicoanalíticos, debo pedirles que se cercioren de que eso no es así, leyendo mi trabajo de 1929, donde dije:

El objeto propio del psicoanálisis es la vida psíquica del hombre socializado. La vida psíquica de las masas sólo le concierne en tanto aparecen fenómenos individuales en ella (por ejemplo el problema del líder) y le conciernen además fenómenos del "alma colectiva", como el miedo, el pánico, la obediencia, etc., en tanto pueda explicarlos por sus experiencias con individuos. Pero parece que difícilmente le sea accesible el fenómeno de la conciencia de clase. Problemas como el del movimiento de masas, de la política, la huelga, que son objeto de la sociología, no pueden ser objeto de su método. Consecuentemente, no puede sustituir a la sociología ni puede desarrollar por sí mismo una sociología.

Por lo expuesto hasta ahora, puede observarse que estas consideraciones han resistido totalmente la prueba y sólo ha sido necesario darles mayor precisión. Sigue en pie el planteamiento de que no es posible abordar psicológicamente los fenómenos sociales, es decir, que no pueden ser objeto del método psicoanalítico. El problema de la conciencia de clase no se había esclarecido todavía y por eso decía "parece como si..." Pero ahora ya se pueden hacer formulaciones más precisas.

A través de un mayor número de experien-

cias se ha demostrado lo que en el trabajo publicado en el *Banner* sólo fue esbozado, a saber, que el primer requisito para captar psicológicamente el problema de la conciencia de clase es hacer la sutil diferenciación entre su aspecto objetivo y su aspecto subjetivo. Además, ha quedado demostrado que los elementos positivos y las fuerzas motrices de la conciencia de clase no son interpretables psicoanalíticamente, en tanto que los impedimentos para su desarrollo sólo se pueden entender psicológicamente, porque tienen su origen en fuentes irracionales.

Mis críticos son y han sido muchas veces precipitados en sus juicios, pero cuando la ciencia pisa un campo nuevo primero tiene que hacer a un lado muchas viejas concepciones a fin de enfocar las cosas bajo un nuevo ángulo sin valerse de las premisas anteriores. Seguramente al principio se presentará o formulará uno u otro punto erróneamente. Para desarrollar una psicología marxista correcta tenía que acabarse primero con la aplicación de la técnica interpretativa psicoanalítica en el campo sociológico; sólo después de esto se pudo determinar qué tanto contenido racional y cuánto de irracional incluye la problemática de la conciencia de clase, es decir, la importancia que se puede conceder a la interpretación psicoanalítica de los fenómenos irracionales. Porque, por ejemplo, si interpreto la voluntad revolucionaria como rebelión en contra del padre y esto en todos los casos, aun en la esfera sociológica, caigo inconscientemente en la ideología de la política reacciona-

ria; pero en cambio, si investigo concretamente la medida en que la voluntad revolucionaria corresponde a una situación racional y la medida en que es irracional la falta de tal voluntad, es decir, cuando la voluntad revolucionaria corresponde realmente a una rebelión inconsciente en contra del padre, etc., entonces llevo *ad absurdum* la ciencia burguesa pretendidamente "libre de prejuicios" y realizo una labor auténticamente científica, prestando de este modo un servicio al movimiento obrero y ya no a la reacción; porque la ciencia marxista no es otra cosa que el descubrimiento insobornable de la realidad.

Tener claridad sobre la metodología para poder situar el psicoanálisis dentro de la investigación histórica es de importancia decisiva para el resultado de cualquier investigación. Por eso es importante ocuparse más de la crítica que hizo Fromm a mi formulación antes citada en "Materialismo dialéctico y psicoanálisis". Fromm dice en *Sobre el método y las tareas de una psicología social*:⁷

Hay que hacer un esfuerzo por encontrar, con los medios del psicoanálisis, el sentido secreto y profundo de las formas de comportamiento que son obviamente irracionales y que se manifiestan en la religión, en las costumbres de los pueblos y en la política y la educación... Si [el psicoanálisis] ha encontrado la clave para la comprensión del comportamiento humano en la vida instintiva y en el inconsciente, entonces también debe de estar autorizado y ser capaz de decirnos algo esencial sobre los motivos ocultos del comporta-

⁷ *Zeitschrift für Sozialforschung*, cuaderno 1/2, 1932.

miento social. Porque la "sociedad" está integrada por diversos individuos que no pueden estar sujetos a otras leyes psicológicas que no sean las que ha descubierto el psicoanálisis en el individuo. Por eso nos parece erróneo limitar —como lo hace W. Reich— el psicoanálisis al campo de la psicología individual y negarle, en principio, su utilidad para el estudio de los fenómenos sociales, tales como la política, la conciencia de clase, etc. Que la sociología tenga como objeto el estudio de determinados fenómenos no significa de ninguna manera que éstos no puedan ser objeto del psicoanálisis (de la misma manera que es erróneo suponer que un objeto que se investiga desde el punto de vista de la física no pueda investigarse desde el punto de vista de la química), sino simplemente significa que los fenómenos sociales, en tanto tengan aspectos psíquicos, son objeto de la psicología, especialmente de la psicología social, que debe establecer las motivaciones y funciones sociales de los fenómenos psíquicos.

Pero, desgraciadamente, Fromm citó mi exclusión, pero no mis claras afirmaciones en relación con el papel que puede y debe desempeñar el psicoanálisis dentro de la investigación sociológica, a saber, demostrar de qué manera lo material se convierte en ideal en el cerebro del hombre. Es claro que solamente el psicoanálisis puede explicar los patrones irracionales de comportamiento tales como los comportamientos religiosos y místicos de toda clase, ya que sólo él puede investigar las reacciones instintivas del subconsciente y esto solamente puede hacerlo de una manera correcta cuando no "toma en consideración" simplemente los factores económicos, sino cuando

tiene en cuenta claramente que las mismas estructuras inconscientes que reaccionan de la mencionada forma irracional son resultado de procesos históricos socioeconómicos; de manera que no se pueden oponer en modo alguno los mecanismos inconscientes a los mecanismos económicos, sino que deben considerarse como las fuerzas que median entre la existencia social y la forma humana de reaccionar. Cuando Fromm afirma que el psicoanálisis puede aportar algo esencial acerca de las "motivaciones ocultas" del comportamiento "social" porque la sociedad está integrada por diversos individuos, incurre en una imprecisión tal que sólo sirve para abrir las puertas a los mismos abusos de la psicología que trata de combatir. Mientras por "comportamiento social" se entienda el comportamiento del individuo en la vida social, no tiene sentido oponer comportamiento personal al comportamiento social, porque entonces sólo existe el comportamiento social. También el comportamiento durante el sueño diurno es comportamiento social, condicionado tanto por hechos sociales como por relaciones objetales fantaseadas. Para arrojar luz a este respecto —esperamos que de una vez por todas— tenemos que ampliar la crítica que Fromm hace a la sociología psicoanalítica oficial. No se trata aquí de sutilezas sino de asuntos bastante gruesos. Hay numerosos comportamientos sociales del hombre en que la mediación antes descrita de mecanismos instintivos inconscientes (mediación que es tan decisiva en otros fenómenos) en la acción humana apenas desempeña algún

papel. Pero lo importante es que el comportamiento, por ejemplo, del pequeño depositario en caso de la quiebra de un banco o de la rebelión de los campesinos en el caso de una caída en los precios de los cereales no pueden explicarse por motivos libidinosos o atribuirse a la rebelión en contra del padre. Asimismo es importante percatarse de que, en tales casos, la psicología sólo puede hablar de los efectos que se producen sobre el comportamiento, pero no puede decir nada acerca de sus causas ni sus motivaciones ocultas. Y es que el capitalismo no se explica por la estructura sádico-anal del hombre; y ésta debe explicarse, en cambio, a través del orden sexual del patriarcado. Y la sociedad no consta simplemente de diversos individuos (lo que sería una colección), sino de una multiplicidad de individuos cuyas vidas y pensamientos están determinados justamente por relaciones de producción que son completamente independientes de su voluntad y de sus instintos y que, sin embargo, los afectan de tal manera que las relaciones de producción los modifican en los aspectos decisivos, por ejemplo la reproducción ideológica y estructural del sistema económico que trataremos después, precisamente la estructura de los instintos. Entonces, si decimos que podemos aclarar fondos, entonces es importante asentar precisamente cuáles. Y esto es lo fundamental; lo que realmente nos distingue de las corrientes, combatidas por nosotros, de la "psicología social", es que establecemos claramente cuáles son los límites y las dependencias de la psicología; que somos conscientes de que

sólo podemos esclarecer los eslabones mediadores entre la base social y la superestructura, es decir, el "metabolismo" que se lleva a cabo entre la naturaleza y el hombre, en su representación psíquica. El hecho de que de esta manera logremos explicar el efecto retroactivo que la ideología ejerce sobre la base a través de las relaciones de producción devenidas estructura caracterológica es un avance secundario de importancia decisiva. ¿Por qué reviste tanta importancia este deslinde preciso? Porque es aquí donde reside la línea limítrofe entre la aplicación idealista y la materialista-dialéctica de la psicología en el campo social. Los frutos que promete esta aplicación justifican las investigaciones más laboriosas y concienzudas, ya que no podemos afirmar nada acerca de los motivos profundos del comportamiento humano, cuyo origen es extrapsíquico, ni acerca de las leyes económicas que determinan el proceso social, ni acerca de las funciones fisiológicas que rigen el aparato de los instintos, sin perdernos en consideraciones metafísicas.

En otro punto ligado íntimamente a esta diferenciación, difiero tanto de Fromm como de otros colegas que combaten mis concepciones. Fromm sostiene que es errónea mi posición que niega la aplicación del método psicoanalítico a fenómenos sociales, tales como las huelgas, etc. Por la parte marxista, en tono amistoso también, se me ha dicho que el método psicoanalítico sí puede aplicarse a los fenómenos sociales, dado que, en sus rasgos fundamentales, es un método materialista-dia-

léctico. Fromm mismo opina que he cambiado mis puntos de vista de "manera afortunada" en mis trabajos sociológico-empíricos. Pero no es así; tanto ahora como antes evito aplicar el método psicoanalítico a los fenómenos debido al siguiente motivo, que ahora puedo formular por primera vez con precisión. Sí, es cierto que aplicamos el método del materialismo dialéctico al investigar fenómenos sociales, y es cierto que el psicoanálisis es un método materialista-dialéctico de investigación; entonces, razonaría el lógico abstracto, el método psicoanalítico tendrá que ser, "por lógica", aplicable a los fenómenos sociales sin crear confusión ninguna. Pero mis colegas, sin querer, son víctimas de una manera de pensar abstracta idealista-lógica. Tienen razón según las leyes de la lógica abstracta, pero según las leyes de la dialéctica se equivocan seriamente. ¿Escolasticismo? No, sino que se trata de un hecho sumamente simple: efectivamente, el método materialista-dialéctico es un método unitario, cualquiera que sea el objeto al que lo apliquemos: el principio de la unidad de los contrarios, de la transformación de la cantidad en calidad, etc., son siempre válidos. Pero, sin embargo, la dialéctica materialista es una en la química, otra en la sociología y otra distinta en la psicología. Porque el método de investigación no flota en el aire sino que, en su naturaleza específica, está determinado por el objeto al que se aplica. Es precisamente aquí donde se muestra la justeza del principio de la unidad entre el pensamiento y la realidad, y por eso no pueden permutarse la dialéctica

materialista propia del método sociológico con la que es propia al método psicológico. Quien sostiene que los problemas sociológicos pueden resolverse utilizando el método psicoanalítico también podría sostener, por ejemplo, que es posible explicar el capitalismo por medio del análisis químico. Sería la misma argumentación que se hiciera al pretender que el método psicoanalítico es aplicable a los fenómenos sociales; ya que, indudablemente, el proceso social tiene tanto de material como de humano. De manera que, si se puede investigar simplemente psicológicamente, ¿por qué no también químicamente? En este ejemplo pudo notarse hasta dónde llevaría el punto de vista de Fromm si se desarrollara consecuentemente. Fromm se equivoca cuando sostiene que los psicoanalistas han llegado a resultados erróneos en el campo sociológico debido a que se apartaron del método analítico. No, los psicoanalistas eran totalmente consecuentes en la aplicación del método de la interpretación de contenidos psíquicos significativos cuando afirmaban que los fenómenos psíquicos se reducen a mecanismos instintivos inconscientes, incluyendo entre aquéllos fenómenos sociales tales como la organización capitalista o la organización monogámica. Y precisamente por eso se equivocaban, ya que la sociedad no tiene psique, ni subconsciente, ni instintos, ni superyó, como supone Freud en *El malestar en la cultura*. Los datos reales a los que está ligada la aplicación específica de la dialéctica materialista se transfirieron a procesos de otra índole, donde objetivamente no son aplicables y el resul-

tado fue absurdo. Tampoco es cierto, como supone Fromm, que un objeto puede ser investigado a la vez química y físicamente. La física no puede determinar la composición química, y la química no puede determinar la velocidad de la caída; son dos métodos diferentes, ambos materialista-dialécticos, con los que se investigan diferentes funciones o propiedades de un mismo objeto. Lo mismo ocurre con la sociología. Tratar de explicar un mismo hecho de manera psicológica y socioeconómica es labor que sólo realizan ciertos malabaristas de la ciencia bien conocidos. Se trata de un eclecticismo de la peor clase. Investigar las diferentes funciones del mismo fenómeno con sus respectivos métodos y reconocer en este proceso las relaciones y dependencias mutuas es aplicar el materialismo dialéctico. Por consiguiente, si Fromm sostiene que la psicología social investiga "las motivaciones sociales profundas y las funciones del fenómeno psíquico", está equivocado. Un ejemplo: la motivación social profunda y la función de la religión, de la moral, etc., son funciones socioeconómicas de una relación de clase, de la relación de producción obrero-capitalista; esto está determinado por la propiedad privada de los medios de producción, por la diferenciación entre el valor de uso y valor de cambio de la mercancía fuerza de trabajo, es decir, por categorías sociológicas. Esta relación de producción se arraiga, debido a las medidas económicas coercitivas de la clase dominante, en las estructuras psíquicas de los miembros de la sociedad, especialmente de la clase dominada, modificando

su estructura con la ayuda de instituciones especiales, tales como la familia primero, luego la escuela, la Iglesia, etc., moldeando una formación reactiva, que las hace reaccionar crónicamente de manera típica. Así, nos enfrentamos con un fenómeno sociopsicológico que se asemeja a la relación padre-hijo en su ambivalencia: sumisión más rebelión ante una autoridad, que se basa, en primer lugar, en la relación económica y, en segundo lugar, en la actitud afectiva irracional. Según la opinión psicoanalítica oficial, esta relación emocional es la que crea la relación padre-hijo, es decir, el fenómeno de la relación autoritaria entre, por ejemplo, capitalista y obrero, cuando que, en realidad, esta relación autoritaria existe, ante todo, debido a la relación de clase y no a la emocional. La utilización del método socioeconómico conduce al descubrimiento de la relación de clase. La investigación con los medios del psicoanálisis conduce al descubrimiento de su derivado, es decir, no a la explicación de las funciones sociales sino sólo a la de sus conexiones psíquicas. Si se procede de manera inversa y se trata esta relación entre diferentes individuos de dos clases como dos instancias psíquicas de un solo individuo, se tiene que concluir —sin ser necesariamente un individuo malvado— lo que una vez exteriorizó frente a mí un prominente psicoanalista: que la burguesía es el superyó del proletariado, el proletariado el ello del organismo social, y la burguesía sólo cumple la función del superyó, que es la de mantener controlado el ello. Estoy convencido de que Laforgue es un buen hom-

bre, pero, a partir de esto, tuvo que llegar necesariamente a la conclusión de que la policía se explica por la necesidad de castigo que experimenta la masa, debido a que investiga psicológicamente la policía como institución social y no su psicología ni su acción sobre los dominados.

En diversos trabajos empírico-sociológicos he utilizado los resultados psicoanalíticos en la sociología, sin hacer hincapié en la cuestión del método empleado. Quiero aclarar esto ahora con un ejemplo:

La huelga es un fenómeno sociológico de la fase capitalista del desarrollo social. La sociología marxista investiga los procesos que conducen a una huelga, investigando, por ejemplo, la relación de producción entre obrero y capitalista, la ley de la economía capitalista según la cual el dueño de los medios de producción compra y utiliza la fuerza de trabajo como cualquier otra mercancía. La sociología marxista descubre otras leyes económicas según las cuales la competencia entre los empresarios les obliga a reducir los salarios para incrementar sus ganancias, etc. Pero la huelga se lleva a cabo por la voluntad y la conciencia del trabajador, en otras palabras, el hecho sociológico se expresa psicológicamente de una manera determinada. Por eso la psicología puede intervenir aquí, pero el problema es determinar de qué modo, porque de eso depende lo que ella puede decir. Ahora se comprende inmediatamente por qué el psicoanálisis del inconsciente de uno o varios obreros huelguistas no puede decir nada respecto a

la huelga como fenómeno social o respecto a sus "motivaciones ocultas"; es más, ni siquiera respecto a los motivos que condujeron a los obreros a participar en la huelga. Aunque captemos lo que es común a dichos obreros, es decir, aunque apliquemos la psicología social, no podemos decir nada acerca de las causas de las huelgas, en otras palabras, tampoco la psicología social explica la huelga. Y es que el descubrimiento de los conflictos infantiles de los obreros con sus padres o madres no tiene ninguna relación con su huelga actual, sino únicamente —y esto debemos recordarlo bien— con la realidad histórico-económica (la estructura capitalista o de empresa privada, según sea el caso) donde se originan tanto las huelgas como los conocidos conflictos entre padres e hijos. Pero si a pesar de todo se intenta esa aplicación del análisis del obrero a fin de explicar el fenómeno "huelga", necesariamente se llega a la conclusión de que la huelga es una rebelión en contra del padre. Pero se ignora el hecho de que se han considerado equivalentes "huelga" y "comportamiento psíquico". Y hacer esta diferencia es decisivo, porque se le ignora por falta de claridad psicológica o por motivos reaccionarios conscientes o inconscientes, pues la interpretación sociológica conduce a conclusiones diferentes a las de la interpretación psicológica; aquélla conduce al reconocimiento de las leyes que rigen la sociedad dividida en clases, ésta a su encubrimiento.

La huelga puede estar ligada al trabajo psíquico del inconsciente, por ejemplo bajo la

forma de un sueño, donde la huelga aparece como resto diurno; sorprendentemente, estos fenómenos son mucho menos frecuentes que los que tienen un origen sexual. Pero explicar la huelga de este modo conduce a los mismos resultados del psicoanalista oficial de la cultura, Roheim: a hacer afirmaciones acerca de las culturas primitivas basándose en los sueños de los primitivos, en vez de explicar el contenido conflictivo de los sueños basándose en las culturas primitivas.

De manera que por medio de la psicología podemos comprender el comportamiento del obrero en la huelga, pero no la huelga misma. En la medida en que el comportamiento del obrero influye en el desenlace de la huelga, "intervienen factores psíquicos". Pero la cosa es diferente cuando existe una situación socio-económica que debía originar una huelga y no fue así. En este caso fracasa la investigación socioeconómica que es incapaz de encontrar una relación histórico-económica, porque entonces interviene un tercer factor en el desarrollo del proceso sociológico. Este tercer factor es de índole psicológica (o sea, un hecho sociopsicológico o psicológico de masas), por ejemplo, falta de confianza en los promotores de la huelga por parte de los obreros, es decir, falta de confianza en la dirección; subordinación a dirigentes sindicales reformistas, sabotadores de la huelga o temor ante el empresario. En otros casos, el miedo a las dificultades materiales que origina la huelga puede ser decisivo. Pero esta actitud, que obviamente tiene un impacto decisivo en el desarrollo de la

lucha de clases, tampoco es, en sí, inmediatamente psicológica, sino que se puede explicar sociológicamente. Porque la misma subordinación a un dirigente sindical reformista es resultado de una relación determinada, una relación, al fin y al cabo, sociológica: en un caso puede ser el motivo superficial del miedo ante el despido, en otro, un miedo más profundo, el miedo a rebelarse en contra de la autoridad, originada en la liga infantil con el padre. ¿Pero de dónde proviene la liga con el padre y el miedo ante la autoridad? Una vez más, de la situación familiar que está determinada socioeconómicamente. De modo que la aplicación de la psicología siempre tiene por objeto el conocimiento de los eslabones más o menos numerosos que existen entre el proceso económico y la acción que desarrolla el hombre dentro de él. Cuanto más racional es el comportamiento, tanto más estrecho es el campo de acción de la psicología del inconsciente; y cuanto más irracional es, tanto más amplio y mayor ayuda requiere la sociología de la psicología. Esto es particularmente cierto para el comportamiento de las clases oprimidas durante la lucha de clases. Que un obrero industrial o el conjunto de los obreros industriales aspiren a hacer corresponder la forma de apropiación con la forma de producción no requiere ninguna otra observación que la de que de esa manera simplemente obedecen al principio de placer y displacer.

Pero que amplias capas de la clase oprimida acepten e incluso apoyen en una u otra forma la explotación sólo puede comprenderse direc-

tamente desde un punto de vista psicológico, y sólo indirecta y mediatamente desde el punto de vista sociológico. La circunstancia de que la sociología analítica hasta la fecha haya procedido de manera inversa al explicar la rebelión psicológicamente y considerar, en cambio, la obediencia como algo normal que no requiere explicación, es producto de su concepción del principio de realidad según el cual, en el individuo adulto, la adaptación a las exigencias de la realidad sustituye al principio del placer. Pero no sólo la ley capitalista de la explotación forma parte de la realidad, sino también la autoconciencia de cada uno, que es una conciencia dolorosa y que por eso tiene como resultado la no-adaptación. La opinión oficial declara y estigmatiza la no-adaptación como comportamiento infantil e irracional. Éste es un ejemplo de enfrentamiento entre *Weltanschauung* y *Weltanschauung* y por cierto que nosotros no negamos nuestra posición política como lo hacen nuestros enemigos. Pero queremos subrayar que la diferencia entre estas posiciones políticas reside en que una explica psicológicamente lo que debe explicarse socioeconómicamente e ignora lo que debería explicar, a saber, los obstáculos que se oponen al desarrollo de los procesos sociológicos y con ello, en ambos casos, se aparta de la realidad. La otra posición no excluye ningún elemento del ámbito del conocimiento humano; su interés es justamente lo opuesto: colocar todo dentro del campo de la ciencia y llegar, basándose en la aplicación del método del materialista dialéctico en todos los dominios a una

Weltanschauung científica y, de esta forma, hacer superflua la filosofía en tanto ciencia de lo desconocido.

En resumen, la aplicación consciente o inconsciente del materialismo dialéctico en el campo de la psicología produce los mismos resultados que el psicoanálisis clínico, y la aplicación de estos resultados a la sociología y a la política desemboca en una psicología social marxista, en tanto que la aplicación del método psicoanalítico a los problemas de la sociología y la política se traduce necesariamente en una sociología metafísica psicologizante y, además de esto, reaccionaria.

¿QUÉ ES CONCIENCIA DE CLASE?

PRÓLOGO

La concepción fundamental de esta obra se deja resumir como sigue: La lucha agotadora que los revolucionarios del mundo entero han de librar en muchos frentes lleva aparejado el que sólo vean la vida de los individuos desde el punto de vista de su ideología, o sólo tengan en cuenta aquellos hechos de la vida social que se aproximan a su sentir y pensar o les están emparentados. Sin embargo, la mayoría de la población de la Tierra, para cuya liberación del yugo de la opresión capitalista se libran aquellas luchas, nada sabe de éstas, ni de los sufrimientos y el pensar de aquellos revolucionarios, sino que vive su existencia subyugada de modo más o menos inconsciente, con lo que apoya, sin darse cuenta, el dominio del capital. Inténtese averiguar, por ejemplo, cuántos de los 40 millones de ciudadanos adultos alemanes se conmueven realmente ante las ejecuciones de revolucionarios alemanes, y cuántos, además, toman la información periódica al respecto con menos indiferencia, y se comprenderá de golpe lo que este escrito se propone, esto es: *la unión de la conciencia de la vanguardia revolucionaria con la conciencia del ciudadano corriente de nuestro planeta*. Aquí no se hace más que esbozar sugerencias y señalar preguntas que en el movimiento obrero no se han tenido en cuenta hasta el presente. Y aunque lo uno o lo otro de lo que aquí se expone pueda verse deformado o estar

equivocádo, es lo cierto, con todo, que la verdadera vida de los individuos transcurre psicológicamente en otro plano que aquel que los campeones de la revolución social, con fundamento precisamente en su penetración más profunda del ser social, se imaginan, lo que constituye uno más de los motivos del fracaso del movimiento obrero. Véase en este escrito un llamado de los individuos apolíticos corrientes dirigido a los futuros jefes de la revolución, para que los comprendan mejor, les pidan menos comprensión para el "curso de la historia" y confieran a sus sufrimientos y anhelos mejor expresión, así como para que hablen en forma menos teórica del "factor subjetivo" de la historia y, en cuanto vida de la masa, lo entiendan mejor.

Junio de 1934

DOS TIPOS DE CONCIENCIA DE CLASE

FUNDAMENTACIÓN

El siguiente intento de entresacar y hacer comprensibles, desde el punto de vista de la psicología de masas, algunas de las dificultades de la discusión relativa a la reorganización del movimiento obrero adolece desde el principio de muchas fallas. Las circunstancias externas y las condiciones de vida en que la emigración alemana ha de realizar su labor no son nada fáciles. Para empezar, el contacto íntimo con la vida política, de las masas ante todo, está roto o sólo incompletamente establecido; los periódicos deforman al informar, se contradicen unos a otros y pasan por alto las cuestiones relativas a la psicología de las masas, de modo que resultan ya fuentes de error. En el exilio no se tienen bibliotecas a disposición o, si las hay, son insuficientes. La dura lucha por la existencia y la persecución por las autoridades de los países huéspedes producen asimismo su efecto. Tampoco la dispersión rural en las organizaciones y en la discusión *en el seno* del movimiento obrero contribuye a facilitar la realización de la tarea. Y si se añade a esto la novedad del dominio de una psicología política, sujeta a todas las debilidades y las posibilidades de error de una ciencia joven, habremos nombrado bastantes hechos que excluyen

la exigencia de una investigación cien por ciento exacta, libre de errores y susceptible de transformarse inmediatamente en práctica política. Nos consideraremos dichosos si logramos plantear preguntas importantes, pasadas por alto hasta el presente, contestarlas en parte y, además, señalar determinadas orientaciones a la iniciativa de nuestros compañeros de lucha y de su examen crítico del actual equipo intelectual del frente revolucionario.

El presente trabajo constituye al propio tiempo la respuesta a algunas preguntas que se han planteado desde la aparición de *Massenpsychologie des Faschismus* (*Psicología de masas del fascismo*), así como en parte también a algunas críticas que, en mi entender, adolecen de la falta de comprensión, por parte de muchos economistas, de la problemática psicológica.

Las discusiones con grupos políticos diversos dieron como resultado el que deba anticiparse a la respuesta de la pregunta "¿Qué es conciencia de clase?" una breve toma de posición con respecto a las cuestiones fundamentales actuales de la situación política.

La grave derrota del movimiento socialista en Alemania produce ya sus efectos nocivos sobre otros países y, frente al movimiento revolucionario, el fascismo se encuentra *por doquier* en rápido progreso; tanto la Segunda como la Tercera Internacional han demostrado su incapacidad de dominar la situación, siquiera teóricamente, y no digamos ya en la práctica; la Segunda Internacional por su política fundamentalmente burguesa, y la Tercera por

su falta de autocrítica, por lo incorregible de sus errores fatales y, ante todo, por su incapacidad de aniquilar, en parte por falta de voluntad, la burocracia en su propio campo.

El Partido Obrero Socialista y los Comunistas Internacionales quieren una "nueva Internacional". Existen graves diferencias ya acerca del "cómo" de este nuevo partido. Trotski convocó ya a la fundación de la *Cuarta Internacional*; el pos está en principio de acuerdo, pero quiere lograr la nueva Internacional como *resultado* de la reunión de la clase obrera, en lugar de ponerla, como Trotski, al principio y de efectuar, *con* esta consigna, la reunión. En el movimiento sexual-político la cuestión se plantea como sigue: ¿hay que crear inmediatamente una organización e iniciar una campaña en su favor valiéndose de su programa, o bien hay que dejar primero que la ideología y el programa lo penetren todo y sólo luego llevar a cabo la unión organizadora sobre una base más amplia? Nos decidimos por el segundo de estos dos caminos, y creemos que la "organización flexible previa" presenta muchas ventajas, no implica una delimitación prematura, evita el peligro de acuerdos sectarios, posee mayores posibilidades de penetración en otras organizaciones y muchas cosas más. Por otra parte, depende también de qué perspectivas tengamos del desarrollo político ulterior. La comunidad de trabajo sexualpolítica consideró poder nombrar fundamentalmente tres posibilidades, a saber: 1] la de que de modo imprevisto se produjera en un futuro muy próximo un levantamiento en Alemania;

toda vez que ninguna de las organizaciones existentes está preparada en lo más mínimo para semejante eventualidad, ninguna de ellas tendría el movimiento en la mano para llevarlo conscientemente a buen fin. Por lo demás, esta perspectiva es la más improbable de las tres. Si llegara con todo a realizarse, la situación sería caótica, esto es, *muy* insegura en su curso, aunque constituirá la mejor salida. Por nuestra parte la apoyaríamos y favoreceríamos inmediatamente por todos los medios. 2] Es posible que el movimiento obrero necesite algunos años para su concentración teórica y orgánica, para luego conquistar el poder en Alemania, en cuanto movimiento *cerrado* y bajo una dirección, buena, preparada y decidida, en el transcurso de digamos, sin compromiso, veinte años. Esta perspectiva es la que cuenta con mayores probabilidades, pero requiere desde hoy ya una labor enérgica, ininterrumpida e infatigable. 3] La tercera posibilidad fundamental es que la unión de los trabajadores bajo una nueva dirección, buena y digna de confianza, no se logre o no se logre lo bastante aprisa, de tal modo que el fascismo conquiste posiciones por doquier y las afirme, ante todo por su peculiar y hábil manera de atraerse a los niños y a los jóvenes, se asegure una base duradera entre las masas y se vea eventualmente favorecido por una oleada de optimismo, aunque débil; en tal caso habrá de contar el movimiento socialista con una barbarie cultural, política y económica larga, *muy* prolongada, por espacio de muchos decenios, y habrá de *demonstrar* que no se ha equivocado *funda-*

mentalmente y que a la postre la historia le dará la razón. Esta variante pone de manifiesto la grave responsabilidad que pesa sobre nosotros.

En la medida en que lo permitan las condiciones, nos prepararemos para la *primera* eventualidad; haremos de la *segunda*, como es la de mayores probabilidades, el objeto propiamente de nuestro trabajo, concentraremos *todas* nuestras fuerzas en su consecución y reuniremos la mayor fuerza humana que se nos haya dado para eliminar la *tercera*.

Así, pues, si nos proponemos como objetivo la realización de la unidad y la fuerza combativa de la clase obrera y su alianza con todas las capas de la población trabajadora, necesitamos separarnos desde un principio de aquellas aspiraciones que ciertamente hablan mucho de "llevar a cabo la unidad", pero que siguen fomentando prácticamente la división, aun sin quererlo. ¿A qué se debe que aún hoy, después de la catástrofe alemana, siga progresando la formación de camarillas sectarias, que en los círculos responsables tanto en Alemania como fuera de ella la situación nada tenga de satisfactoria, que los antiguos métodos de la estéril discusión escolástica y los inútiles insultos recíprocos no quieran desaparecer ni quieran ceder ante los esfuerzos enderezados a la superación de la realidad actual? Creemos que esta desdichada situación precaria proviene de la adhesión a las antiguas formas, consignas, esquemas y métodos de discusión gastados y anquilosados, y que esta adhesión proviene a su vez de la falta de una *nueva*

manera de plantear los problemas, de una *nueva* manera de pensar y de una forma totalmente *nueva* y original de ver las cosas. Estamos convencidos de que siquiera *una sola* buena idea nueva, *una sola* nueva consigna acertada, realizarían inmediatamente la unión hasta de los más obstinados disputantes y pondrían fin, inmediatamente, a las estériles discusiones. Aludimos a todo aquel a quien este pasaje pudiera molestar. Convertir en realidad el marxismo vivo es la tarea inmediata; primero en la contemplación de la realidad y en la discusión. Esto conduce a la cuestión de la creación de una nueva organización internacional. Si ella no llevara al congreso de fundación más que los métodos, las consignas y las formas de pensar y discutir anteriores, nacería muerta. Que queremos expropiar el capital, socializar los medios de producción, erigir el dominio de los trabajadores, soldados, empleados y campesinos por sobre del capital; que queremos la verdadera democracia del pueblo trabajador, que para esto se requiere la conquista del poder no con la papeleta de voto sino con las armas, todo esto y muchas otras cosas más las sabemos sobradamente. Volver a proclamar solamente esto y fijarlo programáticamente tendría escaso valor, porque esto ya se ha hecho hasta ahora profusamente. La gran pregunta es la de saber por qué no se nos prestó oído, por qué nuestras organizaciones se han anquilosado, por qué la burocracia nos ha ahogado, por qué las masas obraron en contra de sus propios intereses al llevar a Hitler al poder. No habría que mal-

gastar tan enormes energías acerca de la cuestión —en sí muy importante— de la estrategia y la táctica si tuviéramos a las masas con nosotros. La estrategia y la táctica las emplean actualmente los diversos grupos *unos contra otros*. Si queremos pensar siquiera en conseguir algo, necesitamos presentarnos con ideas totalmente nuevas sobre estas cuestiones básicas, con métodos totalmente nuevos de influencia sobre las masas y con una estructura ideológica y personal totalmente nueva. No queremos detenernos mucho tiempo en demostrar que no hablábamos el lenguaje de la gran masa, en parte apolítica y en parte ideológicamente oprimida, que acabó ayudando finalmente a que la reacción obtuviera la victoria. Las masas no entendían nuestras resoluciones ni lo que queríamos decir con “socialismo”; no nos tenían ni nos tienen confianza; leían nuestras hojas por obligación o no las leían. Mientras estuvieron en movimiento eran confusamente socialistas, pero no pudimos aprovecharnos de este confuso sentimiento socialista y es por esto por lo que ayudó a Hitler a conquistar el poder. El que sufriéramos el mayor fracaso en la conquista y la exaltación de las grandes masas constituye el fundamento primero de las muchas fallas, grandes y pequeñas, del movimiento obrero, de la vinculación partidista de los socialdemócratas, así como del resentimiento y el rencor de más de un dirigente proletario, del incesante discutir y del marxismo escolástico que practicamos.

Parte de la causa básica común del fracaso del socialismo en todos sus aspectos, una par-

te solamente, pero esencial, que ya no puede pasarse por alto ni considerarse secundaria, es la falta de una psicología política marxista eficaz. Esta falta se expresa no solamente en el que semejante psicología aún ha de elaborarse, sino también en que en el movimiento obrero existe una gran prevención contra la consideración y la concepción psicológicas, así como contra la psicología práctica consciente. Esta falta de nuestra parte se convirtió en la mayor ventaja del enemigo de clase, se convirtió en el arma más poderosa del fascismo. Mientras nosotros exponíamos a las masas magníficos análisis históricos y disquisiciones económicas sobre las contradicciones imperialistas, ellas se entusiasmaban por Hitler desde lo más profundo de sus sentimientos. Habíamos dejado la práctica del factor subjetivo, por decirlo con Marx, a los idealistas, y nos habíamos convertido en materialistas mecánicos y economistas. ¿Exageramos acaso? ¿Vemos tal vez a través de las gafas del "especialista profesional"? Tratemos de responder a esta pregunta sirviéndonos de algunos ejemplos importantes, mayores, pero también menores y, en apariencia, secundarios. No tratamos de presentar aquí una panacea, sino simplemente una pequeña contribución, que no es más que un principio.

DOS TIPOS DE "CONCIENCIA DE CLASE"

Es decisivo para una política combativa que se propone el triunfo del socialismo y la erección del dominio del trabajo sobre el capital

no sólo el conocimiento de los cambios y movimientos sociales que de la evolución de las fuerzas productoras resultan objetivamente, independientemente de nuestra voluntad, sino también, al propio tiempo y *a igual título*, de lo que tiene lugar en las "cabezas", esto es, en las estructuras psíquicas de los individuos de los diversos países, barrios urbanos, capas profesionales, clases de edad, sexos, etc., sometidos a dichos acontecimientos objetivos. En el movimiento y la política socialistas el concepto de la conciencia de clase desempeña un papel principal; la "toma de conciencia de clase" de las capas oprimidas de la población de todos los países se postula como el requisito más urgente del movimiento subversivo revolucionario del sistema social actualmente dominante. Queremos decir manifiestamente con esto que, bajo la influencia de los procesos económicos y sociales, los individuos han de cambiar en alguna forma para poder siquiera llevar a cabo una realización como la que representa la revolución social. Sabemos también que Lenin creó la vanguardia y el partido revolucionario para fomentar este cambio de los individuos, acelerarlo, concentrarlo y convertirlo en una fuerza política. En la vanguardia, la parte mejor y más consciente de los luchadores socialistas debía concentrarse, agudizarse y ejercitarse en la previsión aquella conciencia de la situación social, de los medios de su dominio y de los caminos acertados hacia el socialismo, a cuyo nivel aproximadamente debe levantarse la masa trabajadora, si la tarea de la revolución ha de lograrse. Esto es

ni más ni menos que el planteamiento del problema de la política que se halla resumida en la palabra "frente único".

Dos ejemplos bastarán para mostrar que distamos mucho de una comprensión apropiada de lo que es la conciencia de clase.

En el opúsculo de reciente aparición, *Neu beginnen (Empezar de nuevo)*, se plantea con mucho acierto la exigencia de un "partido revolucionario" y de una dirección revolucionaria en el sentido cabal de la palabra, pero se niega, en cambio, la existencia de una conciencia de clase en el proletariado:

El fundamento de todas sus consideraciones y actos [de las Segunda y Tercera Internacionales] lo constituye la creencia de una espontaneidad revolucionaria inherente al proletariado... Pero, ¿y si esta espontaneidad revolucionaria sólo existe en las cabezas de los partidos socialistas y no en la realidad?... ¿Si el proletariado no se viera impelido en modo alguno espontáneamente, esto es, por fuerzas sociales naturales, hacia "la lucha final socialista"?... Incapaces de pensar de otro modo que en tesis y dogmas, creen con devoción francamente religiosa en fuerzas revolucionarias espontáneas... (p. 6)

La lucha heroica sin precedente de los trabajadores austriacos, del 12 al 16 de febrero de 1934, demuestra que puede darse perfectamente una espontaneidad revolucionaria sin una conciencia de la "lucha socialista final". La espontaneidad revolucionaria y la conciencia de la "lucha socialista final" son dos cosas distintas.

Por consiguiente, la dirección —tal reza la

conclusión— ha de llevar a la masa la conciencia revolucionaria. ¡Qué duda cabe que debe hacerlo! Pero, ¿cómo —preguntamos— si no tuviéramos todavía idea exacta de lo que designamos como conciencia revolucionaria? En Alemania había a últimas fechas unos 30 millones de trabajadores de orientación *anticapitalista*, o sea, *numéricamente* más que suficiente para la revolución, pero lo que llegó al poder fue el fascismo, y precisamente con la ayuda de aquella orientación *anticapitalista* de las tropas escogidas de sus partidarios. ¿Es ya la orientación anticapitalista conciencia de clase o no, es meramente el principio de ella o es sólo una condición de su desarrollo? ¿Qué es, propiamente, conciencia de clase? Lenin creó el concepto de vanguardia, de tropas de choque revolucionarias, y el de partido, así como la organización misma que había de completar lo que la masa misma no realiza espontáneamente:

Dijimos que los trabajadores tampoco podrían tener una conciencia socialdemocrática. Ésta sólo podría serles transmitida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase trabajadora sólo puede llegar por sus propios medios a una conciencia tradeunionista, esto es, a la convicción de la necesidad de asociarse sindicalmente, de librar una lucha contra los empresarios, de exigir al gobierno tal o cual ley favorable a los trabajadores, etc. (Lenin)

Así, pues, la clase trabajadora extrae de su situación de clase una "conciencia" que ciertamente no basta todavía para sacudir el domi-

nio del capital (para esto se necesita un partido estrictamente organizado); pero, ¿no habrá acaso etapas previas o elementos de aquello que designamos como conciencia de clase o conciencia revolucionaria? ¿Qué es esto? ¿Cómo se puede concebir? ¿Cómo se presenta concretamente?

La negación de lo que podríamos designar conciencia de clase o sus elementos o premisas, esto es, como una formación *espontánea* en el seno de la clase oprimida, descansa en el hecho de que aquélla no es conocida en su forma concreta y crea, por consiguiente, una posición desesperada para la dirección, porque por muy valiente que ésta sea y por mucho que esté preparada y provista de otras cualidades, si en el proletariado no hay nada que se parezca a lo que designamos como conciencia de clase, jamás dirección alguna logrará inculcársela a las masas. ¿Qué es, pues, lo que hay que llevar a las masas? ¿Acaso el saber sumamente especializado sobre el proceso sociológico y sus contradicciones? ¿O bien el saber complicado de las leyes de la explotación capitalista? ¿Tenían los revolucionarios de Rusia este saber cuando luchaban con entusiasmo, o ni siquiera lo necesitaban? ¿Eran trabajadores y campesinos con "conciencia de clase" o solamente rebeldes? Hemos expuesto estas preguntas para mostrar hasta qué punto son insolubles.

Tratemos de partir de la simple práctica y de la experiencia.

Recientemente se ha hablado mucho en un grupo político de la conciencia de clase y de la necesidad de "evarla a escala de las ma-

sas". Al oyente había de asaltarle acaso por vez primera la pregunta: ¿De qué se está hablando aquí propiamente? ¿Qué entienden por esto que llaman conciencia de clase? Uno de los asistentes, que se había mantenido muy callado, rogó a uno de los funcionarios dirigentes, que se había distinguido como apasionado defensor de la conciencia de clase del proletariado alemán, que le hiciera el favor de nombrarle cinco elementos concretos de ella, así como, tal vez, cinco elementos inhibidores de su evolución. Como que si se quiere desarrollar la conciencia de clase hay que saber primero qué es aquello que se quiere desarrollar, así como por qué no se desarrolla bajo la presión de las necesidades de cada clase por sí misma, o sea, qué es, pues, lo que le impide hacerlo. El funcionario interrogado se mostró primero un poco sorprendido, vaciló un momento y dijo luego, con decisión: "Bueno, por supuesto, el hambre". La rápida contrapregunta fue: ¿El individuo de la guardia de asalto tiene conciencia de clase? ¿Tiene conciencia de clase el ladrón que roba por hambre una salchicha, o el hombre que no tiene trabajo y que se contrata por dos marcos para un desfile reaccionario, o el muchacho que lanza piedras a la policía en una manifestación? Y si el hambre, en la que el Partido Comunista de Alemania ha basado toda su psicología de masas, no constituye todavía un elemento de la conciencia de clase, ¿qué es entonces lo que la constituye? ¿Qué es la libertad? ¿Cómo se ve concretamente? ¿En qué se distingue la libertad socialista de la nacional, que Hitler promete?

Las respuestas fueron absolutamente insatisfactorias. ¿Habían planteado y contestado estas preguntas los periódicos de izquierda? No. Por errónea que sea la concepción de que la clase oprimida pueda llevar la revolución a la victoria, sin dirección y a partir de una voluntad revolucionaria de origen espontáneo, no lo es menos la concepción contraria de que esto sólo depende de la dirección, la que habría de empezar por *crear* la conciencia de clase. Así, pues, si ha de empezar por coincidir una determinada situación psíquica de la masa con la alta conciencia de la dirección revolucionaria para que se dé la condición previa de una revolución social, entonces la respuesta a la pregunta "¿Qué es conciencia de clase?" es tanto más necesaria todavía. Si alguien objetara que la pregunta es superflua, porque se ha insistido siempre en que hay que partir de las "pequeñas necesidades cotidianas", preguntamos a nuestra vez: ¿Significa "desarrollar conciencia de clase", cuando se declara uno partidario, en una empresa, de la introducción de un ventilador? ¿Y qué tal si el consejero de empresa del Partido Nacional-socialista hace la misma demanda y hasta como mejor orador? ¿Se ha ganado por ello al personal? ¡Sin duda! ¿Dónde está la diferencia entre las representaciones socialista y fascista de los "pequeños intereses", entre nuestra consigna de libertad y la consigna hitleriana de "Fuerza mediante alegría"?

¿Se piensa lo mismo cuando se habla de la conciencia de clase del aprendiz proletario o de la del líder proletario de la juventud? Dí-

cese que habría que elevar la conciencia de las masas a la altura de la conciencia revolucionaria de clase; si se entiende con esto el conocimiento tan amplio del proceso histórico que ha de tener el líder de una revolución, entonces se corre tras de una utopía. Nunca se logrará, en el capitalismo, satisfacer a la gran masa, que es la que ha de llevar a cabo la sublevación y la revolución, con este conocimiento altamente especializado, a través de los medios propagandísticos que se emplearen. El que en una asamblea electoral solamente se lanzaran consignas o bien, como ocurría a menudo en el Palacio de los Deportes [Berlín], se dejara hablar a un funcionario por espacio de horas con erudición sobre la política financiera de la burguesía o sobre las rivalidades japonés-estadounidenses, esto apagaba cada vez la exaltación y el entusiasmo iniciales, significaba suponer que la masa tenía el interés y los requisitos para asimilar análisis económicos objetivos, y embotaba el justamente llamado sentimiento de clase de los miles de oyentes. La política revolucionaria marxista anterior suponía en el proletariado una conciencia de clase acabada, pero sin poder detallarla o concretarla. Ponía además en la conciencia de la clase oprimida su propio saber, a menudo también erróneo, del proceso sociológico, lo que no hace mucho se ha calificado acertadamente como "idealismo subjetivo". Sin embargo, en toda asamblea comunista se percibía la "conciencia de clase" de la masa de modo inequívoco, y podía distinguirse claramente la atmósfera que creaba de la de cualquier otra

organización política. Así, pues, ha de haber en la gran masa algo como una conciencia de clase que se distingue fundamentalmente de la de la dirección revolucionaria. O sea que hay, concretamente, dos tipos de conciencia de clase, a saber: la de la dirección revolucionaria y la de la masa, y las dos deben concordar. La dirección no tiene tarea más urgente, aparte del conocimiento exacto del proceso histórico objetivo, que la de comprender:

a] *lo que llevan en sí en materia de deseos, ideas y pensamientos progresistas las diversas capas, profesiones, edades y sexos, y*

b] *lo que llevan en sí en materia de estos deseos, temores, pensamientos e ideas, que impida el desarrollo del progreso ("ataduras tradicionales").*

La conciencia de clase de la masa no se ha acabado de formar en modo alguno como lo creyera la dirección del Partido Comunista, pero tampoco está ausente por completo; además, está estructurada de otro modo de lo que dicha dirección suponía; existe, más bien, en determinados elementos concretos, que por sí solos (como por ejemplo el hambre) no son todavía conciencia de clase pero que *en su fusión* podrían formarla; estos elementos tampoco existen en estado puro, sino que están entremezclados y entretajidos con fuerzas y contenidos de carácter contrario. Un Hitler sólo estará en lo cierto, con su fórmula de que la masa es infantilmente sugestionable y sólo reproduce lo que se le ha inculcado, mientras el partido revolucionario no cumpla su tarea más importante: sacar a la conciencia

de clase de su forma dada, aclararla y llevarla hacia adelante. Y de esto nada se había hecho en Alemania.

El contenido de la conciencia de clase del líder revolucionario no es de carácter personal; en la medida en que intervienen en ella intereses personales (ambición personal, etc.) se obstaculiza su actividad. En cambio, en la gran masa (no hablamos aquí de la insignificante minoría de los trabajadores inequívoca y conscientemente revolucionarios) la conciencia de clase es total y perfectamente personal. La *primera* está harta de conocimientos acerca de las contradicciones del sistema económico capitalista, de las enormes posibilidades de la economía socialista planificada, de la necesidad de la revolución social y de la adecuación de la forma de apropiación a la forma de producción, de las fuerzas progresistas y retrógradas de la historia. La *segunda* está muy alejada de tales conocimientos, lo mismo que de las grandes perspectivas; en ésta lo que importa es lo pequeño y aun lo minúsculo, lo cotidiano, lo banal. La *primera* comprende el proceso socioeconómico histórico, objetivo, así como las condiciones externas, tanto de carácter económico como social, a las que están sometidos los individuos que forman la sociedad; este proceso necesita ser comprendido y hay que dominarlo y dirigirlo, si de sus esclavos queremos convertirnos en sus dueños. Así, pues, hay que introducir la economía planificada, para eliminar las crisis mortales y empezar por crear la base de la vida de todos los trabajadores. Para esto es absolutamente

indispensable también, por ejemplo, el conocimiento exacto de los antagonismos japonés-estadounidenses. La otra conciencia no se interesa *en absoluto* por los antagonismos ruso-japoneses o anglo-estadounidenses, ni tampoco en el progreso de las fuerzas productivas; se orienta, única y exclusivamente, por los reflejos, el arraigo y los efectos de este acontecer objetivo en las cuestiones cotidianas más mínimas o infinitamente diversas; así, pues, su contenido es el interés por la alimentación, el vestido, la moda, las relaciones familiares, las posibilidades de la satisfacción sexual en su sentido más estricto, los juegos y los placeres sexuales en un sentido más lato, como el cine, el teatro, las ferias, los parques de atracciones, el baile, etc., así como en las dificultades de la educación de los niños, la decoración hogareña, o la duración y el aprovechamiento del tiempo libre, etcétera.

El ser del individuo y sus condiciones se reflejan, arraigan y se reproducen en su estructura psíquica, a la que forman. Únicamente a través de esta estructura psíquica tenemos nosotros acceso al proceso objetivo y podemos actuar sobre él, ya sea para frenarlo o para fomentarlo y dominarlo. Únicamente a través de la cabeza del individuo, mediante su voluntad de trabajo y su ansia de felicidad y, en una palabra, su existencia psíquica, creamos, consumimos y cambiamos el mundo. Esto es lo que los "marxistas" degenerados en economistas han olvidado desde hace mucho. Así, pues, si quiere implantar y consolidar el socialismo internacional, y no el nacional (que se

llame como quiera), si quiere ser marxista, la política general económica y del Estado, que históricamente ha operado con grandes perspectivas, ha de establecer el contacto con la vida y los deseos cotidianos, pequeños, banales, primitivos y sencillos de *la más grande* masa, en todas sus variedades, según los países y los estratos sociales. *Solamente así podrá lograrse que el proceso sociológico objetivo y la conciencia subjetiva de los individuos fluyan juntos, anulando la contradicción y la sima entre ambos.* En una palabra: hay que proporcionar precisamente a los trabajadores, que fundamentan la cultura y crean riqueza, la conciencia de sus derechos; hay que empezar por hacerles saber qué grado ha alcanzado ya la cultura "arriba", y cómo viven *ellos mismos, cuán humildes son y cómo hacen de ello todavía una virtud*, que en ocasiones hasta designan como revolucionaria. Y si se logra establecer esta conexión, entonces, y sólo entonces, podremos salir de las discusiones filosóficas intrapartidarias sobre la vanguardia y la táctica y saldremos al encuentro de la táctica viva del movimiento de las masas, en la actividad política ligada a la vida. No resulta osado afirmar que el movimiento obrero se habría ahorrado una sarta interminable de sectarismo, elucubraciones, escolasticismo, formación de fracciones y escisiones, y habría acortado el camino espinoso a lo que es *más natural*, el socialismo, si hubiera extraído su propaganda, su táctica y su política no sólo de los libros sino ante todo de la vida de las masas. Hoy están las cosas de tal modo, que la juventud

media, por ejemplo, está tanto más adelantada que sus "líderes", que con éstos hay que empezar por hablar "tácticamente" de cosas como la vida sexual, que para la juventud son naturales. Y tendría que ser al revés: el jefe es quien debería ser la personificación de la conciencia de clase de primer grado y tendría que formar a la segunda.

El que conoce las luchas ideológicas del movimiento obrero habrá tal vez seguido hasta aquí más o menos de buena gana y habrá también pensado: "¡Nada de esto es nuevo! ¿A qué viene este largo discurso?" No tardará en persuadirse de que muchos que de modo general están de acuerdo con nosotros empezarán, cuando se trate de ir al grano, a vacilar y a formular objeciones y reparos, e invocarán a Marx y a Lenin contra nosotros. Antes de que aquel que sienta semejante inclinación siga leyendo, recomendamos una vez más el intento, a título de prueba, de aclararse a sí mismo cinco elementos concretos de la conciencia de clase y cinco impedimentos de la misma.

Despertará mucha oposición, entre aquellos que consideran la conciencia de clase como una cuestión ética, la siguiente afirmación:

La reacción política, con el fascismo y la Iglesia a la cabeza, exigen de la masa trabajadora renuncia a la felicidad terrena, disciplina, obediencia, privaciones y sacrificios para la nación, el pueblo y la patria. El que pidan esto no es el problema, sino el que vivan políticamente del cumplimiento de estas exigencias *por la masa*, y no sólo vivan, sino que además engorden. Se apoyan en los sentimien-

tos de culpabilidad de los individuos de la masa, en su humildad inculcada, en su propensión a soportar privaciones callada y dócilmente y aun, en ocasiones, con alegría y, por otra parte, en su identificación con el glorioso dirigente cuyo "amor por el pueblo" sustituye la satisfacción real de sus necesidades. Sin duda, la vanguardia revolucionaria misma está sujeta, por las condiciones de su ser y por los objetivos que persigue, a una ideología análoga. Pero lo que vale para el líder de la juventud no puede valer en modo alguno para la juventud dirigida. Cuando se quiere movilizar a la masa de la población contra el capital, desarrollar su conciencia de clase y llevarla a la sublevación, entonces se aprecia que el principio de resignación es perjudicial, insípido, estúpido y reaccionario. El socialismo afirma que las fuerzas productivas de la sociedad están lo bastante desarrolladas para asegurar a la gran masa de todos los países una vida correspondiente al nivel cultural de la sociedad. *Hay que oponer al principio de resignación de la reacción política el principio de la felicidad abundante sobre la tierra; se comprenderá que con esto no entendemos ni jugar a los bolos ni beber cerveza.* La humildad del "hombre sencillo", la virtud a los ojos de la Iglesia y del fascismo es, desde el punto de vista socialista, su mayor error, uno de los numerosos elementos que se dirigen contra su conciencia de clase. El economista socialista **clase contra nosotros mismos? Lo hará, sin** tes para que todos los trabajadores puedan vivir una vida feliz. Esta demostración ha de

llevarse a cabo en forma todavía más completa, detallada y continua, con toda la meticulosidad de las investigaciones científicas.

Al trabajador medio alemán u otro o al empleado no les interesaba el plan quinquenal de la Unión Soviética "en sí", como realización económica revolucionaria, sino solamente la cuestión de la satisfacción intensificada de las necesidades. Piensa más o menos así: "Si el socialismo sólo vuelve a traernos sacrificios, renuncia, miserias y privaciones, entonces nos es indiferente que esta miseria se designe con el nombre de socialista o capitalista. La excelencia de la economía socialista ha de demostrarse mediante el hecho de que satisface nuestras necesidades y va al paso que ellas van". Lo que significa que *el heroísmo de la dirección no se aplica a la gran masa*. Si en tiempos de revolución se imponen privaciones a las masas, entonces tienen ellas el derecho de exigir las pruebas más fehacientes de que esta privación se distingue, en cuanto fenómeno pasajero, de la del capitalismo. El llevar a cabo esta demostración constituye una de las múltiples dificultades en la comprensión de la teoría de la posibilidad del socialismo en un país. Esperamos indignación acerca de esta afirmación. No faltarán seguramente los reproches de mentalidad "pequeñoburguesa" y de epicureísmo. Sin embargo, Lenin prometió a los campesinos la tierra de los grandes terratenientes, pese a que sabía perfectamente que la distribución de la tierra fomenta la "pequeña burguesía"; llevó en gran parte la revolución a buen fin con esta consigna, *con los campe-*

sinos y no contra ellos; y no cabe duda que había violado un principio de la alta política y teoría socialistas: el colectivismo. En cambio, los revolucionarios húngaros tenían elevados principios, pero ningún conocimiento del factor subjetivo; *sabían perfectamente lo que exige la historia, pero no lo que exige el campesino*, socializaron inmediatamente la gran propiedad... y perdieron la revolución. ¿Basta este ejemplo, en lugar de muchos otros, para demostrar que los objetivos últimos del socialismo sólo pueden alcanzarse mediante la realización de los objetivos inmediatos, e insignificantes, de los individuos de la masa, esto es, mediante un vigoroso aumento de la satisfacción de sus necesidades? Es así y únicamente así como surge el heroísmo revolucionario de la *gran* masa.

Hay pocos errores que revistan la importancia de la idea de que la "conciencia de clase" es un concepto ético. La concepción ascética de la revolución sólo ha conducido siempre, hasta el presente, a complicaciones y derrotas.

La concepción de la conciencia de clase, esto es, si es de carácter ético o no ético, de naturaleza racional o no, se puede examinar bien con ejemplos:

Si dos individuos A y B pasan hambre, uno de ellos podrá resignarse, no robar y pedir limosna o morir de hambre; el otro, en cambio, tratará de procurarse alimentos arbitrariamente. Una parte importante del proletariado vive según los principios de B. Se le llama "lumpenproletariado". No compartimos en absoluto la admiración romántica de algunos por

el mundo de los criminales, pero la cosa requiere ser aclarada. ¿Cuál de los dos individuos que acabamos de designar tiene en sí mayor sentimiento de clase? Robar todavía no es un signo de conciencia de clase; sin embargo, una breve reflexión muestra —pese a nuestra repugnancia moral interior— que aquel que no se somete a las leyes y roba cuando tiene hambre, o sea, que manifiesta todavía voluntad de vivir, lleva en sí más energía para la rebelión que aquel que se entrega, sin protestar, al matadero del capitalismo. Creemos firmemente que el problema básico de una psicología correcta no es el de saber por qué roba el que sufre hambre, sino, inversamente, por qué *no* roba. Dijimos que robar no es todavía conciencia de clase; ciertamente. Un ladrillo solo no es todavía una casa, pero con ladrillos se construyen casas, y se requieren además tablas, cemento, vidrio, así como —pensamos en la función del partido— ingenieros, albañiles, ebanistas, etcétera.

Nos movemos en un atolladero si consideramos la conciencia de clase como un requisito ético y, en consecuencia, rivalizamos con la burguesía y sus defensores en la condena de la sexualidad de la juventud, del carácter de las prostitutas, del crimen, o de la inmoralidad del robo. ¿Está nuestra manera de ver en contradicción con los intereses de la revolución? ¿No podrá la reacción política utilizar nuestra concepción amoral de la conciencia de clase contra nosotros mismos? Lo hará sin duda, y lo hace de todos modos desde hace mucho, por más que tan a menudo demostre-

mos nuestra moralidad. De nada nos sirve, y no hace más que llevar a las víctimas del capitalismo hacia la reacción política, puesto que no se sienten comprendidas por nosotros. Y no por ello nos ve la reacción con mejores ojos. A sus ojos somos ladrones porque queremos expropiar la propiedad privada de los medios de producción. ¿Renunciaríamos por ello a esta nuestra intención básica, o la disimularíamos? ¿No utilizaría la reacción también esto en contra de nosotros?

Todo lo que actualmente se llama moral o ética está, sin excepción, al servicio de la opresión de la humanidad trabajadora. Podemos demostrar teórica y prácticamente que nuestro orden de la vida social precisamente *porque* puede ser amoral, puede remplazar el caos actual por un orden verdadero. La posición de Lenin con respecto a la cuestión de la ética proletaria partía inequívocamente del interés de la revolución proletaria. Todo lo que sirve a la revolución es ético, y todo lo que la perjudica es antiético. Tratemos de formular esto mismo en otra forma: *Puede considerarse como elemento de la conciencia de clase todo lo que se opone al orden burgués, todo lo que contiene gérmenes de rebelión; en cambio, consideramos como freno de la conciencia de clase todo lo que liga al orden burgués, lo apoya y refuerza.*

Cuando durante la Revolución de noviembre las masas desfilaron por el jardín zoológico, los manifestantes pusieron mucho cuidado en no pisar el césped. En esta anécdota, tanto por lo demás si es cierta como inventada,

está contenida y expresada sucintamente una buena dosis de la tragedia del movimiento revolucionario: *el aburguesamiento de los exponentes de la revolución.*

ALGUNOS ELEMENTOS CONCRETOS DE LA CONCIENCIA DE CLASE Y ALGUNAS INHI- BICIONES DEL INDIVIDUO DE LA MASA

Tratamos de agrupar aquí, sin mayor fundamentación teórica, formas de conducta del individuo medio, que en parte actúan específicamente en dirección de la conciencia revolucionaria y, en parte, como freno de su formación, lo que las convierte en actitudes psíquicas reaccionarias. Sólo tomamos en consideración hechos psíquicos orientados políticamente hacia la derecha o hacia la izquierda, mas no los hechos políticamente indiferentes, que pueden beneficiar por igual a todas las orientaciones políticas, como la elocuencia, facultades críticas, amor de la naturaleza, etc. Los ejemplos que siguen podrían multiplicarse a voluntad; los que se exponen han sido establecidos por mí juntamente con dos adolescentes.

EN EL ADOLESCENTE (DURANTE LA PUBERTAD Y LA POSPUBERTAD)

Desde siempre se han ocupado los diversos partidos políticos con especial interés de la juventud, no sólo porque tiene todavía un futuro ante sí, y no como la mayoría de los adultos —según una expresión acertada— “tras

de sí". Merece, por consiguiente, que se la anteponga. El que represente la edad más activa depende de su capacidad de entusiasmo, de su maduración sexual y de la capacidad de reconocimiento y acción. En sí mismas, estas características no están todavía orientadas específicamente ni hacia la izquierda ni hacia la derecha, ni en ninguna otra dirección. La Iglesia, por ejemplo, dispone de más jóvenes que los partidos de izquierda. Sin embargo, cabe distinguir y comparar los unos a otros sin gran dificultad, en el medio de la experiencia juvenil, elementos que impelen políticamente hacia la izquierda y otros que impelen políticamente hacia la derecha. En todo joven actúa una tendencia hacia la rebelión contra la represión autoritaria, especialmente contra los padres, que son los órganos ejecutivos corrientes de la autoridad estatal. Es esta rebelión, en primer lugar, la que suele atraer a los jóvenes hacia las corrientes izquierdistas. Va siempre ligada, con una necesidad más o menos consciente y urgente, a la realización de la vida sexual. Cuanto más claramente se desarrollan las tendencias heterosexuales naturales, tanto más asequible es el joven a las ideas revolucionarias; cuanto más actúa en su estructura la necesidad homosexual, y cuanto más esté reprimida la conciencia de la sexualidad en general, tanto más fácilmente será atraída por la derecha. La inhibición sexual y el temor de la actuación sexual, con el correspondiente sentimiento de culpa, son siempre contingencias que impelen hacia la derecha o inhiben, al menos, el pensar revolucionario. La vincula-

ción a los padres y a la casa paterna es un fuerte elemento inhibitor, *irreversible*. Llamaremos irreversibles aquellos hechos psíquicos que nunca pueden convertirse en elementos positivos de la conciencia de clase, esto es, que nunca pueden ser aprovechados por el partido revolucionario en interés de la revolución social. No se da en esto más que una sola excepción, concerniente a los hijos de los padres que piensan ya como revolucionarios; aquí la vinculación a los padres podrá ejercer efectos positivos, pero suele convertirse con igual frecuencia, como protesta contra los padres, en ideología reaccionaria.

Hay una necesidad que mueve a la juventud como ninguna otra, cuya satisfacción representaría para ella lo mejor, pero que, sin embargo, no se encuentra en ninguna proclama juvenil ni en ningún programa de juventud; se trata de la necesidad de una habitación, de un espacio propio. Puede ponerse como elemento positivo de la conciencia de clase, junto con la rebelión contra los padres, en un mismo rango. Se trata además de una necesidad que nunca debe ni puede ser satisfecha por el orden que quiere la reacción política. No se le opone ningún elemento inhibitor, y domina incluso a la muchacha, que por regla general es reaccionaria. La necesidad de vivir en una colectividad juvenil es otro elemento positivo; pero en sentido contrario a ella suele actuar al propio tiempo la liga familiar, la "nostalgia del hogar" y de la patria. En el caso de una organización apropiada de la colectividad, esto es, cuando ésta se convierte en patria, el efecto

de dicha liga puede eliminarse. El anhelo de la pista de baile es muy fuerte en todos los adolescentes casi sin excepción; constituye, a diferencia de la liga paterna, un elemento reversible, es decir que, inhibidor en circunstancias normales, puede fomentar poderosamente la unión revolucionaria, cuando el problema de las relaciones de la política con la vida privada se resuelve en forma revolucionaria; esto lo lograron bien, en Alemania, algunos líderes particularmente hábiles de grupos juveniles.

Hoy benefician mucho a la reacción política en Alemania la necesidad de colectividad y el anhelo de la pista de baile porque están *organizados*; entre las juventudes cristianas, en forma de "tertulias", y entre los nazis en las uniones colectivas de juventud.

De Alemania llegó la siguiente comunicación:

"Hace poco hablé con una estudiante de Berlín de diecisiete años, que pasó aquí sus vacaciones. Asiste a una escuela de Wilmersdorf y me contó, incidentalmente, algunas cosas que tal vez pueden interesarte.

"Los muchachos y muchachas de la Juventud Hitleriana y de la Alianza de Muchachas Alemanas gozan en la escuela y en el hogar de una libertad insospechada que, por supuesto, también repercute en la actividad sexual y en las amistades.

"Antes, una muchacha de su clase nunca se habría atrevido a permitir que un amigo la esperara delante de la escuela. Hoy, en cambio, los muchachos (de la Juventud Hitleriana sobre todo) esperan en grupos delante de la escuela y a todo el mundo le parece natural. A la Alianza de Muchachas se le llama ahora 'Bubi drück mich' (Muchacho, apriétame). El grupo de la Alianza

de Dahlem hubo de ser disuelto porque seis muchachas (de menos de 18 años) estaban encinta.

"Es sin duda interesante que el intento de organizar a la juventud conduzca a aflojar las trabas del hogar, porque estos ejemplos son ciertamente sintomáticos, lo que entretanto me ha sido también confirmado."

No es cierto que los muchachos y las muchachas gocen de una "libertad insospechada". El que afirma esto no ve las verdaderas condiciones, necesidades y contradicciones. También anteriormente esperaba algún joven a las muchachas delante de la escuela, aunque tal vez no precisamente de ésta. Únicamente a la luz de una moral farisaica se percibe el quedar una muchacha encinta o el "dejarse esperar" como signos de una "libertad sexual" de la juventud. Las libertades que la juventud de Dahlem ha conquistado ahora son cosas perfectamente naturales en Neuköln desde hace ya mucho. Pero de lo que se trata es de la cosa en conjunto. Hay que ver en primer lugar la enorme contradicción en que se encuentra metida la Juventud Hitleriana: por una parte, una severísima educación autoritaria militar y separación de los sexos y, por otra parte, a través de la colectivización de la vida de la juventud, ruptura de los vínculos familiares, perturbación de la moral familiar y, al mismo tiempo, una ideología familiar fascista más estricta. Los revolucionarios alemanes deben seguir con precisión el desarrollo de semejantes contradicciones y hacerlas ver claramente a los elementos afectados. En este caso hay que optar por el desprendimiento de la juventud del hogar paterno, pero destacar de la manera más clara la contradicción de este desprendimiento con la ideología oficial del dirigente y la familia. Ha de ponerse asimismo claramente de manifiesto que la juventud, que aspira a pasar de las trabas del hogar paterno a la *libertad y la*

autodeterminación, con lo que estamos de acuerdo y nos proponemos realizarlo, cae, en realidad, *en otra relación de autoridad*, esto es, en la del campamento del servicio social o de la unión fascista, donde han de callarse nuevamente la boca. Las contradicciones se hacen más obvias precisamente en el terreno sexual. La "conducta más libre" corresponde a las tendencias progresistas de la Juventud Hitleriana, en la medida en que, aunque confusa y subjetivamente, es revolucionaria; en cambio, una verdadera dirección social revolucionaria jamás disolvería una agrupación de muchachas porque algunas quedarán embarazadas; esto significa, en realidad —lo que en forma ingenua el corresponsal no sabe ver—, que la conducta descrita de la juventud no le agrada en absoluto a la dirección del Partido Nationalsocialista y es contraria a sus propósitos. Contradice toda su concepción moral. Necesitamos aclarar completamente a estos muchachos y muchachas hitlerianos su derecho a la plena autodeterminación y a la atención social de sus necesidades y, en primer lugar, también de las sexuales. Si en lo que está actualmente dado se ve ya la libertad sexual, entonces se pasan por alto dos cosas: en primer lugar, que basta ya esta nimiedad para provocar la intervención del aparato del Estado y, en segundo lugar, que éstos no son más que los primeros intentos, que no permiten todavía hablar de libertad:

mientras que tanto la ideología estatal como la social estén en contra;

mientras los muchachos y las muchachas no dispongan de habitaciones cuando no quieren ser molestados, ni de medios anticonceptivos para evitar el embarazo, ni de saber alguno acerca de las necesidades y las dificultades de la vida sexual en general;

mientras sigan siendo educados de tal modo

que incurrir en graves conflictos tan pronto como empiezan siquiera a vivir sexualmente;

mientras los muchachos y las muchachas vivan separados en las agrupaciones;

mientras no puedan decidir conjuntamente con sus profesores *cómo* deben estructurarse su enseñanza y su preparación para las tareas de la vida social;

mientras aprendan a saber los años del nacimiento y la muerte de los reyes prusianos y no la historia de los últimos y más pobres muchachos y muchachas de los suburbios de Berlín, Hamburgo, Jüterborg, y de la más insignificante aldea rural.

El ideal de la juventud no puede en modo alguno consistir en servir ciegamente a un dirigente y en morir por los intereses, disfrazados de patrióticos, de los capitalistas, sino únicamente en comprender su propia vida y en modelarla según su propia voluntad. La juventud sólo puede ser responsable ante sí misma. Entonces y sólo entonces desaparecerá el abismo que separa a la sociedad y su juventud.

Y si la juventud empieza por percatarse del abismo que actualmente la separa de la sociedad, entonces se dará cuenta asimismo de que está oprimida y estará madura para la revolución social. Y si lograra eliminar el abismo, transformar el orden social de acuerdo con sus necesidades y crear a su afán de libertad vía libre, de modo real, concreto y objetivo, entonces se habría transformado en brazo ejecutor de la revolución social.

No podemos demostrar *teóricamente* la necesidad de la revolución social a la juventud de todos los países y todos los continentes, sino desarrollarla solamente a partir de sus angustias y contradicciones. Y en el centro de estas necesidades y contradicciones figura la cuestión enorme de la vida sexual de la juventud.

En contraste con la creencia corriente de los partidos políticos actuales, el trabajo de la juventud muestra que la comprensión de la situación de las clases por parte del joven medio es o muy superficial y fluctuante, o bien, si es auténtica, es muy rara de encontrar, esto es: únicamente en jóvenes intelectualmente más maduros de lo que a su edad corresponde, o en aquellos que provienen de un hogar de ideología revolucionaria en el que no sufrieron opresión alguna. Por lo demás, la situación del aprendiz produce más bien un embotamiento indiferente que un espíritu revolucionario. Éste sólo podría hacerse positivo, eventualmente, en conexión con otros elementos específicos de clase, como por ejemplo, la necesidad de un tiempo libre más bello. También el hambre es más bien, contrariamente a las ideas vulgares al respecto, un elemento de la dejadez y de la formación de camarillas que de la conciencia de la situación de clase. La encontramos también con la misma frecuencia o con mayor frecuencia todavía, junto con otras privaciones, tanto entre la juventud hitleriana como entre la cristiana. También estos elementos pueden convertirse en fuerzas formidables de sentido positivo, si se los comprende en conexión con el anhelo juvenil de aventuras románticas, con su necesidad sexual y con su relación para con los padres. Necesitamos ver claramente que el hambre por sí sola cuando no desmoraliza, empuja hacia las diversas organizaciones burguesas de beneficencia. Según la experiencia concreta, el hambre opera mucho más revolucionariamente en el joven, en

conexión, por ejemplo, con el miedo de la educación del establecimiento de asistencia pública, en el que intuye fácilmente la institución de clase.

La propensión hacia la vinculación a un dirigente y a ideas determinadas no tiene nada de específico, desde el punto de vista político, en los jóvenes, sino que se deja utilizar en cualquier dirección y constituye, por consiguiente, un elemento perjudicial, si el partido revolucionario no se la sabe conquistar apropiadamente.

La afición a los deportes, el gusto por el porte militar, con uniformes que gustan a las muchachas (e inversamente), y por los cantos militares son más bien, en las condiciones actuales del movimiento proletario, elementos inhibidores, porque la reacción política cuenta con mayores posibilidades de organizar estas necesidades. El fútbol, en particular, actúa directamente como elemento que despolitiza y, por consiguiente, fomenta tendencias reaccionarias. Sin embargo, estas tendencias son reversibles en principio, y también la izquierda las puede aprovechar si se ha descartado previamente el punto de vista economista de la fuerza todopoderosa del hambre.

El que estas contradicciones no hayan sido resueltas ni hayan sido desarrolladas las tendencias prorrevolucionarias o eliminadas las inhibiciones por las organizaciones revolucionarias, lo que no debe achacarse a la ausencia de sentimiento de clase sino solamente a las fallas psicológicas de la labor revolucionaria, esto lo demuestra la enorme fluctuación del

número de miembros de las asociaciones revolucionarias. Únicamente una minoría evanescente resistió, y aun ésta sólo por unos pocos años. No tengo cifras a mi disposición, pero la experiencia muestra que en el curso del último decenio desfilaron por las organizaciones revolucionarias millones de jóvenes y adultos, hombres y mujeres, individuos de todas las extracciones sociales, pero sin adherirse a la causa revolucionaria, sin ligarse a ella. ¿Qué fue lo que les atrajo de la organización revolucionaria? No fue en todo caso un uniforme ni ventajas materiales de cualquier tipo, sino solamente un vago convencimiento socialista, un sentimiento revolucionario. ¿Y por qué no se quedaron? Porque la organización no supo cultivar ni aquel convencimiento ni este sentimiento. ¿Por qué se entregaron luego a la indiferencia o a la reacción política? Porque llevaban también en ellos una estructura burguesa contradictoria que no había sido destruida. ¿Y por qué ésta no se destruyó y se fomentó y desarrolló lo otro? Porque no se sabía ni lo que había que fomentar ni lo que había que destruir. Con la simple "disciplina" esto no podía conseguirse. Ni desfilando al son de bandas musicales, porque esto podían hacerlo los otros mucho mejor. Ni tampoco con consignas, si no eran concretas, porque la gritería política de los otros era mejor y más fuerte. Lo único que la organización revolucionaria hubiera podido brindar sin competencia a las masas —y en realidad no lo hizo—, lo único que hubiera podido retener a las masas que aflúan y atraer a otras habría sido

el conocimiento de aquello que, sin saberlo claramente, deseaba el esclavo iletrado del capitalismo, el criado oprimido, sediento a la vez de libertad y de protección autoritaria: verterlo en palabras, pronunciarlo en su lenguaje *para él*, pensarlo *para él*. Pero una organización que rechaza toda psicología como contrarrevolucionaria no podía estar a la altura de semejantes tareas.

¿Cómo se presenta la conciencia de clase, en grandes líneas...

EN LAS MUJERES?

Las fórmulas "integración en el proceso de la producción", "independencia con respecto al hombre", "derecho sobre el propio cuerpo" (y aparte de repetir estas fórmulas no se hizo nada más) no decían gran cosa. Sin duda, el deseo de independencia económica, de independencia con respecto al hombre y, ante todo, de independencia sexual, es el elemento más importante de la conciencia de clase de las mujeres. Pero el miedo de perder mediante la legislación conyugal soviética al marido y protector, de no tener un objeto sexual jurídicamente asegurado, y el miedo de la vida libre en general que domina a todas las mujeres, así como su fuerte capacidad de vinculación, etc., todos éstos son elementos inhibidores negativos igualmente fuertes. En particular la preocupación de que mediante la anunciada educación colectiva de los niños éstos les fueran "quitados" constituía un obstáculo pode-

roso de la claridad política hasta entre las mujeres comunistas, no por cierto en la asamblea en la que ellas mismas defendían dicha educación, sino con tanta mayor fuerza en los conflictos hogareños con el esposo, en las inhibiciones políticas y, muy especialmente, entre las mujeres pequeñoburguesas. Había que saber que la rebelión contra el matrimonio en cuanto atadura económica y limitación sexual hubiera podido convertirse en un poderoso activo del movimiento revolucionario si estas cuestiones, de capital importancia para la mujer, se hubieran expuesto con toda extensión y en forma veraz y objetiva. En lugar de esto, los propios propagandistas, sin tener una idea clara de ellos mismos, no hicieron más que sembrar la confusión al hablar por un lado del matrimonio soviético y celebrar, por el otro, que en al URSS volvieran los matrimonios a fortalecerse. Ante esto, la mujer reflexiva media sólo podía decir: "Aquí propagáis la disolución del matrimonio y la familia, y allí la mujer sigue dependiendo del hombre" o bien, inversamente: "Lo que queréis es entregarnos a los hombres". Semejantes contradicciones requieren la investigación científica más esmerada por parte de grupos de psicólogos profesionales y su manipulación más precisa por parte de las organizaciones políticas. No se trataba solamente de las trabajadoras a las que la labor en la fábrica ha madurado, orientadas más inequívocamente hacia la izquierda, que tampoco estaban incluidas, sino de la enorme mayoría de las amas de casa, trabajadoras domésticas, tenderas, empleadas de grandes

almacenes, etc. Según nuestra experiencia, la relación sexual extramatrimonial, o la tendencia hacia la misma, constituye un elemento susceptible de desplegar una gran eficacia contra influencias reaccionarias. Sin embargo, toda vez que siempre va aparejada al anhelo de seguridad conyugal, no basta la simple fórmula de la abolición de la diferencia entre legítima e ilegítima, de la ley soviética, para desarrollar dicha relación. Revolucionaria en la empresa, más de una mujer es reaccionaria en la casa. Son en primer lugar puntos de vista morales y culturales los que actúan en contra de los intereses críticos, económicos y sexuales, que se rebelan. En la campaña en favor de los derechos de la mujer de las diversas organizaciones burguesas residen poderosos impulsos revolucionarios, favorables siempre a la independencia económica de modo consciente, a la independencia sexual de modo inconsciente, y favorables, en todo caso, al cambio de lo existente, al nuevo orden. Únicamente el socialismo puede responder prácticamente a estas cuestiones, pero los socialistas no se esfuerzan por aclarar esta confusión ideológica de las mujeres, por hacerles ver que quieren al propio tiempo cosas contradictorias, que intuyen objetivos socialistas, pero no aciertan a formularlos claramente, y que por ello caen en una rebelión sentimental o pankhurstiana. Ya mediante el solo planteamiento de las innumerables pequeñas y minúsculas cuestiones de la vida personal, en conexión con la social, *podría ponerse al menos la cosa en movimiento*, se promoverían discusiones y ganaría aquel

que tuviera algo que decir; y sólo podrían ser los socialistas, si no estuvieran enredados en debates formalistas de partido. El reaccionario fracasaría crasamente si tuviera que responder a disquisiciones objetivas. En Alemania, a fines de 1933, se desarrolló entre las mujeres un movimiento muy singular e instructivo, en el que podría estudiarse prácticamente la dialéctica, mejor que en los libros: protestan contra la ligazón a la intimidad del hogar, lo que es ya un elemento revolucionario, pero quieren ser, a cambio, "en su posición de mujeres alemanas, luchadoras como Brunilda", lo que en esta forma resulta reaccionario. Debemos reconocer con toda claridad que la ideología de la madre, fomentada por los nazis con todos los medios, contiene un núcleo antisexual que hay que poner al descubierto: ser madre se opone a ser amada. Las mujeres quieren ambas cosas, pero no encuentran la salida de la contradicción en la que estas cosas se han convertido merced a la moral capitalista, y se niegan a sí mismas, bajo la presión de la reacción política, como seres sexuales. La propaganda en favor de los derechos de la mujer, reaccionaria en su forma actual por cuanto que está dirigida *contra* el sentimiento de clase, es fácilmente reversible, porque impone transformaciones. También en las mujeres hay que observar que el hambre y la preocupación por la alimentación de los hijos raramente da pie a un pensar revolucionario y produce con mucha mayor frecuencia miedo de la política en general, insistencia en frenar la actividad política del marido y de los hijos que contribuyen

a alimentar a la familia, así como embrutecimiento o prostitución. Estas preocupaciones y estos temores pueden convertirse en fuerzas propulsoras esenciales de la conciencia de clase si se logra ponerlas en la conexión adecuada con otras fuerzas y contrafuerzas. Es muy difícil, por ejemplo, la cuestión de saber si la afición a adornarse y al embellecimiento del cuerpo, que hoy constituyen un grave impedimento del pensar y sentir revolucionarios, serían reversibles en alguna forma. No creemos que ninguna organización revolucionaria logre jamás imponer al conjunto de las mujeres la sencillez y el gusto por la falta de adornos que imperan en algunas mujeres comunistas. Entre el reconocimiento de la superficialidad burguesa y el de la forma de vida ascética hay que encontrar el camino que tenga en cuenta tanto las exigencias de la lucha de clases como la necesidad natural de adorno. Que no crean nuestros políticos que estas cosas son indignas de tomarse en cuenta. En tal caso les recomendaríamos estudiar el mecanismo mediante el cual la reacción política detiene a las mujeres en su situación. En el movimiento femenino figura indudablemente en primer término la cuestión del futuro de la familia y de la crianza de los hijos. En las organizaciones sexualpolíticas alemanas, la explicación de que el socialismo no hace más que conferir a la vida común de hombre, mujer e hijos otras formas y que, ante todo, la sedicente destrucción de la familia a través del bolchevismo significa el desprendimiento de los intereses sexuales con respecto a las

vinculaciones económicas se manifestó prontamente como favorable al acceso de las mujeres al socialismo. La evolución actual de la ideología familiar en Alemania merece la mayor atención, como por ejemplo la contradicción entre la familia y el servicio de "guardias de asalto" de los jóvenes. Sólo del conocimiento exacto de la política femenina surgirán sus medios futuros. Toda vez que a causa de la presión sexualmoral la prostitución aumentará necesariamente con el fascismo, la conquista de las prostitutas constituye también un elemento de la política proletaria desde muchos puntos de vista.

Si existen o no en el pueblo conciencia de clase o inicios de ella y qué debería hacer la dirección revolucionaria, esto puede ilustrarse con fundamento en muchos acontecimientos tanto grandes como pequeños en Alemania. Ya aludimos al "movimiento de las Brunildas" mediante el cual las mujeres se rebelan confusamente contra la vuelta al hogar y la esclavitud conyugal. No hace mucho, Goebbels tuvo que tomar partido respecto a una cuestión sumamente delicada para el nacionalsocialismo. Después de la toma del poder, el Partido Nacionalsocialista había reforzado considerablemente las leyes contra el aborto y los anti-conceptivos; había entregado la educación de los niños completamente a las organizaciones religiosas y a las militares; había proclamado la familia como la base de la nación y del Estado, y había acuñado la frase: "La mujer alemana no fuma", al paso que combatía la melena, reintroducía los prostíbulos, excluía

a las mujeres de las empresas, devolvía al marido una posición privilegiada antediluviana, y muchas otras cosas más. Ellos mismos habían puesto, pues, en marcha, completamente en el sentido de su función histórica, la reacción cultural más violenta. Naturalmente, muchos de sus funcionarios llevaron estas medidas a ejecución tal como estaban concebidas. En una pequeña ciudad una empresa productora de jabón había sacado un cartel en el que una linda muchacha tiene en la mano un detergente. Un funcionario nazi prohibió el cartel, porque ofendía "los sentimientos morales del pueblo"; este y otros hechos parecidos dieron la pauta a Goebbels para arremeter contra "los moralizadores incompetentes y los presuntos apóstoles de la castidad". Impugnó la censura de las costumbres y censuró las tendencias que de buena gana introducirían en la ciudad y el campo comisiones de honestidad que conducen a la gazmoñería, a la práctica de la denuncia y al chantaje. Declaró que las mujeres tenían ya salir solas o estar solas en un restaurante, o salir con un joven sin una dama de compañía, acicalarse, etc. Literalmente: "...y si alguna vez fuman un cigarrillo en la casa, en el seno de la familia o en sociedad, no por ello han de ser condenadas y repudiadas". Y añadía que el nacionalsocialismo no era en modo alguno un movimiento de moji-gatos, que no había que quitarle al pueblo la alegría de la vida, y que había que alcanzar más optimismo y menos gazmoñería, más moral y menos moralina. ¿Cómo hay que entender esto? ¿Qué enseña este discurso?

Primero, que la política cultural nacional-socialista había provocado indignación entre las mujeres corrientes, pues en otro caso no habría hablado Goebbels en esta forma.

Segundo, que la indignación hubo de ser grande, porque en otro caso no habría debido intervenir Goebbels, como ya en una ocasión lo había hecho Roehm antes que él, en un sentido contrario al nacionalsocialismo y a su ideología. Los dirigentes nazis son sumamente hábiles desde el punto de vista de la psicología de masas y prefieren borrar un principio de su *Weltanschauung* que poner en peligro la base de su poder.

Tercero, que en realidad nada tiene que decir, y que ni comprende ni puede dominar la contradicción en que el nacionalsocialismo, con su ideología reaccionaria, se encuentra frente a los partidarios de espíritu revolucionario, lo que puede observarse en *todos* los dominios.

Cuarto, que tenemos aquí en forma confusa e impura un elemento de conciencia de clase socialista, del que podría partir la labor revolucionaria si hubiera empezado por aclararse el problema a sí misma: el problema de la psicología de las masas reside en que necesitamos *confirmar* al partidario nazi, con la prueba del resultado reaccionario, *su espíritu revolucionario*, y en cambio, hemos de poner al descubierto, mediante la propaganda, la inhibición *pequeñoburguesa* del miembro del Partido Socialista, lo mismo que, en conjunto, hay que exponer ante todo las contradicciones a la luz deslumbradora, en lugar de no ver en el indi-

viduo de la guardia de asalto más que el reaccionario y en el miembro del Partido Socialista más que al revolucionario que "sigue sin querer ver".

Quinto, que una intervención de esta clase por parte de Goebbels asegura inmediatamente al nacionalsocialismo los partidarios que antes vacilaban y le conquista otros nuevos, al paso que quita la seguridad a los adversarios, si no se muestra concretamente el carácter insoluble del problema conjunto del Tercer Reich. ¿En qué consiste la insolubilidad?

El fortalecimiento de la familia y la vinculación de la mujer al hogar requieren medidas como las que adoptó el nazi consecuente, pero contradicen totalmente el optimismo proclamado expresamente para atenuar la rebelión. Además, el núcleo más importante de la ideología nazi es su moral (honor, pureza, etc.). Ahora bien, si en una asamblea se hubiera levantado un individuo cualquiera que simplemente reflexiona y hubiera preguntado en qué se distingue concretamente la moral de la moralina, todos los funcionarios nazis se habrían sentido profundamente confundidos. Sólo que la pregunta hubiera debido formularse concretamente. Así, pues, prohibir que una mujer salga sola con un joven sería moralina, y no la moral que exige el nacionalsocialismo; de modo, pues, que estaría permitido que una mujer saliera sola. Pero, ¿qué ocurre si el joven besa a la mujer? ¿Es esto moralina o moral todavía? ¿O si pretende incluso establecer con ella una relación amorosa? Esto forma parte de la alegría del vivir, ¿o no? Y si en este as-

pecto sacrificara el nacionalsocialista más todavía y admitiera hasta el amor libre, lo que no nos sorprendería en absoluto, entonces cabría seguir preguntándole si esto no perjudicaría el fortalecimiento del matrimonio y de la familia, si se admitía así abiertamente y qué sería además de los niños que de tales uniones nacieran; si nuestro nazi aceptara también esto y proclamara que un niño es igual a otro niño con tal que descienda de arios, entonces estaría justificada la pregunta complementaria de si todo acto amoroso debería conducir al embarazo, y si no, qué tendría que hacerse en contra, etc. Se nos concederá que, en esta forma, podría desarrollarse un debate público acalorado, en moldes totalmente apolíticos, susceptibles de resultar cien veces más desagradable para los nazis que mil hojas volantes ilegales, por la sencilla razón de que los propios nazis, sin darse cuenta de ello, harían propaganda en favor nuestro. ¿Que no existe conciencia de clase alguna? ¡La hay en todas las hendeduras de la vida diaria! ¿Que no es posible desarrollarla sin ir a dar a la cárcel? Plantead preguntas que asalten a todo nazi de la manera más directa, tales que la reacción jamás pueda contestar, y no necesitaréis reflexionar acerca de la cuestión de la conciencia de clase. ¿Que éste es el papel de la vanguardia en la ilegalidad? ¡Hela aquí enterrada! En los contenidos concretos de la democracia proletaria, y no en la palabra o la consigna de la democracia proletaria, de las cuales noventa entre cien nada despiertan en la imaginación. Podrían reunirse ejemplos por millares de to-

dos los dominios para demostrar que no hay ni una sola pregunta que, planteada en forma concreta y consecuente y pensada hasta sus últimas consecuencias, pueda ser contestada por los nazis, ya se trate de la religión, del sindicato, de las relaciones del empresario con los trabajadores, de las perspectivas de la clase media, etc. Lo único que importa es plantear preguntas típicas, que interesen a todo el mundo y que inicialmente no estén programadas, de la vida auténtica del individuo en la reacción. La dirección revolucionaria no tiene actualmente tarea más importante que buscar los puntos débiles del nacionalsocialismo y llevar las discusiones entre las masas *de tal modo* que no se interrumpan nunca, sino que se prosigan sin cesar, sin que haya realmente peligro. La revolución sólo puede desarrollarse a partir de las contradicciones de la vida actual, y no de los debates acerca de los antagonismos norteamericano-japoneses o de exhortaciones a manifestaciones y huelgas que nadie puede llevar a cabo. Ni tampoco pintando a los nazis como criminales y sádicos, sino únicamente mediante la confrontación de su empeño subjetivo y su incapacidad para resolver problemas.

No deberíamos otorgar gran importancia, ni para demostrar ni para refutar, al hecho de que nuestros puntos de vista son o no acertados en un ciento por ciento, son realizables o no en un ciento por ciento. El acierto ha de demostrarse en la práctica. Sólo hemos de poner el mayor empeño en ver lo que ocurre en la realidad, lo que interesa a las grandes masas y dónde se encuentran las contradicciones de

la reacción. Una teoría no puede estar terminada en los comienzos de una acción, sino que ha de ir formándose en el curso de ésta y depurándose de sus errores. Y lo que acabamos de decir se aplica asimismo al dibujo en esbozo de los elementos concretos de la conciencia de clase y de su contrario...

EN LOS TRABAJADORES ADULTOS

El trabajo colectivo en la fábrica constituye indudablemente la fuente más importante del sentimiento de clase. Sin embargo, ser proletario y trabajar en la fábrica no significa todavía tener conciencia de clase, ni tampoco estar organizado sindicalmente, aunque ambas cosas sean premisas sociales indispensables de esta conciencia. He aquí la prueba: en Alemania hay muchos individuos, organizados anteriormente en sindicatos libres, que hoy eligen mecánicamente al sindicato nacionalsocialista, con o sin reparos, tal como en su tiempo lo hacían antes por la unión de trabajadores. Una vez que al obrero le ha entrado en la sangre estar organizado, como es el caso del obrero alemán, sufre a menudo la conciencia de la *forma de la organización*. La propaganda nacionalsocialista del "honor del trabajo", de "la 'igualdad' del empresario y el obrero", o de la unidad de la empresa como de la nación puede aturdir fácilmente al obrero corriente, sobre todo si es un convencido de la teoría socialdemocrática de la paz económica. Su debilidad psíquica es tal, que se siente satisfecho

cuando se le asegura que es "un miembro cabal de la nación" y, sobre todo, si se le entrega un uniforme correspondiente a su condición. El que subestime la fuerza material de la ideología nada logrará. En nuestro período histórico ella ha revelado ser más poderosa que la fuerza de la carencia material; de no ser así, no estarían Hitler y Thyssen en el poder, sino los obreros y los campesinos. Y los nacionalsocialistas saben perfectamente lo que está en juego cuando lisonjean a los obreros. Sopesan exactamente cuánto veneno ideológico han de inyectar a la clase obrera para convertir en ley un derecho del trabajo como el de enero de 1934. Son lo bastante inteligentes para saber que no pueden promulgar una ley semejante sin suicidarse si *primero* no han hecho efectiva una estrecha vinculación del trabajador con su ideología. Por espacio de varios meses Ley había trabajado antes que apareciera la ley. Si sólo contemplamos hechizados la brutalidad de esta ley que roba al trabajador hasta lo último, y olvidamos que nosotros vemos la cosa con *otros* ojos y de *otra manera* que el trabajador ideológicamente preparado, entonces sólo expresaremos *nuestros* pensamientos y *nuestras* contradicciones cuando hablemos, pero no *los suyos*. También a nuestra labor sindical ha de preceder un trabajo ideológico, un trabajo prolongado, cuidadosamente pensado, tendiente a saber dónde ha sido *ideológicamente* obstruido el obrero. Sin duda, el obrero se da perfecta cuenta de la acción emprendida contra él —una parte importante de su conciencia de clase—, pero

tiene también pensamientos y sentimientos de los que echar mano para no dejar que llegue por completo a su conciencia toda la gravedad de su situación, que no puede dominar, con lo que se hace asequible a ilusiones. El saco de patatas que Hitler regaló tenía un 99 por ciento de objeto ideológico y el uno por ciento de objeto práctico. Y lo mismo cabe decir de la reducción de las tarifas de los tranvías, etc. El obrero preparado para la lucha de clases no se dejará engañar a menudo, pero muchos otros se dejaron desmoralizar. Solamente la minoría está preparada, en tanto que la mayoría, gracias a la política de los sindicatos libres, nunca ha hecho huelga; apenas y si hay ya obreros "peligrosos" en las empresas. Así, pues, por mucho que el trabajador se percate de lo que está ocurriendo, se encuentra privado de dirección, y ha de alimentar necesariamente en su interior la ilusión de que Hitler obra, después de todo, de buena fe y hace efectivamente algo "también para el obrero". Acepta la limosna, sin tener conciencia de que, en realidad, el verdadero dueño de la producción es él, y de que no se le puede regalar nada. La cólera que produce el que el empresario obtiene de la empresa mil veces más que él, que tiene los mismos derechos, sólo invade a aquel que no está oprimido por el punto de vista de que: "vale más un saco de patatas que estar en el arroyo". Así, pues, si preguntamos qué es lo que *impide* el efecto del saco de patatas de limosna sobre su indignación de clase, podremos observar que como elemento más importante actúa su *responsabi-*

lidad familiar. No se lo conducirá jamás al pensamiento de clase exhortándole simplemente a hacer huelga, como lo hacen los totalmente limitados, que no saben lo que sucede en el interior de un obrero, ni tampoco invitándole a ingresar en sindicatos clandestinos, difamados y gravemente amenazados, en los que no tiene confianza alguna; hay que empezar por pertenecer ante todo, en cuanto obrero revolucionario, al sindicato nacionalsocialista y mostrar a los colegas que se comprenden sus dificultades secretas, inexpresadas, como por ejemplo, que por consideraciones de familia contengan su indignación y ni siquiera se permitan pensar en ella. Existen dificultades típicas, apenas conscientes, que afectan de igual modo a millones de trabajadores. De igual modo que para el joven obrero medio la cuestión de la habitación y de su novia al lado del salario, representa la dificultad típica más corriente, para el adulto lo es la responsabilidad familiar, la que, sin embargo, no debemos equiparar sin más a la vinculación familiar burguesa. Si se le dice: "huelga", no entiende lo que se le quiere decir, o simplemente da la espalda. En cambio, si se le expusiera claramente (presentado aquí en forma muy esquemática) que está confuso y vacila entre una indignación que no se manifiesta, en parte porque no sabe si Hitler es un esclavo de los empresarios o un dirigente nacional sincero que quiere cuidar de *todos*, como podría darlo a entender por ejemplo el saco de patatas, que está impresionado por los discursos y las fiestas, cree en alguna forma en la buena voluntad y, además, prefiere

de todos modos resignarse, porque es padre de familia y demás, entonces lo hemos comprendido, cosa que él percibe inmediatamente; entonces nos hemos portado como verdaderos revolucionarios, porque así hemos ganado a un trabajador, si no inmediatamente para la huelga, sí con seguridad para más adelante, cuando tales islas de la comprensión de la psicología de las masas se vayan juntando en pueblos, ciudades y provincias; cuando empiece a extenderse como una avalancha el sentimiento de que hay gente que sabe exactamente qué es lo que lo llena a uno, lo indigna, lo retiene, lo impele y lo ata al propio tiempo. No habría necesidad de entregar individualmente este tipo de hojas volanderas ilegales porque nos las arrancarían de las manos, y sus autores no trabajarían con el sentimiento de la inutilidad, como lo hacen cuando informan una y otra vez acerca de torturas y mentiras, sino con el sentimiento del contacto directo con los verdaderos trabajadores indiferentes, que son los que interesan. Esto sería indudablemente remplazar la propaganda ilusoria por la verdad, la inútil gritería política por el dominio objetivo de la situación.

Las pequeñas contingencias descubren a menudo más que los grandes acontecimientos. Una contingencia insignificante de esta clase nos mostrará lo que quiero decir cuando hablo del pensamiento de clase y su freno, siendo que de hecho es la ideología sexual burguesa la que representa las más de las veces el elemento obstaculizante. En un tren local austriaco algunos trabajadores y campesinos ha-

blan de política, de asuntos personales y de anécdotas de mujeres, todo entremezclado. En esto opina un joven obrero, por lo visto casado, que la cosa está tan mal con las leyes, que éstas están hechas para los ricos y que los pobres nada sacan de ellas. Escuché, para oír lo que este obrero con conciencia de clase tenía que decir. Siguió: "Una de estas leyes, por ejemplo, es la del matrimonio. Se dice en ella que el hombre puede azotar a la mujer. Pero esto sólo lo puede el rico, porque si un pobre le pega a su mujer, siempre lo castigan". Esto podrá ser exacto o no, pero, en todo caso, es sumamente característico de lo que piensa un trabajador corriente. Se sitúa a sí mismo, pobre, frente al rico y percibe la desigualdad; en esto tiene puntos de partida para una actitud de clase; pero le gustaría tanto administrar, de acuerdo con la ley, unos buenos golpes a su mujer; en esto se siente perjudicado y, concretamente, desde el punto de vista de clase. La moral sexual burguesa se enfrenta a la conciencia de clase en uno y el mismo trabajador. El derecho de propiedad sexual que el Estado de clases otorga al marido y el poder de éste sobre la mujer y los niños es uno de los mayores obstáculos al desarrollo de la conciencia de clase en todos los miembros de la familia. Repercute desmoralizando a todos los interesados, liga al marido al orden burgués y le hace temer, en secreto o abiertamente, el orden soviético, le impide, literalmente, la labor política, etc. Ésta no es una cuestión ética, sino política, y sólo puede ser tratada como tal, precisamente en la primera línea de la

propaganda revolucionaria y no en la trastienda de la política, como hasta ahora; aquí se encuentra tal vez la región más importante y políticamente más eficaz de la vida privada del hombre. Tiene exactamente el mismo significado reaccionario dentro del proletariado que por ejemplo la campaña de las casas y el movimiento en pro de los jardines obreros como pequeña acción política familiar de la pequeña burguesía. Destacan, además, como elementos negativos inhibidos de la conciencia de clase, las agrupaciones masculinas y la vida de taberna, y entre la pequeña burguesía especialmente la pequeña propiedad. La menor parte de los pequeños propietarios sabía que en un principio la revolución no toca para nada la pequeña propiedad. El afán de hacer carrera, la identificación con la empresa, eventualmente el orgullo del desarrollo de una empresa capitalista en el trabajador, la aspiración a una seguridad económica continua, como por ejemplo, en la burocracia y como futuro pensionado, todo esto actúa siempre contra la formación de una conciencia de clase si el partido revolucionario no informa positivamente de la manera más precisa acerca de todas estas cuestiones, si no responde a *todas* las capas concretamente la pregunta: ¿qué será de mi casita, de mi huerto, de mis visitas a la taberna, de mi club de bolos, de mi dominio sobre mi esposa y mis hijos, de mi derecho de pensión, de la empresa de la que me siento tan orgulloso, después de la revolución? Puede verse en esta enumeración concreta cuán erróneo resulta querer delimitar y determinar de

antemano el papel y el lugar, por ejemplo, de la política sexual. No es ésta la única política contra la reacción política, como se atribuye creerlo a los sexualpolíticos, ni solamente una cuestión del movimiento en favor de la reforma sexual, antes bien, está repartida en preguntas concretas de la vida, aquí como elemento de la conciencia de clase, como en los jóvenes, allá como inhibición de su desarrollo, como en el caso de la mujer casada, etc. Forma parte de la labor revolucionaria incesantemente, está en íntimo enlace con cuestiones no sexuales, puramente económicas o artísticas, y se puede separar tan poco de éstas como tampoco las separa la vida.

¿Cómo se presentan ahora los elementos de la conciencia de clase revolucionaria y sus impedimentos...

EN EL NIÑO?

El movimiento infantil ha constituido siempre uno de los puntos más débiles en el campo revolucionario. No creemos en absoluto, como se nos imputa, saberlo todo ni podemos resolver de una vez todas las cuestiones. No hemos hecho más que ver algunos estados de cosas y ponerlos al descubierto, estados de cosas que ahora hay que seguir desarrollando, y sólo pedimos a nuestros compañeros de lucha que no critiquen sin ton ni son y que, en lugar de hablar de leninismo, lo apliquen correctamente, volviendo siempre a "aprender, aprender y aprender" a verlo todo como nuevo y a com-

prenderlo absolutamente todo como nuevo, sin excepción. Dije ya que la política infantil proletaria era demasiado árida, racionalista y poco adecuada; que ante todo, con excepción de muchos dirigentes de grupos infantiles aislados muy listos, no sabía cómo siente el niño en realidad y cómo piensa. También en este lugar podemos hacer poco más que insinuar, en vez de exponer en detalle, y esperar la verificación objetiva por las instancias competentes.

El hambre, la subalimentación real, constituye sin duda en los niños una experiencia que les troquela de modo imborrable el abismo que los separa de los "niños ricos", pero que en sí *no* revoluciona. Despierta mucho menos odio contra los que poseen que envidia, humillación y tendencia a robar, como por ejemplo, en las pandillas de niños desamparados. Si se quisiera basar el trabajo infantil en el hambre efectiva, se tendría una base demasiado estrecha, porque necesitamos abarcar los múltiples niños que efectivamente padecen hambre; por otra parte, la pobreza nunca es absoluta, sino siempre relativa con respecto a aquel que tiene más. Lo que aquí interesa, pues, es la manipulación de la envidia y la modestia, que se desarrollan a partir de la privación continua e inhiben el sentimiento revolucionario. Según las observaciones, el impulso más fuerte del espíritu revolucionario en los niños es la identificación con hermanos mayores o padres que tengan conciencia de clase. Sin embargo, esto ocurre raramente. Sin duda, un niño revolucionario, educado con espíritu ateo, podrá poner de cabeza y agitar

una escuela entera, pero esto será casual, a menos que esté organizado. Las obras infantiles distribuidas en Alemania por niños tuvieron poco efecto porque dieron mayor importancia al aprendizaje de palabras estériles que a despertar el interés de los niños por las cuestiones y las cosas reales del movimiento proletario. Debo asegurar, pese a toda clase de objeciones infundadas que no tienen fundamento en la experiencia de líderes de grupos infantiles ni de líderes nacionales de organizaciones infantiles, que los niños responden a las preguntas políticas de la manera más fácil y activa mediante el planteamiento de cuestiones sexuales y el establecimiento de relaciones amistosas determinadas. La represión sexual de la vida infantil es para el niño tan directamente perceptible, en tanto que las preguntas que la clase pone a su pensar son por el momento tan difíciles de comprender, que no existe aquí posibilidad de elección. Y tener pronto un conocimiento verdadero de las cosas sexuales liga no sólo de modo muy fuerte a aquel que lo proporciona, y destruye no sólo toda desconfianza existente del niño para con los adultos, sino que representa, en sí, el mejor fundamento del pensar arreligioso y, por tanto, del sentimiento de clase. También aquí la dificultad no está tanto en los niños como en los adultos que deberían llevar a cabo esta tarea. Desde este momento resulta fácil transmitir al niño conocimientos y sentimientos contra la Iglesia y el capital, que en otras condiciones sólo difícilmente se les pueden hacer ver, o ni siquiera eso. Sin embargo, para efec-

tuar la parte positiva de esta tarea es indispensable el conocimiento exacto de las fuertes inhibiciones del niño y que más adelante se convierten en vinculaciones reaccionarias. Entramos en la vivienda de unos campesinos en la montaña; los padres son de orientación socialista, pero el niño oye decir siempre, cuando llega un forastero: "¡A ver, dale los buenos días al señor!", o bien: "¿Qué es lo que tienes que decir?", y al niño le cohibe el miedo: se hace "bien educado". La lucha ideológica contra este concepto de la "buena educación" forma parte de las tareas más importantes del frente proletario, cuyo cumplimiento resulta muy dificultado también por la errónea educación burguesa hasta de los educadores proletarios. Los demás relatos, cuentos de fantasmas e intimidaciones ("llamo en seguida al policía") figuran entre los medios auxiliares más poderosos de la reacción política. Todo padre proletario —las excepciones son contadas— se venga de su servicio de criado en la empresa en el niño, en la casa. Al menos aquí quiere ser el dueño, quiere poder mandar y tener quien le obedezca. Si no es el perro, que sea el niño. Que el pegar a los niños pertenece a este renglón, es cosa obvia. Pero de nada sirve saber esto y no hacerlo uno mismo; lo que hace falta contra ello es la organización de la más vasta propaganda internacional, y esto es posible y realizable aun en el capitalismo. A toda madre que pega en la calle a su hijo habría que pedirle públicamente explicaciones, y si la ejecución de esta medida se organizara bien, no tardaría la opinión pública

en incorporarse a la lucha en favor de que al niño se le trate como miembro de la sociedad, y contra el trato que se le da como súbdito de la familia. Habría quien fuera partidario, en este caso, de que se "posee" a los niños y se les puede pegar, pero habría también contrarios de este punto de vista; éstos serían en su mayoría individuos que nunca han oído nada del comunismo y serían incorporados inmediatamente a la lucha de clases, esto es, en una parte de ella, y activados, mil veces mejor, con más provecho y más eficacia que a través de las "peticiones" que se deslizan por debajo de la puerta, que nadie lee y que van a parar al cesto de los papeles. Por supuesto, no podemos exponer aquí todos los detalles y dar instrucciones precisas. Los socialistas de los países capitalistas no deben esperar instrucciones; deben luchar, guiándose por sus sentimientos más profundos, por lo que es justo y útil y contra todo lo que es injusto y perjudicial. Debemos hablar menos de la necesidad de la iniciativa de las organizaciones de abajo y mejor mostrar los puntos de nuestra vida social en los que cabe aplicarla. Para esto necesitamos cambiar totalmente nuestros métodos de propaganda y pasar del papeleo a lo vivo, del miedo de cometer errores, que conduce al embotamiento, al valor de cometerlos para luego corregirlos. Y para volver al niño: la investigación sexualeseconómica demuestra que la educación precoz y severa en materia de higiene produce en el niño inhibiciones de carácter muy fuertes. Trabajar en el capitalismo en el frente político-cultural,

dedicarse a la política infantil, no significa otra cosa que, por ejemplo, plantear con detalle y de modo objetivo la cuestión de la nocividad de la educación higiénica temprana. Se llega así, más rápidamente de lo que a algunos les gustaría, a la política, pues el reaccionario, partidario de la sujeción y la disciplina, no tardará en presentarse como adversario. Y esto es precisamente lo que queremos: queremos provocar discusiones en las que la población misma participe con interés, porque se trata de cuestiones importantes de la vida cotidiana. Será tarea de los analistas socialistas calificados asistir a las organizaciones, asesorarlas, dirigir los debates, etcétera.

He aquí otro ejemplo concreto: la prohibición del onanismo de los niños pequeños y las amenazas de los padres, los maestros y el cura constituyen, desde mucho ha, objeto de discusión activa de la opinión pública. Los comunistas nada han podido hacer al respecto, en parte porque ellos mismos tienen ideas burguesas sobre la materia y, en parte, porque rechazan el sedicente "freudismo", lo que no es en modo alguno, porque el propio Freud no se ha pronunciado sobre este aspecto. Pero aquí precisamente, aquí y no en otro lugar, se encuentra el problema central de la educación del niño para la obediencia o para la diligencia espontánea. Constituyen éstas, cuestiones de clase, y no asuntos "individuales". Esto lo sabe la Iglesia perfectamente, pues ella se ocupa de las cuestiones llamadas escabrosas, y para ella ¡el onanismo de los niños es política! Distamos mucho de suponer que

resolveremos esta cuestión ahora, pero podemos al menos *plantearla* y provocar discusiones, introducir movimiento en nuestra labor. Y a quien aquí dijera que no deberíamos tocar cosas delicadas, para no provocar repugnancia, contestaremos que lo que debe hacer es dejar estas cosas a los que tienen preparación para dominarlas. Que no estorbe ni quiera cantar con el coro. Nadie más indicado para apreciar cuán delicadas, y apasionantes, pero también candentes, son estas cuestiones que los que conocen los conflictos del niño. Preocupan sin excepción a las madres de todos los bandos y a todo niño. Lo propio cabe decir de todas las cuestiones de la política infantil, que no es nada más ni puede ser para nosotros nada más que pedagogía aplicada en la práctica, provisionalmente sólo en la discusión política y en la lucha ideológica. Repito que me doy perfecta cuenta de qué resistencias provocará el planteamiento de estas cuestiones, pero es igualmente cierto que planteamos con ellas cuestiones centrales de nuestra existencia y que no pereceremos por ello de arterioesclerosis.

Aquí sólo mencionamos algunos ejemplos típicos. Y si ahora algún "competente" objetara que las cuestiones relativas a la educación de *los niños siguen siendo todavía controvertidas* en la ciencia misma, le contestaríamos: sin duda son controvertidas, pero la ordenación y la solución de la cuestión no puede lograrse en los gabinetes de los doctores, sino en la lucha apasionada por alcanzarlos. Podremos equivocarnos en los detalles, pero que la prohibición del onanismo por parte de la reacción

es cosa decidida, de esto no hay lugar a duda. Ni tampoco de que no debemos combatir la sexualidad infantil. En cuanto a todo lo demás, el tiempo dirá.

No sé si el siguiente ejemplo podrá producir o no consecuencias prácticas inmediatas, pero que exhorta urgentemente a tener en cuenta lo pequeño y aun lo minúsculo, a buscar lo grande en lo pequeño y a dominarlo allí, a aprenderlo, a distinguir los hechos típicos y generales de los atípicos individuales, esto es perfectamente cierto. También Hitler conquista hoy a los niños sobre todo con juegos y relatos de guerra. Nos corresponde, pues, indudablemente, a nosotros comprender por qué motivos tiene éxito con ello, qué es lo que con ello despierta en el niño. No se trata solamente de especulaciones profundas, sino también y ante todo de comprender las reacciones infantiles. En un patio juegan unos muchachos, de seis a diez años, a soldados, a la guerra y cosas por el estilo. Uno de ellos corre de un lado para otro con una espada al lado y un fusil de madera en la mano, y dispara contra sus compañeros. Le pregunto al muchacho si se propone, pues, matar a sus camaradas. Se detiene inmediatamente, me mira desconcertado y pregunta: "¿Matar?" Yo digo: "¡Seguro; si disparas los matas!" "Pero yo no quiero matar", reza la respuesta. "¿Por qué corres, en tal caso, con espada y fusil de un lado para otro?" "La espada es tan linda y larga", dice él. No quise entrar en la cuestión complicada del pacifismo y de la diferencia entre guerra y guerra civil, pero sé perfectamente, a partir de

otras experiencias, que los niños, pese a sus intenciones inconscientes de homicidio, extraen el placer del juego de la guerra no de un afán de matar, sino del placer motor del juego mismo, de un aumento del sentimiento del yo mediante el arma en las manos y del elemento rítmico del ejercicio militar. ¿No deberíamos poder aprovechar estos puntos de vista también en favor de la política infantil proletaria? ¿O acaso no son más que utopías? No lo sé; en todo caso, éstos son los hechos de la vida de los niños, y si no nos los conquistamos se debe indudablemente a que no nos hemos tomado la molestia de verlos en su diversidad y de extraer y aprovechar de ella lo aprovechable. Son éstas cuestiones graves, muy graves, que requieren una respuesta inmediata. Y si no las planteamos, tampoco las resolveremos jamás.

POLÍTICA BURGUESA Y POLÍTICA REVOLUCIONARIA

El movimiento sex-pol ha de luchar contra muchos frentes; uno de ellos es la maleza de los conceptos atascados en los que no puede encontrarse ya contenido alguno cuando se nos ocurre casualmente plantearnos preguntas muy banales. Una de estas preguntas reza: "¿Qué es la política?" La ocasión de plantearla la brinda la objeción que vuelve a escucharse siempre de nuevo cuando se exponen los principios de la psicología de las masas, que deriva de la economía sexual, esto es: "Todo esto está muy bien y es muy útil, pero de lo que se trata ante todo es de la 'política' y de los factores económicos". Puede observarse en este punto que los oyentes silenciosos de la asamblea o de la conferencia, que hasta ese momento habían seguido las explicaciones relativas a la psicología de masas con gran interés y aprobación, empiezan a experimentar reparos, se muestran inseguros en el juicio que se habían formado y caen, al oír pronunciar la palabra "política", en una especie de veneración tímida. Puede suceder a menudo que hasta el defensor del punto de vista de la psicología de las masas, por simple y obvio que éste sea, retroceda un paso al conjuro de la palabra "política" y recurra al pretexto de que las relaciones de la política y de la práctica de la psicología de las

masas deberían "ser examinadas primero". Los representantes de la alta política y de los "factores económicos", que se consideran siempre desdeñados, pese a que en los periódicos y revistas casi nunca se trate de otra cosa que de los "factores económicos" y nunca de la psicología de las masas, suelen quedar a debernos la respuesta concreta de lo que sea en realidad la "política", vocablo que actúa sobre el simple mortal como un fetiche. Necesitamos acostumbrarnos a llevar todos los asuntos que obran a manera de fetiches a la luz deslumbradora de preguntas ingenuas que, como es bien sabido, son las más penosas, las más prometedoras y, la mayoría de las veces, las más profundas.

LA "POLÍTICA" DEL FETICHE

El profano en materia de política entiende por ésta primero las conversaciones diplomáticas de representantes de grandes y pequeñas potencias, en las que se decide el destino de la humanidad, y dice, con razón, que no entiende nada de esto. O bien ve en la política el pactar parlamentario con amigos y adversarios, pero también un mentirse, espiarse y sacarse ventaja recíprocos, y el adoptar decisiones según fórmulas del "orden del día"; tampoco de esto entiende nada, y aun a menudo le repugna, de modo que adopta el punto de vista libertador de "no querer tener que ver nada con la política". No se percata de la contradicción de que, en este negocio que desprecia

a justo título, se decide acerca de él y de que, pese a ello, deja buenamente estas decisiones trascendentales en manos de individuos a los que tiene por mentirosos.

Política puede significar, en fin, que se quiere conquistar a masas de la población. Para todo individuo de formación marxista resulta claro que la política burguesa debe ser siempre demagógica, pues sólo puede hacerles promesas a las masas, pero no cumplir nada. En contraste con esto, la política revolucionaria es en principio antidemagógica, porque puede dar a las masas todo lo que les promete. Allí donde es demagógica o da la impresión de tal, puede concluirse con seguridad que se han abandonado algunos principios revolucionarios.

Vamos a reproducir ahora una prueba de aquellas disquisiciones políticas que, según lo muestra la experiencia, la masa de la población considera "política de altura", que no comprende sino que las ve con gran temor y reverencia, y que sólo experimenta pasivamente o no las experimenta.

...cuando se prefiere —como Inglaterra— la legalización de los armamentos a la carrera de los armamentos, hay que convenir en que, en el curso de semejante legalización, deben crearse seguridades contra nuevas violaciones de convenio. Y acerca de estas seguridades, de las garantías de la realización de una convención de desarme, había que negociar en la llamada Conferencia del Desarme en Ginebra. Sólo que Alemania no acepta la condición francesa. Calla en sus comunicados oficiales al respecto y, en las conversaciones de Berlín con el guardasellos británico Eden, se niega

a ir a Ginebra. En estas condiciones, se dice, las negociaciones anglo-francesas carecen de objeto. El intercambio diplomático de opiniones fuera de la Conferencia de Desarme ha terminado sin haber conducido a resultado alguno. Le corresponde ahora a la Conferencia de Desarme crear, sin Alemania, las garantías de paz necesarias. Francia confía para esto en la colaboración de la Gran Bretaña.

Tal es el contenido y el sentido de la larga nota francesa del diecisiete de abril, en respuesta a la nota británica del veintiocho de marzo y al memorando de Sir John Simon del diez de abril.

He reproducido esta prueba sin indicar su origen, para no molestar a nadie. Aquel que se vea retratado en ella, de él se trata. No hay otra manera de eludir la susceptibilidad de los políticos a la ofensa.

¿Quién es Alemania y quién es Francia? ¿Qué es un "intercambio diplomático de opiniones"? ¿Es éste realmente el contenido y el sentido de la nota francesa? ¿Qué relación guarda esta "nota política" con las necesidades de las masas, con su pensar, su sentir, su vivir o su vegetar? ¡Ninguna en absoluto! Compárese con ella la política de Lenin en la paz de Brest. La consigna "¡Basta de guerra!" la entendió el más humilde joven campesino presa del hambre, en tanto que los representantes de la alta política estaban en contra.

La gran masa, a la que la política revolucionaria ha de asegurar voluntad y plasmación del futuro y cuya expresión, por consiguiente, habría de ser, piensa y habla en otra forma. El que sigue hablando, hoy todavía, de los via-

jes de Barthou sin explicar de modo sencillo, claro y comprensible para todo el mundo en qué consiste el carácter reaccionario, la mentira de estos viajes, ése coadyuva sin querer.

Si observamos el efecto de la alta política sobre la gran masa, vemos que, en el mejor de los casos, es imitada servilmente por algunos como una especie de política de cervecería. La gran masa reacciona a ella en forma completamente pasiva, paciente, desinteresada, y desempeña permanentemente el papel de comparsa de la "gran política". Hay que darse perfecta cuenta de que la farsa de la llamada "alta política" tendría un fin repentino y muy desagradable para los diplomáticos si la masa cambiara el papel de comparsa por una actitud activa y, en una palabra, dejara de ser apolítica. El que no se plantea y se contesta incesantemente a sí mismo la pregunta, fundamental desde el punto de vista de la política revolucionaria, de "¿Qué sucede en la masa?", ha de caer necesariamente, quiéralo o no, en la maleza de la política burguesa, ha de hacerse apolítico o ha de seguirla. El apoliticismo de la gran masa constituye una de las fuerzas de la reacción política. La otra es el nimbo con que envuelve su política, de modo que hasta los socialistas quisieran participar en ella.

Figura entre las tareas más importantes del político revolucionario sentir, enterarse y saber exactamente cómo experimenta la masa la política entre bastidores. Cuando al dirigir Hitler en el verano de 1932 a Hindenburg la primera demanda de la Cancillería del Reich fue rechazado por éste, después que entre basti-

dores se hubo librado una lucha de intrigas que las masas nunca vieron claramente, se dirigió aquél a sus partidarios con una confesión ardiente en favor de la "voluntad del pueblo". La ocasión para ello se la brindó el caso Potempa:

Unos individuos de la Guardia de Asalto asesinaron en forma bestial a un trabajador polaco y fueron condenados a muerte. Hitler se pronunció públicamente en favor de ellos. El fondo de este gesto de Hitler lo constituía en realidad, la negativa que había recibido poco antes de parte de Hindenburg, al pedir la Cancillería. Hitler, al fracasar sus conexiones feudales, esgrimía su base de masas populares.

La masa no se dio cuenta en lo más mínimo del juego de que era objeto. Antes bien, en una especie de identificación nacionalsocialista se sentía "comprendida" por Hitler. La declaración de éste en favor de unos individuos que por "amor propio nacional" habían liquidado "un perro marxista", y su toma de posición contra el gobierno odiado, que había condenado a los asesinos a muerte, rebasaba con mucho el efecto de la *falsa* contrapropaganda comunista que se contentaba con llamar a los asesinos precisamente "asesinos" y a considerar esto como la famosa "política del desenmascaramiento". Ahora bien, si mediante una vasta campaña hubieran puesto los comunistas al descubierto las conexiones entre la negativa de Hindenburg a Hitler y el llamado de éste al sentimiento de las masas, los efectos de ello no hubieran ciertamente dejado de hacerse sentir. Pero el Partido Comunista alemán sólo

habló mucho de la "igualdad" de todas las tendencias reaccionarias, pero no logró captar las contradicciones reales en el seno de la burguesía y tampoco había aprendido, además, a seguir exactamente las reacciones tanto propias como las de las masas contrarias. Y al no hacer más que llamar asesinos a los asesinos, se puso automáticamente del lado del gobierno odiado por ellas, a los ojos de las incondicionales masas nazis y de los que inicialmente sólo simpatizaban vagamente.

¿POR QUÉ NO HABLÓ LITVINOV A LA MASA?

La política revolucionaria, en cuanto al contenido y al lenguaje, se convierte ya sea en expresión del ser primitivo, inculto y vitalista de la gran masa, o sólo en revolucionaria de nombre, pero estéril y reaccionaria en cuanto a sus efectos. Incluso allí donde proclama en principio cosas justas, dicha política no será comprendida por las masas y actuará, por consiguiente, en sentido objetivamente antirrevolucionario.

El mundo se encuentra en el umbral de una nueva guerra asesina. Barthou y Litvinov comparecieron en Ginebra desde el punto de vista de los estados a los que representaban, como representantes de la paz contra Alemania. Una crítica acertada de la actitud de Litwinow desde el punto de vista revolucionario internacional sólo ha aparecido hasta ahora en *Unser Wort* ("Nuestra Palabra") (de la 2ª semana de junio de 1934), órgano de Trotski; a todas las demás organizaciones del proletariado parece haberseles extraviado por com-

pleto la comprensión y, lo que es más, el sentimiento de lo que estaba sucediendo en Ginebra. Sin embargo, tampoco esta crítica se plantea las preguntas, fundamentales desde el punto de vista de la psicología de masas, de "¿cómo percibe el trabajador apolítico corriente, el empleado o el campesino de Alemania, Francia e Inglaterra, e incluso de la Unión Soviética, la actitud de los dos hombres de Estado? ¿Se da cuenta de que detrás de Litvinov hay un Estado proletario? ¿Observa alguna diferencia entre la voluntad de paz de Barthou y la de Litvinov? ¿Comprende acaso la distinción sutil del gobierno soviético que habla del "imperialismo en su conjunto" y de los "partidos favorables a la guerra en particular"? ¿Sabe el trabajador ruso que, con fundamento en la actual constelación de las alianzas, irá a la guerra junto con el trabajador francés, contra los trabajadores alemán e inglés, y disparará contra ellos?

¿Cómo debe penetrar el simple mortal en los siguientes comentarios de Bela Kun?

"A menudo combatimos la guerra *de modo general*. No es raro que algunos redactores comunistas se encuentren en apuros. '¿Cómo es esto —preguntan— el imperialismo prepara la guerra, y Herriot va a la Unión Soviética y es bien recibido? ¿Cómo se explica esto?' He leído artículos muy malos acerca del viaje de Herriot. Y en ningún artículo se ha hablado de lo que ahora, después del discurso del camarada Stalin en el XVII Congreso del Partido, está perfectamente claro: que bajo el imperialismo hay siempre partidarios de la guerra.

El imperialismo en su conjunto, como época, está por la guerra, pero hay algunos partidos belicosos que son los que más empujan hacia ella. La tarea actual consiste precisamente en concentrar el fuego contra el grupo de la burguesía que constituye el partido belicoso y empuja a la guerra.

"Por supuesto, siempre hay que acentuar que los grupos de la burguesía que en este momento se cubren con un manto pacifista o que consideran la oportunidad de la guerra como actualmente prematura estarán tan de acuerdo con la guerra contra la Unión Soviética, llegado el momento, como el partido belicista principal. Esto necesitamos subrayarlo siempre, pero el fuego ha de concentrarse contra los partidos belicistas, esto es: en Japón contra la camarilla militar-fascista de los generales, los señores feudales y los grandes industriales; en Alemania, contra los fascistas de Hitler, y en Inglaterra, contra los *diehards*, etc." (Bela Kun, *Die Aufgaben der kommunistischen Press*, 33/1934, p. 1259.)

¿Y qué hace la industria francesa de los armamentos?

¿Por qué, preguntará el que nada entiende de la política de las alianzas, no se dirigió Litvinov en Ginebra a las grandes masas, que no quieren la guerra a ningún precio? ¿Por qué sólo concierta alianzas con gobiernos imperialistas que quieren la guerra, y no con las masas? ¿Por qué apoya la ilusión, que alimentan precisamente las potencias imperialistas, de que la Sociedad de Naciones, muerta desde hace mucho, puede evitar la guerra? ¿Por

qué no dijo llana y claramente, en forma comprensible para todo el mundo, que jamás la Sociedad de Naciones, jamás gobierno burgués alguno del mundo podrá evitar la guerra, sino que esto sólo podría hacerlo verdaderamente la acción solidaria de los trabajadores de las industrias de municiones y de transportes de todos los países capitalistas? ¡Y esto constituiría precisamente la característica más importante de una política proletaria!

Nos reservamos la respuesta a la pregunta de por qué los representantes de un Estado proletariado han olvidado por completo el lenguaje diplomático revolucionario, hasta haber oído lo que dicen al respecto los "únicos jefes de la Revolución". Pero está ya perfectamente claro, desde ahora, que *una sola* palabra de Litvinov dirigida desde la tribuna de la Sociedad de Naciones a los trabajadores de las industrias de municiones y de transportes y a las madres de los soldados de todos los países, en contra de la costumbre, el prestigio y la práctica de la Sociedad de Naciones y con la ruptura totalmente antidiplomática de los acuerdos eventuales, habría sido más eficaz que veinte pactos de alianza sobre el papel. ¿Cree Litvinov seriamente poder evitar la guerra con su política? ¿No fue acaso el llamado de Karl Liebknecht en 1914, negando los créditos para la guerra, un muro mil veces más poderoso contra el nacionalismo belicoso que las fundamentaciones de alta política de la socialdemocracia? Pero nuestros líderes revolucionarios proletarios sienten tal respeto ante un representante diplomático, y no diga-

mos ya si éste es soviético, que dejan de entender el lenguaje de las masas y nos declararán locos. Sin embargo, y siempre de nuevo, la aprobación de cinco o diez millones de futuras víctimas de la guerra vale más que 500 mil bayonetas, aun si éstas son soviéticas. La catástrofe que se nos avecina confirmará esta frase, tenida hoy por alocada, en forma cruenta.

Para la Unión Soviética, en cuanto Estado revolucionario-proletario, no hay más que una salvación: la alianza con los trabajadores de las industrias de armamentos y de transportes, así como con los soldados rasos de todos los países contra los gobiernos capitalistas y los estados mayores de todos los países del mundo. Y si hoy concierta alianzas con jefes de Estado Mayor y diplomáticos de países capitalistas, la razón de ello está en que el movimiento revolucionario internacional ha fracasado. Tanto por escrito como de palabra, Lenin se dirigió siempre a la gran masa. Resulta de ahí la solución de nuestra pregunta: ¿Podrá la política revolucionaria vencer jamás la política burguesa si emplea su lenguaje, su táctica y su estrategia y, en una palabra, métodos *burgueses*? No, no lo podrá nunca. En esta forma, sólo puede extraviarse en el laberinto de la política, quedar rezagada con respecto a los acontecimientos, y hacer las cosas *peor* que los políticos burgueses. No hay más que una sola posibilidad: *cortar* el nudo que hace que la política burguesa sea un laberinto, no imitando servilmente esta política, sino oponiéndole el principio fundamental de la política revolucionaria: *dirigirse sin cesar e infatigable-*

mente, de modo sencillo y claro, a las masas; proclamar los pensamientos de las masas, tanto los formulados como los no formulados, y conferirles expresión; destruir el respeto de las masas por la alta política; no tomarse las mentiras en serio, sino, por el contrario, ponerlas infatigable e inexorablemente al descubierto; no adaptar las masas a la "alta política", sino la política a las masas, democratizándola, simplificándola y, en una palabra, haciéndola asequible a todo el mundo. La frase de Lenin de que hasta una cocinera podría gobernar el Estado, a condición de simplificar la política y el gobierno, contiene indudablemente el principio fundamental de la democracia social. La "alta política" sólo puede existir porque la política revolucionaria se le ha adaptado, aunque con contenidos revolucionarios, en cuanto a la forma, el lenguaje y las ideas; porque no se ha dirigido a las masas, sino que las ha tratado como a un niño al que se intenta convencer, y éste ha de comprender, finalmente, lo que ya va "reconociendo cada vez más", que se están burlando de él.¹

ESQUEMA DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA

Si la afirmación de que la revolución social puede resolver verdaderamente los problemas sociales de la economía y la cultura en el sentido de la democracia social es cierta, entonces

¹ La cuestión de la política internacional soviética y su conexión con los problemas de la psicología de masa debería ser objeto de una exposición detallada.

sólo tienen lugar las siguientes preguntas y los siguientes principios políticos:

- 1) ¿De qué maniobras se sirven las diversas tendencias de la burguesía para atraerse a las masas o quitárselas unos a otros?
- 2) ¿Qué les ocurre a estas masas, que siguen a grupos o partidos políticos que jamás pueden cumplir sus promesas?
- 3) ¿Qué necesidades tiene la masa en sus diversos matices?
- 4) ¿Cuáles de estas necesidades son posibles y están legitimadas socialmente, y cuáles son vitales?
- 5) ¿Es el estado de la economía mundial tal que, mediante la eliminación del dominio capitalista y la introducción de la economía planificada en lugar de la anarquía económica, aquellas necesidades podrían satisfacerse?
- 6) ¿Sabén las masas cuáles instituciones de la sociedad se oponen a la satisfacción de sus necesidades, y por qué estas instituciones existen?
- 7) ¿Cómo se las puede eliminar y con qué habrá que remplazarlas?
- 8) ¿Cuáles supuestos económicos, sociales y de psicología de masa se requieren para conseguir la satisfacción de las necesidades de las grandes masas?

De cada una de estas preguntas se deriva sin excepción la necesidad ineludible de la revolución social en todos y cada uno de los dominios de la vida humana. O en otras palabras: la

labor de la psicología de masas no ha de estar a la sombra de la política económica, sino que ésta ha de entrar al servicio de aquélla, que es la que comprende y conduce a las masas: las necesidades del hombre no han sido creadas para la política económica, sino que son éstas las que han sido creadas para la satisfacción de las necesidades de aquél.

POLÍTICA BURGUESA DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

Las experiencias de la vida de partido del Partido Comunista alemán enseñan que esa forma única de política revolucionaria ha faltado en Alemania; *en efecto, cuando los dirigentes del PCA hablaban durante horas en el Palacio de los Deportes acerca de las pugnas de intereses entre las grandes potencias y de las razones económicas ocultas de la guerra venidera, imitaban, sin quererlo y sin saberlo, la forma burguesa de la política.* Nuestros políticos revolucionarios rivalizan con demasiado celo, en esta competencia, con los Boncour. Por qué imitan y pierden a causa de ello todas las posibilidades es una pregunta relativa a la estructura del dirigente revolucionario. Los líderes revolucionarios volverán a ofenderse cuando lean esto y lo designarán como "contrarrevolución trotskista"; y tampoco subsiste esperanza alguna de convencerlos de que, en cuanto a la forma, y por consiguiente también de modo objetivo y material, ellos hacen política burguesa. Para prevenir toda posibilidad de una protesta objetiva de su parte, aducimos

aquí, en lugar de muchos, un solo ejemplo concreto de que el Partido Comunista alemán ha abandonado el principio revolucionario de la política a cambio del principio burgués.

En diciembre de 1932 organizó el Partido Socialdemócrata una manifestación en el Lustgarten. Las organizaciones comunistas, especialmente los grupos militantes, se adhirieron a la manifestación, se mezclaron con las masas socialdemócratas manifestantes y realizaron, sin grandes teorías sobre los antagonismos norteamericano-japoneses, el frente único. Era éste el lenguaje de la masa, ésta era su voluntad. La dirección del PCA, que sólo quería o, mejor dicho, pretendía querer el frente único "bajo la dirección comunista", dirigió posteriormente reprimendas a los funcionarios del Partido; dijo que la orden del Partido había sido mantenerse al margen y "celebrar" únicamente la manifestación socialdemocrática desde fuera. Contemporáneamente, Torgler negociaba en secreto con la dirección socialdemocrática acerca de la constitución del frente único, *cosa de la cual las masas no estaban enteradas*; se las había mantenido en la creencia de que un frente único con la dirección de la socialdemocracia sería "contrarrevolucionario". Yo mismo había participado entonces en una sesión secreta entre algunos funcionarios directivos comunistas y socialdemócratas. Pero, en las células, nadie había de enterarse. *Esto es política burguesa*. La política revolucionario-proletaria habría sido exactamente la inversa; habría invitado a los comunistas a apoyar a los manifestantes socialdemócratas y por me-

dio de altavoces, habría comunicado a la masa en el Lustgarten que se estaba negociando con la socialdemocracia acerca de la formación de un frente único. Esto es, apoyar la ideología de la masa, conferir expresión a sus deseos. En lugar de esto se practicó "alta política", "estrategia" y "táctica", sin masa, contra ella, y se expulsó a todo el que quería y practicaba política revolucionaria.

Uno de los altos principios de la revolución consiste en la abolición de la diplomacia secreta. Es absolutamente lógico, porque toda vez que la revolución social es el cumplimiento de la voluntad popular contra los propietarios de los medios de producción bajo la dirección del proletariado industrial, ya nada queda por ocultar. En estas condiciones ya no hay nada que la masa no pueda oír; al revés, ha de poder saberlo y vigilarlo todo.

POLÍTICA REVOLUCIONARIA INTRAPARTIDISTA

Si se pasa en revista la evolución de la política de los partidos comunistas desde que murió Lenin, se observará que se ha ido perdiendo progresivamente el principio de dirigirse constantemente a las masas y que, con la imitación de las formas de la política burguesa dentro y fuera del partido, se inició la burocratización. En el lugar de la democracia intrapartidista se introdujo la política de entre-bastidores del engañarse mutuamente y de la formación de camarillas. Esto minó la fuerza del partido revolucionario, pese a que comprendiera los elementos revolucionarios mejores.

Cuando en octubre de 1917 Lenin consideró llegado el momento oportuno para el levantamiento popular y se le pusieron impedimentos en la dirección del partido bolchevique, permaneció fiel a su principio de la política revolucionaria: *se dirigió a la masa de los miembros del partido* y no formó ninguna camarilla, no intrigó, ni trató de vencer mediante la formación de fracciones. Toda exclusión de la masa por consideraciones y medidas políticas, sea lo que fuere lo que subjetivamente se piense, es contrarrevolucionaria. La política revolucionaria nada ha de esconderle a la masa, y quiere, antes bien, revelárselo todo. La política burguesa, en cambio, no puede descubrir nada, sino que ha de esconderlo todo. En la política de entre-bastidores se reconoce siempre, dondequiera que se presente, la reacción política.

Constituye una enorme ventaja de la política revolucionaria sexual el que *tenga que hablar* constantemente el lenguaje de la masa y el que nada se le pueda oponer por parte de la burguesía, porque no puede darse una política sexual burguesa *positiva*; de ahí que el político revolucionario sexual tampoco pueda degenerar hacia la burguesía: en el terreno de la política sexual no puede haber una diplomacia secreta, puesto que esta política debe dirigirse necesariamente a las masas, o, en caso contrario, deja de existir.

DESARROLLAR CONCIENCIA DE CLASE A PARTIR DE LA VIDA DE LA MASA

DIRECCIÓN, PARTIDO Y MASA

Será tal vez molesto oírlo y es ciertamente perjudicial desde el punto de vista del movimiento revolucionario, pero no se puede negar que los diversos grupos revolucionarios rivalizan entre sí en la afirmación de ser, cada uno de ellos, el "único" y "verdadero" heredero del "marxismo y leninismo auténticos"; pero si se examinan las diferencias que los separan, encontramos que, en proporción con las enormes tareas a realizar, son insignificantes; en efecto, uno de los grupos quiere crear primero el partido revolucionario; otro quiere tener primero la masa, antes de contribuir a formar la nueva Internacional; el tercero se proclama sin cesar como "la clase trabajadora" y como el partido guía de la revolución, sin serlo ni con mucho, en tanto que el cuarto sustenta en alguna cuestión de detalle una tendencia *propia*, etc. Ya dijimos que esta dispersión provenía de planteamientos erróneos o incompletos de problemas, y que los insultos mutuos no conducían un solo paso más adelante. En la discusión revolucionaria actual buscamos en vano el planteamiento de los problemas y su solución, y es por esto por lo que la creación del nuevo partido revolucionario no se puede lograr; que

la organización revolucionaria anterior no pudo conquistar las masas, pese a que conservara el aparato, y que, 17 años después de la Revolución rusa, la cuestión relativa a las relaciones entre dirección, partido y masa dé todavía tanto que hacer. ¿No es acaso probable que haya en la cuenta entera un error importante que ha permanecido oculto? Es absolutamente improbable que la catástrofe se produjera porque Stalin multiplicó la burocracia, o porque la dirección socialdemócrata degeneró hacia la burguesía desde hace ya varias décadas, o porque Hitler recibió mucho dinero de los industriales. La cuestión fundamental sigue siendo, una y otra vez, por qué cargaron los trabajadores industriales con el reformismo y el burocratismo. Se trata de la cuestión fundamental de las relaciones entre dirección, partido y masa.

Los fundadores de la IV Internacional son del parecer, al menos si se escucha a sus funcionarios, de que hay que crear primero el partido revolucionario, *luego* hay que conquistar el proletariado, y sólo *luego* le tocaría el turno a la pequeña burguesía. No dudo que los propios dirigentes de los comunistas internacionales condenen el carácter erróneo de semejante enfoque. No cabe decirse uno marxista y separar en esta forma esquemática la dirección, el partido y la masa. La relación, por llamarla de una vez por su nombre, es de carácter dialéctico, esto es: un partido revolucionario no puede originarse en el aire, sólo puede formarse a partir de la masa y aun, inicialmente, a partir de la parte proletaria de

ella, y esto presupone que los iniciadores del partido hablen el lenguaje de aquellas masas que han de formar el partido. Pero la masa nada entiende de las sutiles diferencias entre las diversas tendencias revolucionarias, que además no le interesan en absoluto. El partido revolucionario se constituye no sólo mediante la puesta en relieve clara de un ideario y una práctica correspondiente a la realidad, sino también y *en primer lugar* por el tratamiento de las cuestiones que interesan a las diversas capas de la población. No es más que así y solamente así como la masa proporcionará los funcionarios que el partido necesita. Esto repercute a su vez en forma de una mejor comprensión de la masa y viceversa. Partido y masa se elevan mutuamente; solamente mediante esta fusión íntima y la selección simultánea de los cuadros de dirección a partir de la masa se origina la estructura del partido de masa, esto es, del partido caracterizado no cuantitativa sino cualitativamente, que conduce las masas. El Partido Comunista alemán organizó campañas de captación de miembros a los que aceptó sin discriminación. Era un partido "cuantitativo" de masa, pero se deshizo, en parte a causa de la fluctuación del número de sus miembros y, en parte, a causa de la falta de diferenciación entre funcionarios preparados y miembros de la masa. Volveremos todavía sobre esta cuestión en un artículo relativo a la organización.

La Sex-Pol alemana se ha dejado dirigir siempre por la idea de que la dirección de un partido de masa no puede examinarlo todo

en detalle; que la masa nunca puede comprender por sí sola las grandes conexiones, y menos formularlas y convertirlas en práctica acabada; que se requiere un contacto directo entre la dirección y la masa, y que la teoría ha de extraerse de la vida de la masa y ha de serle devuelta a ésta en forma de práctica. Había aprendido de la actividad de los partidos que los funcionarios no deben ser órganos de ejecución de decisiones de la dirección, sino únicamente mediadores entre la vida de la masa y la dirección. Con objeto de establecer este contacto, la Sex-Pol había organizado las llamadas "veladas de instrucción", que no tenían en modo alguno el propósito de instruir a los funcionarios sino de dejarse instruir por ellos. (¿Quién no recuerda la famosa conferencia del Partido Comunista alemán en la que algunas cosas semejantes fueron directamente prohibidas?) No se señalaba ningún tema o discusión, sino que se planteaba simplemente a los funcionarios y a los camaradas en general la pregunta acerca de dónde tenían en aquel momento las mayores dificultades. Ya con esto no podía errarse en la apreciación de que *momentáneamente* revestía la mayor importancia. Se examinaba la dificultad en común y se encontraba aquí una solución, que se dejaba a la comprobación práctica, y se difería allí una decisión hasta tanto que se hubiera reunido más material al respecto; la vida brotaba viva de las conversaciones con los camaradas, y no había necesidad de extraer chupando teorías de los dedos, pues éstas surgían espontáneamente. La participación creciente y el carácter

animado de las discusiones revelaban que las veladas instructivas habían constituido un acierto. Se adquiría en ellas la convicción de que la vida no se deja engañar, sino que se la puede comprender clara y fácilmente. Lo único que se requería era dejar que los miembros de la organización (había también muchos que no eran miembros) hablaran sin ambages ni rodeos. Como única dificultad surgía siempre sólo la obstrucción debida a puntos de vista erróneos proporcionados por la ideología burguesa, los que, sin embargo, a la luz de conversaciones espontáneas, directas y comprensivas se desvanecían en la nada. La cuarta velada de instrucción ya no tuvo lugar. El representante oficial del Partido ya no volvió a convocar.

LA POSICIÓN DE LA SEX-POL FRENTE AL "NUEVO PARTIDO"

La pregunta actualmente más candente del nuevo movimiento obrero en formación es: ¿nuevo partido o renovación revolucionaria de la III Internacional? La Sex-Pol no puede decirse hoy todavía, por dos razones, ni en favor de uno ni en favor del otro de los dos extremos. En primer lugar, no sabe en qué grupos, organizaciones o círculos se impondrá de la manera más rápida y fecunda su punto de vista de la necesidad de la política sexual revolucionaria que representa. A juzgar por la actitud anterior de las organizaciones políticas más importantes, no existen mejores perspectivas en las organizaciones partidarias de una nueva

Internacional. Sin embargo, esto solo no puede decidir; la política sexual no es más que una parte, aunque imprescindible y central, del frente revolucionario en general; es importante, pues, para la decisión, saber qué cuadros formarán el núcleo del movimiento obrero renovado. Esto no ha destacado hasta aquí claramente en forma alguna. Si se supiera hoy positivamente que formarán dicho núcleo los miembros actuales, por ejemplo, del Partido Comunista (por lo que se refiere a la dirección actual éste no es ciertamente el caso), entonces la fundación de un nuevo partido revolucionario no tendría objeto; entonces los miembros revolucionarios del PCA deberían no sólo "descolgar" prácticamente la antigua dirección, como lo han hecho ya muchas veces, sino deponerla oficialmente y formar paulatinamente, de su seno, una nueva dirección. A la larga no puede rehusarse la ejecución de las decisiones del Comité Ejecutivo, por ejemplo, *no* proclamar el "ímpetu revolucionario" y *no* exhortar a "huelgas masivas" y, contemporáneamente, igualar el concepto de "Partido Comunista" con el del Comité Ejecutivo. Desde el punto de vista político esto constituye una actitud confusiva. La pregunta de *qué y quién* es "el Partido" necesita aclararse hoy más que nunca. ¿Es éste el conjunto de sus miembros, o solamente el aparato de empleados, o solamente el Comité Ejecutivo? Sabemos que también las mejores fuerzas de la socialdemocracia operan con el concepto del "Partido" como con un fetiche; en efecto, según sean la estructura del Partido, su política y su eficacia *objeti-*

va, podrá constituir acaso en un momento dado la intangibilidad del Partido, su unidad y su integridad tanto una fuerza poderosa, como, en otro momento, un grave impedimento del movimiento revolucionario.

Las tropas centrales de la revolución social, esto es, las masas obreras de la industria y de los transportes, "siguen sin formar parte", hoy todavía, del Partido Comunista. Los miembros del Partido se esfuerzan por todos los medios, lo mismo que antes, por conquistarlas, pero la voluntad y el valor subjetivo no bastan. Hay que tener éxito además, y para tener éxito hay que conocer también el mejor camino para alcanzar el objetivo. Tal vez esas tropas centrales formarán, a no tardar, el núcleo de la organización revolucionaria, pero sin adaptarse a la organización actual del PC; estaban en ella en 1923, pero luego se salieron; hay que comprender por qué fue así. En todo caso, la cuestión de una nueva organización revolucionaria adquiriría entonces un gran peso. Y lo mismo en caso que el inicio de un movimiento de masas que no fuera un simple fuego de vit-rutas, sino firme y duradero se produjera no en el seno de los trabajadores industriales socialdemócratas sino en el seno de la Guardia de Asalto (SA) proletaria, de espíritu revolucionario.¹ Hoy, en que todo está en fermenta-

¹ [Nota durante la corrección:] La exterminación del liderazgo de la SA el 30 de junio de 1934 en Alemania puso de manifiesto que las contradicciones expuestas en la "Psicología de masas del fascismo" entre revolucionarios y reaccionarios en el seno del fascismo, unidos en su ideología, abrían, en realidad, una vasta brecha entre ellos. Digo esto aquí no para de-

ción, no podemos decidir esto todavía. La cuestión de un nuevo partido tampoco se ha

mostrar, como lo hacen constantemente los dirigentes de la revolución, que el "análisis" se vio confirmado, sino por otro motivo. Hace poco todavía, la prensa de la Komintern había rechazado con violentos insultos todo intento de ver en el Partido Nacional-socialista Alemán de los Trabajadores algo más que una simple guardia del capital financiero, esto es, la energía revolucionaria de la masa convertida en reaccionaria. Ahora, en cambio, ve confirmada su perspectiva del auge revolucionario en el hecho de que el ala izquierda del Partido Nacional-socialista fuera decapitada. Esperemos que la historia del movimiento revolucionario no volverá a contemplar semejantes chapucería y superficialidad. Todo el que ha participado en las luchas internas del partido, de 1929 a 1933, sabe perfectamente que fue denunciado como nocivo cualquiera que señalara que la SA era una tropa confusamente revolucionaria; que adujera que grandes contingentes del anterior RFB se habían pasado a la SA; que insistiera en que la SA reclutaba sus miembros de entre los obreros y que era sólo objetivamente, pero no subjetivamente, una tropa mercenaria del capital. No gustaba oír esto, y sólo se veía en el fascismo su función reaccionaria, pero no las energías revolucionarias en su base de masa, con lo que se perdió la batalla. Ahora, *posteriormente*, cuando ya no resulta difícil percibir las contradicciones, se admite lo que antes fuera herejía. Los "fieles del Partido" dirán, atemperando, que esto ya es algo y que no debe pedirse demasiado, puesto que la Komintern cambia de actitud en la apreciación del fascismo, lo mismo que en la cuestión del frente único con la socialdemocracia. A lo que cabe responder: *una dirección que en la apreciación de las cosas y de los acontecimientos no precede a las masas, que no prevé, no es una dirección, sino un dispositivo de freno de la evolución social.* Cuando buenos comunistas sienten compasión de este modo por el liderazgo, lo hacen por miedo inconsciente de la autoridad. La experiencia práctica de la vida del Partido ha demostrado que el funcionario corriente, cuando no representaba resoluciones de aquél, veía y pen-

bría planteado nunca si en el seno del PC se hubieran dado las posibilidades necesarias para

saba mejor por su propia cuenta y por puro instinto que cualquier funcionario corriente de la dirección. *También hoy vuelve a haber procesos que hay que prever, que hay que desarrollar a partir de las contradicciones actuales, si se quiere dominar el futuro, si no se quiere enfrentarse sin preparación.* Nos encontramos ahora, por ejemplo, frente al terrible peligro de que los gigantescos movimientos de masas que sacuden acá y allá a algunos países (los Estados Unidos, Francia) se malogren por falta de dirección y de objetivos y desemboquen en la desilusión y la apatía más amargas. Esto es tan posible como que el nuevo aumento de rebelión y de visión en las masas se convierta en una situación revolucionaria universal. Puede afirmarse tranquilamente que hoy, después de los acontecimientos del 30 de junio y aprovechando la grave desorganización económica, hubiéramos podido asestar en Alemania un golpe decisivo si la dirección comunista de Alemania se hubiera preparado a fondo desde 1923, o al menos desde 1929. Lo que importa no es disculpar el pasado, sino aprender de él. Necesitamos prepararlo hoy todo, mediante una apreciación correcta de las grandes directrices de la evolución y de los reveses pasados en el proceso social, para tomar las riendas del orden social cuando se produzca el caos. Mientras tanto, la gran masa de la población de la tierra ha de llegar lenta y profundamente a la convicción inquebrantable de que somos los únicos que la comprendemos, *a ella, a la masa*, y no, Barthou, Litwlow o como quiera que se llamen todos, y ni siquiera nuestros meros deseos; y esta confianza no puede obtenerse subrepticamente, sino que ha de conquistarse, y ha de ser aquella confianza auténtica, total, hacia nosotros, los comunistas, que los "distintos dirigentes" no sólo no han permitido que surgiera en estos últimos diez años, sino que con sus errores y su falta de visión la han arruinado. La próxima guerra es sin duda alguna la próxima enorme oportunidad visible de la revolución social. No debemos dejarla escapar como dejamos escapar las oportunidades del

siquiera plantear cuestiones de esta índole, discutir las entre todos y sondear las posibilidades de la evolución. Esto no ha sido ni es todavía así. Lo único que podemos hacer es seguir exactamente el proceso revolucionario de unión y madurez que se está produciendo actualmente en todas las capas de la población de Alemania y adoptar, en cada momento, la actitud concreta correspondiente.

Si los cuadros revolucionarios actuales no defendieran en primer lugar y cada uno por sí su propia organización, sino la *causa de la unión revolucionaria*, entonces estarían también en condiciones de reaccionar pronta y acertadamente a los procesos que tienen lugar en la masa; entonces, en lugar de exhortar abstracta y mecánicamente a huelgas generales, ayudarían al individuo de las Guardias de Asalto, al funcionario de la juventud y a las organizaciones femeninas, en toda dificultad aguda, con ilustración concreta acerca de contradicciones, soluciones y necesidades, con lo que automáticamente ganarían la confianza de las masas y se asegurarían finalmente la dirección de las mismas. Porque lo absurdo, escolástico, obstaculizante y lo que repugna a las masas está precisamente en que toda organización existente se considera a sí misma dirigente, por la gracia de Dios, de la futura revolución y trata, en consecuencia, de difamar como contrarrevolucionarias a todas las de-

20 de julio de 1932, de los meses de diciembre y enero de 1933 y 1934, y la del 30 de junio de 1934. Para esto, los revolucionarios han de empezar por destruir en sí mismos su fe en la autoridad.

más. Esta vanidosa presunción y este afán infantil de prestigio no pueden denunciarse públicamente tan a fondo y tan a menudo como se debiera. La Sex-Pol ha de abstenerse de considerarse, en su composición orgánica y personal actual, como la dirección del ala sexualpolítica de la revolución. La dirección definitiva no constituye una pretensión, y mucho menos un derecho, sino que es única y exclusivamente el resultado de un proceso: irá a aquel que comprenda mejor que nadie los procesos del mundo, que sepa hacerlos asequibles mejor que nadie a las grandes masas apolíticas, que contribuirá de la mejor manera a la madurez de la fermentación revolucionaria. La dirección de la revolución no es un mérito, una propiedad o una pretensión, sino una grave responsabilidad, esto es, un resultado, y por esto no se la puede proclamar ni escamotear. Aquel que hoy, en esta situación mundial tan confusa, complicada, poco comprendida y tan cargada de posibilidades de partida se proclama en voz más alta el único, verdadero e indiscutible jefe de la revolución que, por lo demás, hay que empezar por llevar a cabo, será el primero en desaparecer en el anonimato y el silencio cuando las cosas estén realmente maduras para hablar de revolución *justificadamente*.

Para el éxito de la nueva construcción importa además lo siguiente:

El proletariado con verdadera conciencia de clase se encuentra, en el conjunto de la nación, en una gran minoría; si bien le corresponde la dirección, necesita aliados. Volvemos a oír

decir una y otra vez a camaradas alemanes que tenemos todos los motivos para ser optimistas, que los buenos revolucionarios vuelven a encontrarse, a discutir, a trabajar juntos y a aconsejarse mutuamente. Esto es indudablemente muy, pero muy importante, pero no constituye todavía motivo suficiente para ser optimista. De lo que se trata en primer lugar es de si estos buenos revolucionarios tienen también contacto con las grandes masas unitarias o no lo tienen; si además, para establecer este contacto, escuchan también o no exactamente el lenguaje, el pensar y las contradicciones de esta gran masa apolítica o políticamente descarriada: si la comprenden, si saben traducir sus anhelos revolucionarios y conferirles expresión y forma claras en términos de conciencia de clase. Estos cuadros serán un Estado Mayor sin ejército si no facultan a los funcionarios del Partido para que *sigan* formando parte de la gran masa, para que *no* se separen de ella y puedan comprender *exactamente* a los apolíticos y los políticamente descarriados. El sectarismo queda excluido cuando la condición de miembro del Partido no se convierte en órgano ejecutivo de la dirección y de sus análisis, sino en mediación viva entre la masa y la dirección. A la dirección no le incumbe la tarea de "llevar el programa comunista a la masa", o de "convertir a la masa en luchadora con conciencia de clase", sino que, al lado de la persecución del proceso histórico objetivo, ha de ver su tarea más importante en *desarrollar* el afán revolucionario *existente* en la masa y, concretamente, al *propio tiempo*, el del pro-

letariado, de la pequeña burguesía y del campesinado indiferentes. En los periódicos revolucionarios actuales casi no se encuentra más que el lenguaje del Partido, en tanto que de un estudio comprensivo de las contradicciones de las diversas capas de la población apenas se encuentra nada aprovechable; cuando lo cierto es que la comunicación verbal y objetiva con la gran masa debería llenar al menos las tres cuartas partes de todo periódico, quedando el resto para la repetición de los principios básicos del marxismo. Lo que puede también formularse como sigue: hasta que hayamos aprendido a presentar la difícil teoría en lenguaje llano y comprensible para todo el mundo, hasta que las masas no hayan llegado al punto de interesarse por teorías, hasta entonces necesitamos presentar una misma cosa ininterrumpidamente, en *doble escritura*, esto es, en lenguaje marxista y, al propio tiempo, traducida al idioma de aquellos a quienes exclusivamente va dirigida y sin cuya comprensión y toma de partido activa por la causa de la revolución nosotros no somos más que unos pobres disputantes.

En discusiones de esta clase suele ocurrir que se pida a la Sex-Pol recetas ya listas. Esta petición muestra ya por sí sola cuán poco ha sido comprendido el marxismo y cuán poco se ha penetrado la tarea fundamental del marxista revolucionario, esto es, la de saber pensar y obrar por cuenta propia. Sólo cabe demostrar principios por medio de ejemplos, pero lo que se aplica a una situación especial podrá ser tal vez totalmente contraindicado en otra. Para

ilustrar lo que quiero decir, voy a exponer algunos ejemplos importantes:

EL CANTO Y EL BAILE POPULARES COMO PUNTOS DE PARTIDA DEL SENTIR REVOLUCIONARIO

Lenin enseñaba, con acierto, que el revolucionario debe encontrarse a sus anchas en todos los dominios de la vida. Hemos de precisar que en el sentido de que debe poder extraer de todo dominio de la vida la tendencia revolucionaria específica. Hasta el presente —basta pensar en los actores dramáticos proletarios o en las tropas rojas— se han pasado por alto los resultados verdaderamente buenos; se han llevado las consignas sindicales mecánicamente al arte, y se le pegó tal vez a una forma de canción burguesa una tendencia revolucionaria. Sin embargo, los artistas revolucionarios no tienen tarea más importante que hacer lo mismo que la Sex-Pol tuvo que aprender a hacer en su terreno: elaborar ya durante el capitalismo, a partir del material y la forma de su dominio, las tendencias y las formas revolucionarias específicas.

Esto se puede llevar a cabo sin mucha "ciencia", simplemente mediante una consideración franca, libre, sin dogmatismos, o sea, pues, revolucionaria, de la vida. El Partido Comunista creó los cabarets rojos para atraer más individuos, incluso apolíticos, a las asambleas. Esto dio resultado. Se reveló que cuanto más artísticas, rítmicas y populares eran las representaciones, tanto más claramente se ponía de manifiesto el efecto, y que cuanto más pare-

cidas eran en la forma a las burguesas y más pegajosa era la consigna revolucionaria, menor era el éxito. Ahora bien, no se pueden crear cabarets rojos bastantes para llevar toda la población a las asambleas. Se desprende de ahí que hay que llevar el arte revolucionario, el sentimiento revolucionario, el ritmo revolucionario y la melodía revolucionaria allí donde las masas viven, trabajan, soportan y sufren. Esto es ciertamente posible en los estados democráticos y aun en los semifascistas, en tanto que en los totalmente fascistas sólo lo es por medio de ardidés especiales, pero subsiste, aun en ellos, la posibilidad. Los músicos, danzantes, cantantes, etc., revolucionarios pueden agrupar por los medios más sencillos a jóvenes, muchachas, niños mayores y también adultos, para que, como lo hacen los cantantes callejeros, penetren en los patios, los parques de atracciones y, en una palabra, en todos los lugares que suelen frecuentar los futuros exponentes de la revolución; por medio de buena música popular, de una danza popular o de canciones populares, que la revolución puede apropiarse, que sean en sí anticapitalistas y adaptadas o adaptables al sentir de los oprimidos, pueden crear y extender esa atmósfera, arraigándola sentimentalmente, que tan estrictamente necesitamos para convertir la gran masa en simpatizante de la revolución. Un temperamento burocrático objetará a esta propuesta tal o cual cosa, si no llega incluso a afirmar que con esto "nos apartamos de lo principal, de la lucha de clases". No sé si se dan aquí dificultades ni cuáles. El que espera

recetas nunca hará nada. En principio, ya se lleve a cabo la cosa en esta o en otra forma, rige lo que la Sex-Pol sostiene: *que necesitamos asegurarnos a las masas por el sentimiento.* Pero esta vinculación sentimental significa confiar, como lo hace un niño en la madre, guía y protección, en ser comprendido en sus preocupaciones y deseos más íntimos y, en primer lugar, también en los más recónditos, esto es, en los sexuales.

LABOR CIENTÍFICA REVOLUCIONARIA

Forman parte asimismo de la labor de masa la investigación y la discusión científicas con la ciencia burguesa en todos los dominios, y no sólo en el de la economía política. La ciencia burguesa domina la formación de ideologías en la sociedad, y tanto más cuanto más reales son los respectivos dominios. Piénsese no más en la literatura sexualpolítica (racismo). Resulta de ahí claramente que la negligencia de la labor científica revolucionaria no sólo dificulta, en los países culturalmente avanzados, la conquista de la influencia sobre las masas, sino que multiplica también los obstáculos en la reorganización de la sociedad después del triunfo de la revolución social. Por otra parte, si se resuelve la cuestión de la labor científica revolucionaria, se resuelve también, al mismo tiempo, una gran parte del problema de los intelectuales.

También aquí ha de empezar la reorganización del movimiento revolucionario con una rendición de cuentas acerca de la labor cien-

tífica revolucionaria anterior; por supuesto, esto sólo puede suceder en principio: sólo pueden destacarse algunos pocos hechos importantes. El método marxista fue practicado por sí como filosofía, las más de las veces en forma de debates interminables sobre "contingencia y necesidad", que ningún mortal corriente entendía. El libro que se ha hecho famoso sobre el *Materialismo dialéctico*, de Sauerland, es el prototipo de esta clase de trabajo: se trata de un enmarañamiento de formalismo filosófico y oportunismo partidista. La labor de investigación científica en el terreno de las ciencias naturales estaba en barbecho, y poco menos en el de las ciencias sociales. No estábamos a la altura de los conocimientos objetivos de los investigadores burgueses. Incluso la revista *Bajo el Estandarte del Marxismo*, que tenía la misión de cultivar y extender la ciencia marxista, se atascaba, excepto en algunos buenos trabajos, en un lenguaje formalista y en dialéctica abstracta. Y ni hablar de que hubiera promovido discusiones o hubiera intervenido en las disputas científicas burguesas en otra forma que mediante afirmación de la fidelidad revolucionaria. Esto toca a una cuestión de principio. En efecto, no basta, en absoluto, desentenderse en el frente científico de la tarea echando simplemente al adversario en cara que no tiene en cuenta la teoría de la lucha de clases, o mediante el hecho de proclamarse cada tercera frase, en lugar de aportar labor objetiva, partidaria de la revolución.

Primero necesitamos una visión objetiva y

exacta de la situación y la estructura de la ciencia burguesa en general. Esta está dividida en cien mil fragmentos individuales y sirve ya sea para hacer carrera los científicos inferiores, ya para distraer el tedio de los superiores; en una y la misma materia, un investigador no entiende al otro; es académica no sólo en el lenguaje, sino también en la elección de los temas: compárese, por ejemplo, el número de los trabajos acerca de las sutilezas del tejido cerebral en los bebedores crónicos con el de aquellos acerca de qué circunstancias sociales convierten al individuo en bebedor; la ciencia burguesa es tanto más esotérica, produce teorías tanto más grotescas y se extravía tanto más en disputas acerca de estas teorías cuanto más real es el dominio examinado. De ahí que sean todavía las matemáticas, por ejemplo, las que más lejos están de la influencia del pensamiento burgués, en tanto que el estudio de la tuberculosis no ha llegado todavía siquiera a un inventario a fondo de la influencia de la alimentación popular y de las lamentables condiciones de la vivienda sobre los pulmones humanos; en cuanto a la psiquiatría, campo de juego de la limitación mental más caótica, digamos solamente que tendría la misión de elaborar los principios básicos de la higiene psíquica, pero que funciona como un instrumento fabricado a propósito, precisamente, para impedir esta tarea. Nos limitamos a estos ejemplos para señalar que la investigación marxista ha de estar en condiciones de competir en puro saber material, no sólo para superar objetivamente la ciencia burguesa, sino,

lo que es más, para convertirse en punto de atracción para los jóvenes intelectuales y sabios que después de la revolución necesitaremos con urgencia.

La ciencia marxista no puede desarrollarse mediante el mero hecho de llevar la consigna de la lucha de clases a la ciencia, sin hacer más que pegarle la etiqueta de "lucha de clases"; *sólo puede desarrollarse a partir de los interrogantes, los problemas y los resultados de los diversos dominios científicos*. Hay que demostrar *objetivamente* dónde falla la investigación burguesa; *por qué* falla, allí donde la ideología burguesa impide la comprensión, *cómo* lo hace, etc. Sólo luego, después de haber realizado eficazmente esta labor, tendremos el derecho de llamarnos científicos marxistas y estaremos capacitados para elaborar las relaciones de las diversas ciencias particulares con la cuestión de la lucha económica de clases.

Estas concepciones no son meras afirmaciones, sino que están fundamentadas por experiencias extraídas de la evolución de la economía sexual. Por consiguiente, vamos a aclarar fundamentalmente, a la luz de este ejemplo especial, otra cuestión de la discusión científica entre el proletariado y la burguesía, cuestión que desemboca en la pregunta general acerca de los principios de la política revolucionaria.

El que conoce la discusión en el seno de la ciencia burguesa se ha percatado también de la absoluta inutilidad de todo intento de eliminar mediante debate el punto de vista erróneo del contrincante. Freud descubrió que las en-

fermedades psíquicas eran consecuencia de la represión sexual. Los estados capitalistas reventan en sus manicomios, institutos psicopáticos y casas de asistencia de las consecuencias de la economía sexual burguesa. Un bromista se permitió hace poco el lujo de calcular que, a juzgar por el aumento de los enfermos mentales en los Estados Unidos, dentro de 250 años no habrá allí más que locos. Cosa que no es tan improbable como suena. Hasta hace pocos años cabía todavía esperar que los descubrimientos revolucionarios de Freud conquistarían la psiquiatría y que, con ello, se plantearía en forma aguda la discusión relativa a la cuestión de la profilaxis contra las neurosis. Esto se habría convertido en el primer paso de la disputa entre las concepciones marxista y burguesa en este dominio, sin que por el momento sonara la palabra "marxismo". En lugar de esto, la psiquiatría se mantuvo intacta y conservó la tutela sobre la locura de "disposición degenerativa" como causa de las enfermedades psíquicas y, lo que es más, hasta conquistó el psicoanálisis en grandes partes y en aspectos de la mayor importancia. Hace poco dijo uno de los primeros psicoanalistas que no había que ocuparse de la profilaxis de las neurosis, que lo único que había que hacer era terapéutica individual. Por supuesto: la profilaxis de las neurosis plantea toda la cuestión del ordenamiento sexual burgués y de la existencia de la religión y la moral. Si se quisiera combatir los errores científicos de Freud "marxistamente" desenmascarándolo como reaccionario, se sería un tonto. En cam-

bio, si se demuestra objetivamente dónde es Freud científico naturalista de categoría genial y dónde es filósofo burgués del matiz más antiguo, entonces se ha realizado una auténtica y fecunda labor marxista y revolucionaria.

¿Cabe esperar, pues, ganar la lucha en el terreno científico mediante discusiones científicas, en favor de la revolución? Esto no se logrará jamás. Lo que no significa que se rechace en adelante toda discusión; por el contrario, hay que cultivarla; debemos conquistar en todas las organizaciones científicas posiciones prominentes mediante labor objetiva; debemos aprender de las discusiones por qué y dónde yerra el investigador burgués y pasa por alto aspectos esenciales; solamente así lograremos disciplinarnos mejor. La lucha real se libra en otro terreno. Así, para permanecer en el ejemplo de la ciencia sexual, ningún psiquiatra burgués de mentalidad corriente aceptará jamás la idea de que las neurosis, psicosis, manías, etc., son consecuencia de una corrupta economía sexual de las masas; ellas se interesan mucho por estas cuestiones, sencillamente porque sufren gravemente de ellas; porque la miopía mental de los psiquiatras, administradores del orden sexual capitalista, y la miseria psíquica misma las afectan en su propio cuerpo. Yo afirmo sin temor a equivocarme que cualquier joven obrero corriente comprende mejor la conexión entre sexualidad reprimida y depresión psíquica que la mayoría de los psiquiatras corrientes de todo el mundo juntos. Podemos decir: cuando las masas, sexualmente satisfechas, lleguen un día a vivir

sanamente, la discusión acerca de si los males psíquicos son o no expresión de una economía sexual trastornada se decidirá por sí misma, y aun también para los representantes de la moral burguesa en el campo del marxismo, para los médicos, los pedagogos, etc., socialistas desviados en sentido burgués que "creen deber rechazar el psicoanálisis" porque no lo entienden. El principio de dirigirse siempre de nuevo a las masas en forma comprensible se aplica también aquí, en el dominio sagrado de la ciencia presuntamente intocable. La Sex-Pol no debe su popularidad y la comprensión que las grandes capas de la población de Alemania y Austria le han dispensado a organización alguna, porque ninguna tenía; a ningún poder, porque ninguno poseía; las debe, pues, única y exclusivamente, a su principio consistente en plantear la cuestión de la salud sexual públicamente. Es por esto por lo que hasta la burocracia del Partido fue impotente contra él y seguirá siéndolo.

Lo que es cierto en alto y sumo grado de la Sex-Pol lo es asimismo de toda otra ciencia médica u otra, y así ciertamente, en particular, de la investigación relativa a la tuberculosis. Sin duda, es una premisa el que la ciencia revolucionaria no lleve a la gran masa puntos de vista erróneos, burgueses, lo que sólo ayuda a la reacción, sino que ha de tener primero ideas claras acerca de los principios de una ciencia natural dialéctica-materialista a derivar de la causa, para sólo después dirigirse a la masa. Es obvio que es preferible no decir absolutamente nada que transmitir al joven proletario

la concepción burguesa del carácter pernicioso del comercio sexual en la edad juvenil y gritar, al propio tiempo, "¡Viva la Revolución!"

Las masas poseen para el enjuiciamiento correcto de los hechos un magnífico instinto, que sólo se hace invisible cuando la organización revolucionaria no le ofrece nada y los charlatanes se lo ofrecen todo, desde el mover la mesa hasta el manantial de Lourdes.

EL MIEDO DE LA REVOLUCIÓN

El movimiento revolucionario comunista quiere lo mismo que el movimiento pacifista burgués: la abolición de las guerras y la consolidación de la paz sobre la tierra. La concepción revolucionaria sostiene, con razón, que este objetivo sólo puede conseguirse mediante la eliminación violenta del capital, como, por ejemplo, mediante transformación de la guerra imperialista en guerra civil. El pacifismo rechaza también la guerra civil como empleo de la violencia, sin darse cuenta de que, en esta forma, no hace más que perpetuar la subsistencia del sistema generador de la guerra. Entre la gran masa apolítica, el comunista pasa por "partidario de la violencia". Con todo, el punto de vista de la gran masa es *decisivo*, teme la violencia, quiere tener paz y tranquilidad, y por esto no quiere saber nada del comunismo. Pese a lo cual hoy favorece precisamente lo que no quiere. La anterior propaganda comunista ha opuesto hasta ahora, de modo mecánico y absoluto, la teoría de la violencia a la teoría del pacifismo. Es por esto por lo

que una gran parte de la socialdemocracia no fue al comunismo. La teoría de la toma violenta del poder no puede abandonarse, pero, como se vio, tampoco la gran masa puede ganarse sin más en favor de este punto de vista. Uno de los grandes puntos fuertes del movimiento nacionalsocialista fue que, al lado de la ilusión de una "revolución alemana", se apoderara de la masa mediante la promesa de la toma *pacífica* del poder. Con esto tuvo simultáneamente en cuenta, aunque, por supuesto, de modo totalmente inconsciente, los sentimientos tanto revolucionarios como pacifistas de la masa. Ahora bien, basta, para resolver esta contradicción, plantear dos preguntas. La primera es: ¿Cómo piensan las masas acerca de la violencia? La experiencia muestra que son pacifistas, que tienen miedo de la violencia. Y la segunda pregunta es: ¿Cómo se relaciona la cuestión del empleo, con todo necesario, de la violencia con la actitud de las masas al respecto? La respuesta a las dos preguntas es, y no puede ser otra: *cuanto mayor sea la base de masa del movimiento revolucionario, tanto menos necesario será el empleo de violencia*, y tanto más desaparece también el miedo de la revolución por parte de la masa. Y así también cuanto mayor sea la influencia en el ejército y en el aparato estatal. Por esto la Revolución rusa se realizó con un mínimo de sacrificio de sangre. Fue únicamente la intervención de los imperialistas la que dio lugar a la matanza. La culpa de ello fue, históricamente clara y *visible para todo el mundo*, del lado de los imperialistas y de los guardias blan-

cos que quedaban. Ahora bien, cuán grande sea la base revolucionaria de masa depende de cuán bien sepa el partido revolucionario hablar el lenguaje de todas las capas obreras y con cuánto acierto sepa conferir expresión a sus deseos e ideas revolucionarias. Para esto se requiere práctica consciente de la psicología de masas. Y si aquí un "adversario de principio" debiera objetar una vez más, como se oye a menudo, que la Revolución rusa había triunfado sin política sexual ni psicología de masa, le responderíamos inmediatamente: Tampoco los campesinos rusos estaban tan aburguesados como los norteamericanos, ni el proletariado ruso como el inglés y, esto aparte, Lenin, conductor de la Revolución rusa, fue el más gran psicólogo de masas de todos los tiempos.

Pero, para volver a la base de masa de la revolución, presentamos aquí un segundo ejemplo, más concreto todavía.

LA POLICÍA DE SEGURIDAD (SCHUPO) COMO ESTADO Y COMO INDIVIDUO PARTICULAR

En la policía de seguridad alemana se dieron curiosas contradicciones. El PC de Alemania arremetía en los periódicos contra los "pequeños guardias", contra las "hordas policiacas", etc. Esto resultaba, en forma consecuente, de la teoría del socialfascismo. La ira contra la policía era ciertamente comprensible, porque disparaba y arremetía siempre contra los manifestantes. Pero ciertamente una dirección revolucionaria no puede entregarse a sus sentimientos de cólera y pasar por alto, al hacerlo,

que sin la simpatía y aun sin la ayuda activa de grandes partes de la policía o, más exactamente, de la mayor parte de la policía, no puede conseguirse un levantamiento, o sólo se lo puede conseguir con grandes sacrificios de sangre. Lo propio cabe decir del ejército. Aquella dirección no debe olvidar en ningún momento que el policía de seguridad y el soldado son hijos de proletarios, campesinos, empleados, etc. En lugar de encolerizarse, es más inteligente preguntarse qué es lo que puede producirse en el policía y el soldado corrientes para que puedan apartarse a tal punto de su clase. No sé si el siguiente esbozo sea el más correcto; es posible que no. Pero representémonos por un momento al policía que en la calle, a caballo, con casco y armas, se ve tan imponente, en su casa, en el hogar, en el círculo de sus familiares proletarios, como hermano, esposo o padre, en la cama, o incluso en calzoncillos. En la calle se siente como "el Estado", y las muchachas proletarias hacen involuntariamente una pequeña reverencia ante él, porque la madre había amenazado con llamarlo si eran "malas", desobedientes, o si jugaban con los órganos genitales, etc. Así, pues, el policía de seguridad se siente como guardador del orden y, por ello, grande. Este es el elemento reaccionario en él contenido. Pero en la casa y el cuartel es el individuo mal pagado, provisto de un número, y el servidor del capitalismo, obligado siempre a doblar el espinazo. Esto constituye una contradicción decisiva para la lucha revolucionaria: esta contradicción precisamente, entre muchas otras.

La mayoría de los policías de seguridad prusianos habían sido socialdemócratas. En las semanas de la toma del poder por Hitler muchos de ellos protegieron de los guardias de asalto a los comunistas y socialistas perseguidos. Una agitación revolucionaria consecuente, inteligente y comprensiva puede resolver sin grandes gritos la contradicción psíquica en el policía de seguridad. Una vez más: no poseemos recetas, y sí sólo el método del enfoque.

Un ejemplo de cómo no debe hacerse. Cuando en 1932 llegó al poder el gobierno de Papen, una de sus primeras disposiciones fue prohibir a los guardias de seguridad la visita de las muchachas en el cuartel, que hasta entonces había estado permitida. El estado de ánimo era, por consiguiente, muy rebelde. El que trabajaba en las organizaciones inferiores oía decir desde muchos lados que, en promedio, los jóvenes policías de seguridad se expresaban como sigue: "Nos hemos dejado quitar muchas cosas sin protestar: nos han rebajado los sueldos y han prolongado nuestro tiempo de servicio más allá de lo que corresponde, etc., pero las muchachas no nos las dejamos quitar". La Sex-Pol informó inmediatamente al cc y aconsejó tener en cuenta este estado de ánimo y representar precisamente dicho interés públicamente. Pero el cc nada quiso saber de esto, porque nada tenía que ver con la lucha de clases. La experiencia mostró que dondequiera que hubiera médicos de la Sex-Pol y los policías acudían al consultorio disminuían automáticamente los sentimientos hostiles a los obreros. En el cc no se tenía ni ojos ni oídos

para esta clase de cosas, que no eran ciertamente "alta política". Pero estas cosas muestran de modo inconfundible que no puede irse a las diversas capas de la población con las preguntas políticas abstractas, sino que la política ha de desarrollarse exclusivamente a partir de las necesidades y las preocupaciones de cualquier clase de las masas.

Si no tenemos oídos para las manifestaciones pequeñas, en apariencia casuales y en apariencia secundarias de la vida de las masas, éstas tampoco nos creerán que las comprendemos mejor una vez que nos hayamos adueñado del poder. Un amigo de la Sex-Pol dejó subir a su automóvil a dos jóvenes aprendices proletarios que iban por la carretera. No tardó en iniciarse una conversación sobre política. Se trataba de verdaderos jóvenes proletarios que no habían alcanzado todavía la edad de votar en su territorio correspondiente. Eran simpatizantes del socialismo, según dijeron, pero no estaban interesados en la política. Esta la dejaban de buena gana, decían, al digno líder del gobierno socialdemócrata, a quien darían también su voto, con tal que éste les dejara las lindas muchachas que conocían en el curso de sus excursiones. El informante aseguró que no se trataba de vagabundos de aspecto descuidado, sino de unos simpáticos jóvenes obreros corrientes. El que no tiene oído, comprensión ni voluntad para aprender de tales cosas es en verdad un caso perdido.

En Austria, soldados de familias de obreros y campesinos destruyeron las casas de los obreros y mataron a centenares de sus compañeros

de clase. No vimos en ningún periódico ni en ningún informe la menor huella de la pregunta de cómo fuera esto posible y de cómo podría remediarse. Y ciertamente que de esta pregunta y de su respuesta depende ni más ni menos que la respuesta a la "gran pregunta estratégica" de si en las condiciones actuales del equipo tecnicomilitar del aparato del Estado la sublevación y la lucha callejera son o no posibles. Ni más ni menos. En lugar de echarse mutuamente a la cabeza baldes de basura y de acusarse recíprocamente de "traidor de los obreros", lo que no conduce a ninguna parte, porque nadie lo entiende, los que se llaman a sí mismos dirigentes del proletariado harían bien en empezar por plantear preguntas de este tipo, por tratar de comprender a dichos soldados y extraer de ello la práctica de la influencia que pueda ejercerse sobre el ejército y la policía.

DESARROLLO DE LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA DEL ESTADO A PARTIR DE LAS NECESIDADES DE LA POBLACIÓN

En una conversación del representante de la Sex-Pol con Pieck, representante del cc en 1932, éste declaró que los puntos de vista básicos desarrollados en *Einbruch der Sexualmoral* (*Irrupción de la moral sexual*) eran contrarios a los del Partido y del marxismo. Al pedirle que fundamentara su opinión, dijo: "Vosotros partís del consumo, y nosotros de la producción; por consiguiente, no sois marxistas". El representante de la Sex-Pol pre-

guntó si las necesidades servían a la producción o si no era, más bien, inversamente, que la producción había de servir para la satisfacción de necesidades. Pieck no entendió esta pregunta. Solamente dos años después se puso en claro de qué diferencia se trataba: el economismo desarrolla toda su labor y propaganda únicamente a partir del lado objetivo del ser social, del progreso de las fuerzas productivas, de las contradicciones económicas de los estados, de la superioridad de la economía planificada soviética con respecto a la anarquía capitalista, etc., y "relaciona esta política estatal con las pequeñas necesidades cotidianas"; sufrió, con este "relacionar", un fracaso total. La Sex-Pol, por su parte, desarrollaba los requisitos de la revolución social a partir de las necesidades subjetivas, derivaba todas las cuestiones de la política del "si" y el "cómo" de la satisfacción de las necesidades de las masas y despertaba así el mayor interés también de los individuos políticamente menos conscientes de todos los círculos. En esto radica no sólo la diferencia fundamental entre la labor revolucionaria viva y el "marxismo" dogmático y escolástico del Partido, sino también la razón de que incluso excelentes funcionarios, que se han "atascado" en la alta política estatal, no comprendan las preguntas de la Sex-Pol.

Algunos funcionarios de la Komintern se dan cuenta, sin duda, de la laguna en su labor, pero no logran encontrar el punto concreto de la relación de la política estatal y las necesidades de las masas. Así, por ejemplo, dijo Manuilski en su ponencia "La crisis revolucionaria ma-

dura", en el XVII Congreso del PCUS (III parte, "La situación de las secciones de la Komintern"), cita según la *Rundschau* núm. 16, p. 586:

Consideremos, por ejemplo, nuestra Juventud Comunista Internacional. Ésta ha educado, en el curso de una serie de años y bajo la dirección de la Komintern, una magnífica generación de jóvenes bolcheviques, que más de una vez han demostrado su devoción sin límites a la causa del comunismo. *Sin embargo, no ha logrado penetrar profundamente en las masas de la juventud obrera. Tampoco la socialdemocracia se ha adueñado de esta juventud. La juventud sigue acaparada en los países capitalistas por las organizaciones deportivas, creadas por la burguesía, sus estados mayores militares y sus curas, y que cuentan con muchos millones de miembros. En Alemania, una parte de la juventud sin ingresos ha ido a los cuarteles fascistas. Pero los miembros de las agrupaciones de la Juventud Comunista no han comprendido esta enseñanza por completo. Se batieron valerosamente contra los fascistas en Alemania. En una serie de países despliegan una actividad ciertamente eficaz entre el ejército, lo que les vale largas penas de trabajos forzados; pero, en cuanto a ingresar en una organización deportiva católica, por ejemplo, donde están reunidos decenas de miles de jóvenes obreros, esto se les ocurre tan poco como al Papa de Roma la adhesión a la asociación de ateos para hacer propaganda en favor del catolicismo [risas]. Ahora bien, los miembros de las agrupaciones de la Juventud Comunista no están ligados por consideración alguna de prestigio, como es el caso del Vicario de Cristo. Las organizaciones comunistas y de las juventudes comunistas deben ser ágiles, y deben estar dondequiera que haya obreros, deben estar en las organizaciones deportivas, en las organizaciones de recreo de*

los obreros, como las del "Dopolavoro" en Italia, en los campos de servicio social de los obreros, pero, antes que nada, deben estar en las fábricas.

Esto es perfectamente exacto, pero falta lo esencial. Cuando el muchacho de la Juventud Comunista trabaja en el seno de las organizaciones cristianas, se encuentra frente al muchacho cristiano, con las instrucciones del CE en la mano, totalmente desamparado. Debe saber *de qué* tiene que hablar con el joven cristiano y *qué* soluciones brinda el comunismo, no sobre la cuestión de la economía nacional, sino primero y ante todo sobre las preocupaciones particulares del joven cristiano. Solamente a partir de estas preocupaciones puede *derivarse* muy paulatinamente la necesidad de la economía socialista planificada como fundamento de la solución de las inquietudes personales. En principio, pues, y por lo que se refiere a la cuestión de la labor orgánica interna de los comunistas, la Sex-Pol está de acuerdo con Manuilski. Pero las diferencias se hacen montañas tan pronto como se trata de la cuestión concreta de lo que interesa al joven cristiano u otro joven cualquiera, y de conforme a qué contenido vital debe desarrollarse la actividad del muchacho de la Juventud Comunista.¹ Lo propio cabe decir de la fórmula formalista de la dirección de la Komintern. Dice siempre, acertadamente, que hay que realizar labor de masa, pero rechaza ella misma los *contenidos*

¹ Véase *Der sexuelle Kampf der Jugend (La lucha sexual de la juventud)*, de Reich. Este libro fue prohibido por el PC de Alemania, al paso que era acogido ávidamente por la juventud.

concretos de esta labor, y aun tanto más cuanto más alejados están estos contenidos de la alta política y son más vecinos, por consiguiente, del aspecto personal. Sienta una oposición absoluta entre lo personal y lo político, en lugar de ver la relación dialéctica de ambos. No sólo hay cuestiones personales que son al propio tiempo cuestiones de las más típicas del orden social, como por ejemplo la cuestión sexual de las parejas o la de la vivienda, entre la juventud, sino que la propia política en general no es más que la práctica de los diversos intereses de las necesidades de las diversas capas sociales y de las edades.

En resumen: la política revolucionaria se distingue de cualquier clase de política burguesa porque aquélla se pone al servicio de la satisfacción de las necesidades de la masa, en tanto que ésta basa toda su política en la ausencia de pretensiones estructural e históricamente condicionadas de las masas.

Aquel que ha trabajado en las células comunistas sabe que hasta los miembros del Partido reaccionaban a la "alta política". El informe político formaba parte de las reuniones semanales. Un "ponente" exponía la política de la burguesía, con mayor o menor acierto, y los miembros oían con mayor o menor interés, pero siempre pasivamente. Las discusiones sólo se desarrollaban, por lo regular, en aquellas células donde predominaban los intelectuales o los viejos funcionarios disciplinados, que preferían los debates sobre alta política. En los últimos meses antes de la toma del poder por Hitler se multiplicaron los casos en

que algunos miembros proletarios, que no estaban ciertamente familiarizados con la "alta política" pero se daban cuenta de que había que hacer algo, interrumpieron los insulsos informes políticos y dijeron severamente: "Acerca de lo que la burguesía quiere y de lo que hace, hace años ya que escuchamos vuestros informes, pero ahora quisiéramos finalmente oír qué es lo que hacemos *nosotros* y qué política debemos seguir". Los referentes no sabían qué responder a esto. Al conocerse en algunos distritos los éxitos de los informantes preparados de la Sex-Pol, que sabían conquistar el interés del miembro menos preparado del Partido mediante el planteamiento de las cuestiones políticas a partir de las necesidades y del elemento personal, algunos funcionarios del Partido se dirigieron a la Sex-Pol pidiéndole que les proporcionara informantes: se quería atraer a las veladas de grupo a los "apolíticos". La labor de las mujeres y de las juventudes fracasó en todas partes, porque en todas partes se utilizaba la misma táctica de hablar de la "situación política", provocando el mismo aburrimiento. En cambio, los informantes de la Sex-Pol estaban instruidos en el sentido de preguntar primero qué preocupaciones personales tenían la mujer, el joven, el trabajador en paro forzoso, etc. Se proponía un tema "apolítico", como por ejemplo: "¿Cómo me las arreglo para educar a mi hijo?", o bien, para los jóvenes: "Muchachos y muchachas en la organización". Todo examen de una cuestión de la pequeña vida personal despertaba gran interés y una participación activa

de los oyentes y conducía regularmente a las grandes cuestiones políticas, que en la otra forma ahogaban todo sentimiento revolucionario. En lugar de practicar "alta política" y de hablar de "relacionarla con las necesidades del momento", la Sex-Pol partía siempre y regularmente del elemento personal, para terminar en la política de Hitler y Brüning, por ejemplo. Este método, consistente en ir de lo más personal a las grandes cuestiones de la política de clases, en lugar de permanecer atascados en la alta política, lo designaron los representantes del Partido como "desviación contrarrevolucionaria". Pero sus funcionarios nos llamaban a Oranienburg, Jüteborg, Dresden, Frankfurt, Steglitz, Stettin, etc., para "acercarnos a los apolíticos". Mediante el simple anuncio de sus temas, la Sex-Pol lograba reunir, en grandes fábricas, con empleados infestados de nacionalsocialismo que durante años habían permanecido inaccesibles a los sindicatos rojos, a docenas de individuos, reanimar las células e interesar a mujeres y jóvenes apolíticos. El movimiento era demasiado joven, demasiado débil, fue visto primero con malos ojos por la dirección del partido y luego prohibido, de modo que no pudo hacer más que reunir experiencias. Aquello que fue designado como desviación y reaccionario era la verdadera propaganda revolucionaria. Esto lo atestiguó el interés, que finalmente se produjo, de los apolíticos por la política.

Sin la politización de la gran masa, que no se interesa por la alta política en esta forma, ninguna organización revolucionaria logrará

triunfar. Las llamadas acciones revolucionarias, que la masa presenciaba con mayor o menor indiferencia, eran intentos de movilizar la masa mediante el ejemplo. En la mayoría de los casos fracasaron.

Las experiencias de la labor de la Sex-Pol en Alemania son transferibles a cualquier dominio de la política revolucionaria. La politización de la masa inerte no puede tener lugar solamente mediante el ejemplo, y menos aún, por supuesto, por medio de invocaciones psicológicamente falsas como las de "¡A los trabajadores de todo el mundo!" Para que la masa se haga políticamente activa necesita primero plantearse *ella misma* la *pregunta básica* de: "¿Qué queremos? ¿Cómo podemos conseguirlo? Si es cierto —y no dudamos de que sí lo es— que la revolución social realiza la idea de la democracia social y convierte en hecho la participación en la política de toda la población, y no en la política diplomática de la burguesía sino en la política revolucionaria; si es cierto que "llama" a las grandes masas no sólo para el ordenamiento de la vida social, sino que les confía la tarea principal de dicho ordenamiento, entonces resultan necesariamente algunos principios de la labor revolucionaria de las masas, que aquí sólo pueden esbozarse en grandes líneas por medio de algunos ejemplos. No pretenden ser completos y sirven sólo como ejemplos de la reflexión acerca de si podría o no despertarse la actividad latente en las masas y, en su caso, cómo.

TOMA DE POSESIÓN DE LA PROPIEDAD PROPIA

Es obvio que no hay ni podrá jamás haber dirección alguna que abarque y pueda dirigir todo lo que la vida social produce en materia de problemas y tareas a resolver. Esto sólo lo hace la dictadura burguesa, porque no toma en cuenta las necesidades de las masas y porque descansa en cierto modo sobre la aparente ausencia de necesidades y la aparente insensibilidad política de la masa. En el sistema capitalista actual, hace ya mucho que el trabajo está socializado, y solamente la apropiación de los productos es asunto privado del empresario.

La revolución social quiere socializar, por ejemplo, las grandes empresas, lo que significa transferirlas a la autoadministración de los trabajadores. Sabemos con cuántas dificultades hubo de luchar al principio la Unión Soviética y ha de seguir luchando hoy todavía para llevar a buen fin esta autoadministración. La labor revolucionaria en las fábricas sólo puede tener éxito si despierta el interés de los trabajadores por la empresa como interés *objetivo* en la producción, y parte de este interés. Pero el trabajador no tiene interés en la empresa como tal, y menos aún en la empresa en su forma actual. Para poner desde hoy interés en la empresa, *debe empezar por considerarla inmediatamente todavía en el capitalismo, como algo que le pertenece*. Entre el personal de las empresas hay que despertar la conciencia de que, con fundamento en su trabajo, las empresas y su dirección les pertenecen a ellos,

exclusivamente a ellos, de que este derecho, que *actualmente* se atribuye al capitalista, va ligado a muchos deberes, y de que hay que estar al corriente de la dirección y la organización de la empresa, etc., cuando uno es su propio amo. Ha de quedar expresado claramente en la propaganda que el verdadero propietario de la empresa no es el poseedor actual del capital y de los medios de producción, sino que lo son los obreros colectivamente. Hay una gran diferencia, desde el punto de vista de la psicología de masas, entre decir: "Expropiamos al gran capitalista", y "Tomamos posesión de *nuestra* propiedad *conforme a derecho*". En el primer caso, el obrero industrial común, apolítico o políticamente desorientado, reacciona a la consigna de expropiación con un sentimiento de culpabilidad y una inhibición, como si se apropiara bienes *ajenos*. En el segundo caso el obrero tiene conciencia de su propiedad *legítima*, fundada en su trabajo, y la ideología burguesa de la "intangibilidad del derecho de propiedad" de los medios de producción pierde su fuerza sobre las masas. Porque el problema no está, ciertamente, en que la clase dominante propague y defienda una ideología de esta índole, sino en que la masa la acepte y la confirme.

¿No se lograría una organización revolucionaria convenciendo al personal de las empresas de que él es el legítimo dueño y de que *debe preocuparse ya desde ahora de sus problemas*? Del mismo modo que en los grupos de la Sex-Pol las esposas pequeñoburguesas de los comerciantes y las obreras trataban de aclarar

en detalle cómo podían educar mejor a los niños y organizar de la manera más práctica el trabajo de la casa, si era conveniente o no instalar en un bloque de una cocina colectiva, así puede y debe también el personal de las empresas *adoptar desde ahora*, y así lo hará ciertamente, *las medidas enderezadas a la toma de posesión de las mismas*. Han de reflexionar cabalmente por cuenta propia, prepararse y comprender todo lo necesario y la mejor manera de disponerlo. Que el personal de las empresas se interesará así y sólo así por la revolución social, y no gracias a informes eruditos sobre la situación política y el plan quinquenal, esto es perfectamente cierto. A la toma real del poder en las empresas por el personal debe preceder *la toma ideal* por medio de una preparación concreta. Y lo mismo se aplica a toda organización juvenil, a toda organización deportiva y a toda tropa militar. Esto y nada más que esto es el "despertar de la conciencia de clase". La dirección revolucionaria del Partido no tiene ni puede tener otra tarea que la de contribuir a aclarar totalmente estas etapas previas de la *democracia social revolucionaria* después de la toma del poder, dirigir los preparativos para el objetivo y ayudar con su mejor saber. Incorporado en esta forma al trabajo concreto, todo obrero se sentirá dueño de la empresa y ya no verá al empresario como patrón, sino sólo como explotador de su capacidad de trabajo. Y si el líder revolucionario tiene que saber qué es plusvalía, el obrero debe saber exactamente cuánto beneficio crea realmente en cada caso, con su

prestación de trabajo, para el empresario. *Esto es conciencia de clase*. En estas condiciones, hará huelga, no por solidaridad sentimental, no sólo por vinculación al líder sindical, sino *en su propio interés*, y ningún líder sindical podrá engañarlo. Luchará por interés propio o, más aún, impondrá la huelga a una dirección de rengada, y la destituirá cuando fracase. La propaganda revolucionaria no ha sido esencialmente más que una crítica negativa; debe aprender ahora a ser constructora, preparadora y positiva.

Se aplica exactamente el mismo principio de la toma de conciencia *práctica* a la juventud de todos los círculos y todas las capas. Donde la juventud trabaje en la empresa deberá participar en la labor concreta del sindicato. Y allí donde no trabaja en las empresas deberá preocuparse por la organización de su vida personal, por la solución de sus conflictos paternos, por la cuestión de la compañía sexual, por la cuestión de la vivienda, etc. En esta forma no sólo creará nuevas formas de vida social, primero concibiéndolas solamente, luego proclamándolas y finalmente luchando por ellas, sino que ya no se dejará dominar. Con ponencias sobre la situación política, y ni siquiera sobre "la cuestión sexual de la juventud", nada se adelanta. Esto es una labor directiva desde arriba. Y la juventud debe empezar a *organizar* su vida, en todos los dominios, desde ahora. En esto no puede preocuparse inicialmente ni de la policía ni de las autoridades, ni conviene tampoco que lo haga, sino que debe organizar y hacer lo que consi-

dere acertado y pueda organizar. No tardará así en reconocer que topa con duros límites, y que se le hará imposible la organización de las cosas más sencillas y naturales de la vida juvenil, y así, reconocerá prácticamente qué son la política y la necesidad revolucionarias. Cuando las autoridades capitalistas se interpongan en su camino, por ejemplo en la adquisición de medios anticonceptivos, en la organización de la ayuda mutua, en la cuestión de la vivienda, etc., primero con amenazas, luego con detenciones y finalmente con graves penas de prisión, entonces y sólo entonces sentirá en lo más íntimo dónde y cómo es oprimida; entonces aprenderá a luchar, no en el espacio vacío ni con fundamento en consignas traídas desde fuera, sino en conflicto con la dura realidad de la vida en el capitalismo. Así es como lo aprendieron los grupos juveniles excursionistas checos en 1931, cuando sus miembros vivieron en tiendas de campaña su vida sexual y la policía procedió a detenciones; lucharon luego en la calle con los puños, por su derecho, contra el poder del Estado. Hoy, en Alemania, sólo se permite pernoctar en tiendas de campaña a las parejas que tengan certificado matrimonial; la juventud acepta la prohibición refunfuñando pero sin protestar, busca otros lugares y burla la disposición policiaca. La conciencia de su derecho a organizar su vida la obligará inexorablemente a luchar por él. Sólo necesita todavía un apoyo, una organización, un partido que la comprenda, la ayude y la represente.

CONCLUSIÓN FINAL

La conciencia de clase de la masa no es el conocimiento de las leyes históricas o económicas que rigen la existencia de los individuos sino:

- 1] el conocimiento de las necesidades de la vida propias en todos los dominios;
- 2] el conocimiento de los medios y las posibilidades de su satisfacción;
- 3] el conocimiento de los obstáculos que le opone el orden social de la economía privada;
- 4] el conocimiento de las cohibiciones y los temores propios de poner en claro las necesidades de la propia vida y sus impedimentos ("el enemigo está en el país" se aplica asimismo especialmente a la cohibición psíquica del oprimido individual);
- 5] el conocimiento del carácter insuperable de la fuerza propia frente al poder de los opresores, en el caso de su agrupamiento en masa.

La conciencia de clase de la dirección revolucionaria (del partido revolucionario) no es más que la suma del saber y de las facultades de expresar por la masa lo que ella misma no está en condiciones de expresar; y la liberación revolucionaria del yugo del capital es la acción global que surge automáticamente de la conciencia de clase plenamente desarrollada cuando la dirección revolucionaria ha comprendido a la masa en todos los dominios de la vida.

APÉNDICE

PRINCIPIOS PARA LA DISCUSIÓN DE LA REORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

Resumen de los cambios necesarios en el método de trabajo a consecuencia del reconocimiento de los errores cometidos.

Principio: Es imposible dar instrucciones en materia de detalles; hay que ver claros los principios del punto de vista y de la consideración y aplicarlos a los detalles; si el principio es correcto, no se cometerán errores en el caso particular. Pero si el principio del método de consideración es erróneo, entonces las decisiones correctas en el caso particular son puramente casuales, y el peligro de errores es enorme.

DEL JUICIO DEL ACONTECER POLÍTICO

- 1] En la comprensión de *todo* acontecimiento son necesarias dos preguntas: a] ¿Se sitúa el acontecimiento en la dirección del desarrollo reaccionario o revolucionario? b] ¿Creen los que ejecutan el acto obrar con ello en favor del socialismo o del capitalismo? (Objetivo y subjetivo son las más de las veces distintos: la guardia de asalto es objetivamente contrarrevolucionaria, pero subjetivamente revolucionaria.)

2] Para el dominio de las tareas es imprescindible preguntarse, en cada juicio y toma de posición:

¿Qué ocurre en las diversas capas de la masa?

¿Qué es lo que hay en ella en favor nuestro y qué en contra nuestro?

¿Cómo percibe la gran masa apolítica o políticamente desorientada los acontecimientos políticos?

¿Cómo percibe y siente la masa el movimiento revolucionario?

3] Todo acontecimiento es contradictorio, contiene elementos en favor y elementos en contra de la revolución; *prever* sólo es posible:

a] mediante la comprensión de las contradicciones;

b] mediante el establecimiento de las variantes posibles del desarrollo (por ejemplo elementos reaccionarios y revolucionarios en el fascismo).

4] El proceso social contiene actualmente fuerzas que impelen hacia adelante y fuerzas que frenan o impelen hacia atrás; la labor revolucionaria consiste en captar ambas e impeler las tendencias revolucionarias (por ejemplo la Juventud Hitleriana: la libertad sexual es una fuerza impelente hacia adelante, y la creencia en la autoridad una fuerza impelente hacia atrás).

- 5] Las necesidades no han sido creadas para la economía, sino la economía para las necesidades.
- 6] Imaginar en calzoncillos a la policía y otros adversarios a los que se teme. E igualmente a toda autoridad temida.

DEL MÉTODO DE TRABAJO

- 7] La sugestión como medio de conquista de las masas es buena para la reacción política; el movimiento revolucionario no debe sugerir nada, debe abrir los ojos a las masas: debe adivinar y expresar los deseos inconscientes de la masa. (La teoría del impulso revolucionario es sugestión.)
- 8] La diplomacia secreta es la política de la reacción; dirigirse siempre a las masas y eliminar la política secreta, ésta es la política de la revolución. (Ejemplo contrario: el discurso de Litwinow en la última sesión de la Conferencia de Desarme.)
- 9] Si proyectamos nuestros propios deseos en la masa y no juzgamos la situación *real* independientemente de nuestros deseos, los deseos realizables permanecen sin realizar. (Proyectar la situación de un pequeño círculo sobre la masa.)
- 10] El economismo conduce al fracaso: es el individuo y no la máquina el que hace la historia; para esto el individuo necesita la máquina. La economía no se tra-

duce directamente en conciencia, sino que hay muchos términos intermedios, y también contradicciones (véase el trabajador cristiano, la mujer nazi pobre, etc.).

- 11] Si la masa se rebela contra la miseria material y sexual, esto no constituye problema alguno; hay que ver siempre un problema incomprendido cuando la masa actúa *contra* su propio interés ("conducta irracional"); por ejemplo, las mujeres aceptan el matrimonio, aun si se convierte en yugo. Los trabajadores olvidan la explotación cuando a la empresa le va bien, o los jóvenes aceptan la represión sexual.
- 12] Llevar la conciencia de clase a las masas no en forma de sistemas de teoremas como maestrillos de escuela, sino desarrollarla a partir de la experiencia de la masa. Politización de todas las necesidades.
- 13] Dejar claramente sentado que el proletariado, cuando defiende sus propios intereses, defiende simultáneamente los intereses de todos los trabajadores. Ninguna oposición entre proletariado y clase media. En el capitalismo avanzado, el proletariado industrial es una minoría en cuanto al número, y está además aburguesado.
- 14] Mejor nada de hojas volanderas (y demás agitación) si son malas. ¡Evitar toda decepción de las masas! Lo decisivo no es la voluntad, sino la influencia sobre la masa.

- (Véase decisión popular.) Crear confianza antes de toda influencia objetiva; por ejemplo, confesar no saber algo.
- 15] No exigir más de la masa que lo que puede dar. ¡Subir lentamente! Trabajar a fondo a largo plazo, pero estar prevenido para el caso de cambios repentinos.
- 16] Sobre el destino de la revolución decide siempre la gran masa apolítica. Por consiguiente: politizar la vida privada, la vida pequeña en los parques de atracciones, en las salas de baile, los cines, los mercados, los dormitorios, albergues, agencias de apuestas. La energía revolucionaria reside en la pequeña vida cotidiana.
- 17] Pensar siempre en el plano internacional, y nunca solamente en el plano nacional. (Nosotros, en Alemania, no nos interesamos por el frente popular en Francia y en la región del Sarre, o por la Revolución china.)

NOSOTROS MISMOS — EL PARTIDO

- 18] Hay dos tipos de conciencia de clase: la de la masa es distinta de la conciencia de clase de la dirección. (Necesidades de los jóvenes, por ejemplo, de vivienda propia; resistencia de los trabajadores de la fábrica contra la reducción de salarios; indignación de los guardias de asalto a causa de su desarme, por un lado. Saber acer-

ca del mecanismo del curso de las crisis, acerca de la técnica de la economía planificada socialista, acerca de las contradicciones imperialistas y los armamentos en todo el mundo, pero al propio tiempo con la comprensión más cordial de las necesidades de las masas, por otro lado.)

- 19] Decide del peso de una organización o de un movimiento no su voluntad o su programa, sino su base de masa, es decir, lo que responde en la masa. Así, pues, la dirección revolucionaria no puede permitirse oscilar, como por ejemplo, Goebbels, que escapó a la matanza del 30 de junio porque no tenía base de masa alguna que representara y a la que estuviera ligado, de modo que podía caer del lado "correcto".
- 20] Cuestión de principio. ¿Dónde soy yo, el revolucionario, burgués, religioso y moralmente contagiado? ¿Dónde me molesta este contagio en mi trabajo revolucionario? ¿Dónde creo yo mismo en la autoridad?
- 21] Hay que exigir a la dirección revolucionaria que trabaje en interés de la revolución no sólo subjetiva, sino también objetivamente.
- 22] Si comete errores, hay que hacer todo lo posible para que éstos se corrijan no sólo en las unidades inferiores, sino también arriba.

- 23] La línea política ha de someterse siempre al control de la base. (Discusión en el seno del Partido.)
- 24] No basta proceder a cambios políticos en silencio, ni siquiera ocultamente, porque se puede crear falta de claridad y confusión. Acerca de cada cambio político hay que rendir cuenta exactamente a los miembros del Partido; los errores cometidos han de confesarse y someterse a una verdadera autocrítica que no se limite a descargar mecánicamente la culpa en las entidades inferiores ("las resoluciones del Congreso no se han llevado a ejecución de modo suficiente").
- 25] Aparte de esto hay que plantear la cuestión de la dirección, de la renovación personal de los cuadros de los funcionarios medianos y superiores. Aquel que no se anticipa en la comprensión, que sigue atrás cojeando, es inadecuado para dirigente, incluso cuando cede finalmente bajo la presión de las masas.
- 26] Buscar medios ya desde ahora para comprender cómo puede prevenirse *de antemano* la burocratización de una organización revolucionaria viva. ¿Por qué será que el simple trabajador se convierte tan fácilmente en cacique al ascender a funcionario? La mejor característica: la actitud moral sexual con respecto a la cuestión del matrimonio y de la juventud.

- 27] ¿En qué se puede conocer al futuro traidor, soplón y tráfuga, al que falla en los momentos decisivos, aun antes que él mismo lo sospeche? (Vanidad, aptitud diplomática, falta de firmeza en la defensa del punto de vista propio. Amabilidad excesiva, ostentación forzada de ideas revolucionarias, etc.)
- 28] ¿Cómo se conocen las propiedades que caracterizan al revolucionario firme? (Actitud exterior sencilla, capacidad de contacto inmediato con la gente, actitud sencilla y natural en materia sexual, ausencia de verborrea, convicción socialista no sólo sentimental sino también intelectual, nada de caciquismo en cargos superiores y nada de actitud patriarcal frente a la esposa y los hijos.)
- 29] Estructura del partido a crear: ¡Cualidad, no cantidad, del núcleo! Núcleo (partido) + masa circundante de simpatizantes = miembros rascos anteriores del Partido. Reintroducir el período de prueba antes de la admisión.
- 30] ¡No sobrecargar a los funcionarios! ¡Dejar incondicionalmente tiempo libre! ¡No excluir la vida privada, sino tenerla ordenada! Instruir siempre a sustitutos y tenerlos listos. Distribuir el trabajo en pequeñas porciones. ¡Las sesiones breves y objetivas! Fomentar objetivamente la crítica, pero *descartar despiadadamente* el espíri-

tu cáustico. Empezar siempre primero por comprender el punto de vista del otro. Evitar el fomento de acciones de "fuego de virutas"; nada de "campanas", sino penetración a fondo, hasta que la acción surja por sí misma.

- 31] Nada de heroísmo inútil. No enorgullecerse del martirio, sino ahorrar las fuerzas. No constituye arte ni gloria alguna estar sentado, pero es el mayor arte no estar sentado. No fanfarronear con "solidaridad proletaria", sino practicarla efectivamente (véanse abusos en el "Socorro Rojo").
- 32] Las relaciones y los conflictos personales estorban a menudo el trabajo. Aprender no a eliminar lo personal, sino a politizarlo (por ejemplo, la esposa celosa que a menudo estorba al marido, o inversamente).
- 33] En el pensar hay que aprender a cambiar de parecer; esto no es lo mismo que falta de convicción; averiguar dónde la vinculación a la organización y a puntos de vista tradicionales impide la visión de la realidad viva (la organización revolucionaria y la solidaridad consciente constituyen en ella el fundamento de la labor revolucionaria del individuo; allí donde, más allá, se convierte inconscientemente en sustitutivo de la patria y la familia, la visión de la realidad podrá resultar enturbiada).

34] Hasta en las cuestiones internas del Partido negociar siempre en público, ante el Partido (por supuesto, sólo se aplica en tiempos de la legalidad). La diplomacia secreta en el seno del Partido es perjudicial. El que esconde su opinión no es de los nuestros. Y el que pone la causa de la revolución al servicio de la táctica, en lugar de hacerlo al revés, tampoco.

35] Desarrollar iniciativa propia no significa otra cosa que mirar la vida directamente a la cara y extraer las consecuencias.

impreso en litoarte, s. de r. l.
ferrocarril de cuernavaca 683 - méxico 17, d. f.
30 de junio de 1972
cinco mil ejemplares

MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS WILHELM REICH

Wilhelm Reich fue expulsado en 1932 del Partido Comunista alemán y, un poco más tarde, de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ya en 1928, a partir de su apreciación de que no podría detenerse al fascismo con los medios políticos y de organización de los partidos socialistas y comunistas, Reich extrajo una consecuencia política, fundando un movimiento en favor de la economía sexual y política (Sex-Pol). A partir de entonces, su peregrinar fue constante, de Austria a Alemania, de ahí a Dinamarca y de este país a Estados Unidos. De sus años en Alemania son los textos que incluimos en este volumen, cuyo tema se centra precisamente en un enfoque materialista del psicoanálisis (y viceversa). Los títulos de los ensayos incluidos son ilustrativos a este respecto: "Materialismo dialéctico y psicoanálisis", "Sobre la aplicación del psicoanálisis en la investigación histórica" y "¿Qué es conciencia de clase?".



siglo
veintiuno
editores
sa